



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**AMADISES DE AMÉRICA : LA HAZANA DE INDIAS COMO EMPRESA
CABALLERESCA**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

DOCTOR EN HISTORIA

PRESENTA:

RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, IDA

MÉXICO, D. F.

1948



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AMADISES DE AMERICA

LA HAZAÑA DE INDIAS
GOMO EMPRESA CABALLERESCA

**DEDICO ESTE LIBRO A MIS PADRES,
A MIS HERMANAS Y HERMANOS.**

**TESIS PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTORA EN CIENCIAS HISTORICAS**

INTRODUCCION

Tengo la impresión de que en la actualidad el europeo cede cada vez más a la tendencia —tentación— de evadirse, de negarse a sí mismo; que sobrestima todo lo superficial, y a manera de fuga se concibe de un modo fragmentario. Nosotros, los de este mundo nuevo, no nos hemos substraído a esa caída; por lo contrario, como pueblos advenidos tardíamente al escenario histórico de Occidente, la hemos heredado y aun exagerado. Entre nosotros se presenta más agudamente en ese afán de buscar lo que nos es extraño, para tratar, a manera de receta mágica, de aplicarlo a nuestros problemas. Pero en el fondo de este hecho, tan patente en nuestras instituciones jurídicas, por ejemplo, alienta otro afán más profundo, más trágico: el de ahogar el grito de nuestro auténtico pasado, para substituirlo por otro que no es el nuestro, el propio, el que nos constituye.

La explicación de ese afán no es tarea fácil: sus causas son oscuras y complejas; no por eso hemos de renunciar, hasta donde den las propias fuerzas y luces, a tratar de dilucidar este problema tan central de nuestra historia y de cuya solución depende que algún día seamos dueños de nuestro destino.

Salta a la vista, a poco que se examine la trayectoria histórica de los pueblos de habla española, que la causa de ese afán de negar el pasado propio, está en aquello que se llama la "decadencia de España". En efecto, como se vive sintiendo que España y lo español está en decadencia, se intenta superar esa triste situación buscando en el ejemplo de otros pueblos la salida tan deseada, intento que tiene por corolario inevitable la desvaloración de lo propio, y por consiguiente,

el afán de negarlo. ¿Hemos de aceptar el hecho sin más examen? Esto, en efecto, es lo que se ha venido haciendo. Pero ¿no será que las circunstancias actuales nos permiten ver con más claridad, ya que también, y ahora, aquellos modelos atraviesan por una aguda y peligrosa crisis, por una "decadencia"? ¿No será que la llamada decadencia de España sólo tiene sentido en relación a aquellos otros países que encarnaron con plenitud la modernidad? Es evidente que España se apartó de la ruta marcada por esos países; que reputó eternos ciertos valores y que se aferró tenazmente a ellos. De aquí que las naciones que se decidieron por la aventura moderna la reputaron decadente. Mas, por otra parte, llega el momento en que España misma, al compararse con las potencias de primer orden, siente que está en decadencia y trata de cambiar sus valores propios tradicionales por otros de cuño extranjero; y en ese trágico instante se lanza por una dolorosa, y en este aspecto, auténtica declinación.

En este trabajo intentaré examinar el peculiar modo de la vida española, que siendo distinto al de otras naciones, la dotó, entre otras cosas, de esa fuerza colosal que le permitió llevar a cabo la empresa conquistadora más grande que han conocido los siglos. Así enunciado, el tema resulta excesivo. Sin embargo, para mi propósito bastará estudiarlo en uno solo de sus aspectos más notables y voluminosos, a saber: la Hazaña de Indias. Pero aun así habrá necesidad de imponer algunos límites. Tomaré dicha hazaña sólo en cuanto su estudio nos conduzca al centro de nuestra preocupación inicial, es decir, en cuanto ella es fiel espejo del modo peculiar de la vida española del siglo XVI. Sin embargo, también así el tema desbordaría con mucho la índole del presente trabajo, y por eso, usando del derecho que todo autor tiene de acotar el campo de sus meditaciones, he elegido para su desarrollo sólo un aspecto fundamental o rasgo característico de aquella magna empresa. Me refiero a esa noción, tan comúnmente repetida como tan poco averiguada, de que la Hazaña de Indias estuvo animada por un "espíritu caballeresco". Y precisamente el solo hecho de que exista semejante idea basta para que, por una parte, no pueda tacharse de arbitraria mi elección y para que, por otra, la aceptemos como idóneo punto de partida. Los clichés históricos comunes no son casuales; por lo contrario, obedecen a alguna necesidad, pues de otro modo no existirían. Son, según frase de Edmundo O'Gor-



man, "interpretaciones históricas, *datos*", es decir, que no son simples "hechos indiferentes para una comprensión históricamente garantizada de la realidad que mientan".¹ Decir que la Hazaña de Indias estuvo animada por un espíritu caballeresco, es señalar a lo más hondo de nuestro problema, pues, todo lo ambiguamente que se quiera, eso de "espíritu caballeresco" nos refiere ya a un modo peculiar de concebir la vida, y esa concepción, precisamente, es la que tratamos de poner en claro. Por lo pronto, sin embargo, no podemos afirmar categóricamente nada sobre el particular; sólo tenemos el punto de partida, que ya es algo. Con toda evidencia el primer paso que debe darse es lograr, mediante el examen de textos adecuados, una comprensión clara de lo que significa eso de "espíritu caballeresco". Tal será, pues, el objeto de la primera parte de este trabajo. Armados del resultado de esa averiguación deben estudiarse las llamadas Crónicas de Indias para ver si es cierto y en qué grado la hazaña responde a ese espíritu. Esta tarea constituirá la segunda parte del libro. Por último, dedicaremos una tercera parte al resultado general de nuestra investigación y a sacar en limpio las conclusiones que de ella se desprendan.

Antes de poner punto final a estas palabras introductorias no carece de interés hacer una aclaración importante: al estudiar las crónicas y demás textos que me sirven de apoyo, me guía el sentimiento de apartarme de la manera tradicional de considerarlos; es decir, de sólo ver en ellos una especie de inventario de hechos y fechas que se aceptan como errores o verdades, según cierto criterio impuesto por el método llamado científico de la investigación. Yo he querido tomarlos como expresión de una manera de vida humana para así buscar la realidad histórica que encierran. Desde cierto punto de vista podrá decirse, en efecto, que tal o cual crónica está plagada de falsedades o por el contrario, que está colmada de verdades; pero lo que aquí importa no es eso, sino es reparar en que las tales falsedades y verdades, por igual, obedecen a exigencias vitales de quien las asentó y por consiguiente que, también por igual, unas y otras son vías de acceso a la realidad histórica que se busca.² Este tema mío, el del espíritu caballeresco en la Hazaña de Indias, es excelente ejemplo para mostrar que no le falta razón a lo que se acaba de decir. Porque, o se toman en serio como "verdades" todas esas "mentiras" de porten-

tos y milagros narrados en las crónicas, o se renuncia al estudio de ese espíritu caballeresco que dicen animó a los conquistadores de Indias. Pero ¿por qué se ha de renunciar a un tema histórico tan fundamental y por eso tan legítimo como atractivo?

México, agosto de 1947.

PRIMERA PARTE

**LA VIDA CABALLERESCA
SU SENTIDO**

A través de leyendas y recuerdos, de crónicas y relatos; pero sobre todo de una bella y calumniada novelística, nos ha llegado la imagen de la vida caballescica, tan lejana de nosotros. Esa literatura, expresión palpante de un tipo de vida pretérita, requiere que nos acerquemos a ella con amor para poder apresar su hondo sentido y así entrar en diálogo con aquellos nuestros históricos hermanos con ese cariño que despierta la ausencia de muerte, pues no de otro modo cobrará su existencia vital significación.

I

MENTIRA E INMORALIDAD

El pasado se nos ofrece en forma de interpretaciones ya hechas que por hábito y pereza, se aceptan sin examen previo. Pero es claro que tal aceptación equivale a renunciar por anticipado, en nombre de la comodidad, a la aventura personal de entrar por cuenta propia en contacto con la realidad histórica a que dichas interpretaciones nos refieren. Ungidas del respeto que inspiran las cosas consagradas, hace falta esfuerzo y atrevimiento para levantarse en armas contra su autoridad. Ejemplo notable de esto es la tradicional y universalmente aceptada interpretación que de la literatura caballerescas nos ha legado el pasado inmediato, y a tal grado que todo intento de revisarla despierta un coro de eruditas protestas y admoniciones.

Lo cierto es que a pesar de ser evidentemente la literatura caballerescas la expresión bella y auténtica de un alto ideal de vida humana, la crítica sucesiva de algunos siglos ha creado en su contra un ambiente de sombra e incomprensión, y para quien quiera acercarse de nuevo a ese ideal se hace necesario sujetar a crítica aquel obstáculo. Pero empecemos por conocerlo.

Dos conceptos centrales dominan la interpretación tradicional de la literatura caballerescas, desde su verdadero iniciador—Juan Luis Vives—hasta nuestros días. Por una parte, se la ataca por inverosímil; por otra parte se la tacha de inmoral. Mentirosa y corruptora son los dos adjetivos con que se la califica, no dejando de existir en la mente de quienes así piensan una relación estrecha entre ambos conceptos. Lo mentiroso es inmoral; lo corruptor es el error. Ecuaciones que suponen

toda una manera especial de comprender la vida humana, con toda claridad adversa al libre juego creador y alegre de la imaginación. ¿Qué corrientes filosóficas y religiosas impulsan a tantos hombres doctos a rebelarse contra una literatura que durante tantos siglos fué expresión de un ideal de toda la cristiandad y más tarde y sobre todo en España fué la meta de las más nobles aspiraciones? ¿Por qué esos críticos modernos ven inmoralidad donde los severos concilios sólo descubren inofensivos aunque vanos pasatiempos?

En la *Instrucción de la mujer cristiana* (1524), libro en que Juan Luis Vives (1492-1540) edifica la perfecta cárcel de la mujer perfecta, se encuentra la primera y más definitiva ofensiva contra las cosas de caballerías. En el capítulo que dedica a las lecturas que debe leer para su provecho la pobre encarcelada, truena contra quienes permiten que lea esas "infacetísimas facecias y gracias desgraciadas" ³ que son los libros de caballerías. Los autores, según Vives, son "hombres ociosos y desocupados, sin letras, llenos de vicios y suciedad", "Yo me maravillo —agrega—, cómo puede haber (en esos libros) cosa que deleite a nadie" ⁴. Le irrita que la mujer ande mezclada en los hechos de armas, y le parece que faltan al respeto que se deben tener con sólo presenciarlos. No concibe como: "los predicadores y pregoneros de la palabra de Dios" no levantan su voz para impedir la lectura de tan perniciosas novelas. Esto acusa una profunda disidencia entre la concepción moral de Vives y la de la Iglesia de su tiempo. Si ésta encuentra que esas lecturas son inofensivas, Vives ve en ellas una víbora de perdición de la que hay que huir antes de que sea demasiado tarde. Su furia es incontenible contra los autores que, según él, sólo escriben esas novelas para enviciar a la juventud. Fuera de consideraciones muy personales y apasionadas, la base de su ataque consiste en que las tales novelas no son sino un cúmulo de mentiras, y el arma principal que usa es la sátira para burlarse de lo exagerado de los lances, y del sobrehumano esfuerzo que el autor supone en el caballero:

El uno mató él solo veinte hombres, el otro treinta; el otro traspasado con seiscientas heridas y dejado por muerto, al día siguiente se levanta sano y bueno, y cobradas sus fuerzas, si a Dios place toma hacer armas con dos gigantes y matarlos, y de allí sale cargado de oro y de plata, y joyas y sedas, y tantas otras cosas que apenas las llevaría una carraca de genoveses. ⁵

La mente razonable de este erasmista español rechaza con violencia ese mundo fantástico y maravilloso de los libros de caballerías, tan del agrado popular. No repara Vives en que precisamente la acogida que España da a esas fantasías es expresión de una voluntad imaginativa como preponderante sobre lo puramente racional.

Juan de Valdés († 1541) otro astro de la constelación erasmista, también se pone en línea con las opiniones de Vives. Su ataque, sin embargo, es más templado y se descamina más bien por el lado de la crítica literaria. Refiriéndose al *Amadís* en su famoso *Diálogo de la lengua* (1534-36?, publ. 1737), nos dice:

...en muchas partes va demasiadamente afectado y en otras muy descuidado; unas veces alza el estilo al cielo y otras lo abaxa al suelo. ⁶

En otro párrafo afirma que:

Quanto a los vocablos, no me plaze que dize *estando en aquel solaz*, por estando en aquel plazer o regozijo. Tampoco me contenta decir: *quando vió ser sazón*, por quando vió ser tiempo; mejor lo usa en otra parte, diziendo: *a aquella sazón*. Y mucho menos me satisface donde dize: *en voz dexo toda mi hazienda*, por todo lo que me toca. No me suena bien viniere por avía venido, ni *passara* por avia pasado. ⁷

Bien se ve que Valdés no sabe perdonar pequeneces en gracia de la imaginación. No es, sin embargo, un crítico tan intransigente como Vives. Al examinar el cargo de mentirosa que se le imputa a la literatura de caballerías, Valdés opina que si han de contarse mentiras éstas deben parecer verdades:

Quanto a las cosas, siendo esto así que los que scriven mentiras las deven escribir de suerte que se lleguen, quanto fuere possible, a la verdad, de tal manera que puedan vender sus mentiras por verdades, nuestro autor de *Amadís*, unas vez es por descuido; y otras no se por qué, dize cosas tan a la clara mentirosas, que de ninguna manera las podéis tener por verdaderas. ⁸

Pero la diferencia entre Vives y Valdés es puramente de grado; en ambos alientan el amor por la verdad racional y lógica, y hasta podría decirse que en cierto modo ese amor es mayor en Valdés, ya que para él la mentira, si ha de existir, debe presentarse disfrazada de verdad. A

esto obedece el absurdo de que Valdés sujete la literatura caballeresca a una crítica histórica de tipo positivista y erudito:

Yñorancia es muy grande dezir, como dize al principio del libro, que aquella historia que quiere scribir aconteció *no muchos años después de la pasión de nuestro redentor*, siendo assí que algunas de las provincias de que él en su libro haze mención ser cristianas, se convirtieron a la fé muchos años después de la pasión.⁹

Valdés no entiende que los anacronismos carecen de importancia para el sentido histórico del hombre de la Edad Media, pues lo esencial para él consiste en mirar el pasado refiriéndolo todo a Cristo, único dato verdadero. Con los más variados hechos de épocas distintas se hacen narraciones historiográficas que tienen por único objeto mostrar simbólicamente el discurrir humano en referencia a su salvación en el otro mundo.

La crítica de Valdés a los libros de caballerías no echa en olvido el asunto de su inmoralidad. En el pasaje que transcribo a continuación se muestra que Valdés censura, al igual que Vives, esta literatura no sólo por inverosímil e incongruente, sino por inmoral:

Descuido creo sea el no guardar el decoro en los amores de Perión con Elisena, porque, no acordándose que a ella haze hija de rey, estando en casa de su padre, le da tanta libertad y la haze tan deshonesta, que con la primera plática la primera noche se la trae a la cama.

Descuidóse también en que, no acordándose que aquella cosa que cuenta era muy secreta y passaba en casa de la dama, hace que el rey Perión arroje en tierra el espada y el escudo luego que conoce a su señora, no mirando que, al ruido que harían, de razón avían de despertar los que dormían cerca y venir a ver qué cosa era. También es descuido decir que el rey mirava la hermosura del cuerpo de Elisena con la lumbré de tres antorchas que stavan ardiendo en la cámara, no acordándose que avía dicho que no avía otra claridad en la cámara, sino la que de la luna entrava por entre la puerta, y no mirando que no ay muger, por deshonesta que sea, que la primera vez que se vee con un hombre, por mucho que lo quiera, se dexé mirar de aquella manera. De la mesma manera se descuida haciendo que el rey no eche menos el espada hasta la partida, aviéndose la hurtado diez días antes, porque no se acordó que lo haze caballero andante, al qual es tan anexa la espada como al escribano la pluma.¹⁰

Lo que hace singularmente valiosa la opinión de Valdés es que se trata de un renegado de la fe en las caballerías, y por consiguiente de alguien que no sólo las conoció como erudito, sino que gustó de ellas con tantos otros en aquella época. Así lo confiesa expresamente:

Diez años, los mejores de mi vida, que gasté en palacios y cortes, no me empleé en ejercicio más virtuoso que en leer estas mentiras, en las cuales tomava tanto sabor, que me comía las manos tras ellas. Y mirad qué cosa es tener el gusto estragado: que si tomava en la mano un libro de los romançados en latín, que son de historiadores verdaderos, o a lo menos que son tenidos por tales, no podía acabar conmigo de leerlos. ¹¹

Tal confesión es además interesante, porque no sólo muestra que las clases cultas de la sociedad española leían la literatura caballeresca, sino porque plantea el problema de saber a qué se debe un cambio tan radical de opinión. En el apartado siguiente intentaré contestar esta cuestión.

En una de las notas que puso Francisco Cervantes de Salazar (1514-1575) a su traducción de la *Introducción a la sabiduría* (1560?) de Vives, hace suya la opinión adversa que éste tenía acerca de los libros de caballerías. En Cervantes domina la idea moral, pues lejos de reputar malo el estilo caballeresco como hizo Valdés, lo considera como sabroso plato de ponzoña.

"En esto se había de cargar la mano—dice—y es en lo que más nos descuidamos, porque tras el sabroso hablar de los libros de caballerías bebemos mil vicios como sabrosa ponzoña". Cree Cervantes de Salazar que el gusto por ese género de novelas es causa de que no se le tenga a los libros "santos y contemplativos"; pero lo que más le preocupa es el mal ejemplo que estas lecturas significan como incitación a cometer actos inmorales:

Guarda el padre a su hija, como dicen, tras siete paredes, para que quitada la ocasión de hablar con los hombres, sea más buena, y déjanla un *Amadís* en las manos, donde deprende mil maldades y desea peores cosas, que quizá en toda la vida, aunque tratara con los hombres, pudiera saber ni desear; y vase tanto tras del gusto de aquello, que no quisiera hacer otra cosa; ocupando el tiempo que habría de gastar en ser laboriosa y sierva de Dios, no se acuerda de rezar ni de otra virtud; deseando ser otra Oriana, como allí, y verse servida de otro

Amadís. Tras este deseo viene luego procurarlo, de lo cual estuviera bien descuidada, si no tuviera donde lo deprendiera.

El mismo temor siente Cervantes por el mal ejemplo de los libros de caballerías respecto a los jóvenes que por eso "no tratan sino cómo deshonrarán la doncella y afrentarán la casada". Concluye nuestro autor su cita con esta frase: "De todo esto son causa estos libros, los cuales plegue a Dios, por el bien de nuestras almas, vieden los que para ello tienen poder".¹²

Antonio de Guevara (1480?-1545) se suma a la corriente cada vez más poderosa de crítica adversa a los libros de caballerías. Como en Cervantes de Salazar domina en su opinión la nota moral: tales novelas le parecen malas lecturas que corrompen al pueblo. En su libro llamado *Aviso de privados y doctrina de cortesanos* (1539). (La edición de 1605 intitula esta obra *Aviso de privados o despertador de cortesanos*) encontramos el siguiente párrafo:

Ya no se ocupan los hombres sino en leer libros que es afrenta nombrarlos, como son Amadís de Gaula, Tristán de Leonís, Primaleón, Cárcel de Amor y La Celestina, a los cuales todos, y a otros muchos con ellos se debería mandar por justicia que no se imprimiesen, ni menos se vendiesen, porque su doctrina incita la sensualidad á pecar y relajar el espíritu a bien vivir.¹³

También hemos de contar entre los autores enemigos de la literatura caballeresca a Diego Gracián de Alderete (principios del siglo XVI). En el prólogo *De la vida de Xenofonte y su doctrina* (1552) encontramos las dos notas capitales de la crítica: mentira e inmoralidad. En la mente de este autor domina, sin embargo, no tanto la circunstancia de ser las novelas caballerescas ejemplos malos que incitan al pecado de lujuria, sino la consecuencia para quien las lee en cuanto les quitan autoridad a los libros serios y a las historias verdaderas; por eso son inmorales.

No sirven de otra cosa sino de perder el tiempo, y desautorizar los otros buenos libros verdaderos de buena doctrina y provecho. Porque las patrañas disformes y desconcertadas que en estos libros de mentiras se leen, derogan el crédito a las verdaderas hazañas que se leen en las historias de verdad.¹⁴

Como esta frase se encuentra, según ya dije, en el prólogo de un libro que en la intención de su autor es libro de verdad, se ve claro que en Gracián de Alderete el ataque es indirectamente un alegato en favor de su obra. Por eso denosta de "indigno y muy ajeno de hombres graves y cuerdos", tanto el escribir como el leer novelas de caballerías. Esto no quiere decir, sin embargo, que la crítica de Diego Gracián de Alderete sea puramente interesada: al igual que tantos otros su opinión adversa al género caballeresco es asunto de conciencia.

Pedro Malón de Chaide (1530-?), en *La Conversión de la Magdalena* (1592-?), se distingue por su intransigencia en lo que toca al aspecto moral:

..el mundo tiene ya tan cansado el gusto para las cosas santas y de virtud, y tras eso, tan vivo el apetito para todo lo que es vicio y estrago de buenas costumbres, y que, como si no bastaran los ruines siniestros con que nacemos y los que mamamos en la leche, y los que se nos pegan en la niñez con el regalo que en aquella edad se nos hace, y como si nuestra gastada naturaleza, que de suyo corre desapoderada al mal, tuviera necesidad de espuela y de incentivos para despertar el gusto del pecado, así la ceban con libros lascivos y profanos, adonde y en cuyas rocas se rompen los frágiles navíos de los mal avisados mozos.¹⁵

Entre esos libros "lascivos y profanos" están los de caballerías, a los cuales califica de "monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras".

Refiriéndose específicamente a ellos dice:

Otros leen aquellos prodigios y fabulosos sueños y quimeras sin pies ni cabeza, de que están llenos los libros de caballerías, que así los llaman, á los que, si la honestidad del término lo supiera con trastocar pocas letras se llamaran mejor de bellaquerías que de caballerías.¹⁶

El doctor Andrés Laguna (1494 ó 99-1560), en el prólogo de *Quatro elegantísimas y gravísimas oraciones de Marco Tulio Cicerón contra Catilina* (1557), expone su opinión sobre este género de literatura de que nos venimos ocupando. Considera que el mayor mal de la lectura de esas novelas consiste en los estragos que causa en mentes bien doradas y en la irreparable pérdida del tiempo que implica, dada la corteidad de la vida humana. En este sentido son inmorales tales lecturas.

Así, al dirigirse a Francisco de Eraso, le dice:

La cual inclinación tan heroica (traducir a los clásicos), si de todos fuese imitada (como ya en otra parte lo tengo dicho) no se leerían hoy en tan grande brevedad de la vida, tantos Esplandianes, tantos Gayferos, ni tantos Amadises de Gaula, con tanto estrago del tiempo y con tanta ruina y destrucción de claros ingenios; que pudiéndose ocupar en lecciones pías y sagradas, o en historias verdaderas y llenas de doctrina y singulares exemplos, se consumen en ficciones, mentiras, burlas y vanidades; de las cuales a la fin, no saca el lector otra cosa sino dolor y arrepentimiento de haber empleado tan mal sus horas. ¹⁷

Laguna, como todos estos críticos severos, intransigentes y feroces, parece olvidar que si los lectores de caballerías no sacaban provecho, por lo menos sacaban gusto, y que al fin y al cabo, en la balanza de una vida, el gusto no deja de ser algo muy positivo. Por eso es un poco ingenuo Laguna al declarar con tanta seguridad que todos los lectores de libros de caballerías se arrepentirán a la larga. ¡Cuántos habrá habido que en esa novelas encontraran inolvidables felices horas de tregua en una vida áspera y dura! Con todo y la grandeza inmortal de Cicerón, es un poco fuerte querer que todo el mundo lo prefiera a Amadís. Pero Laguna era un "intelectual", y los intelectuales suele olvidarse demasiado que sus gustos no pueden nunca ser los de todos. En última instancia si Laguna prefiere a Cicerón es porque le gusta.

No siendo posible, ni necesario, inventariar al pormenor todas las opiniones que forman el cuerpo de crítica adversa a la literatura caballeresca, me conformo con citar, por último, a fray Luis de León (1527-1591) a reserva de examinar después lo que la legislación tenga que decirnos a este respecto y, por otra parte, la posición de los autores de nuestro inmediato pasado, a fin de mostrar cómo esa interpretación tradicional que arranca desde el siglo de Vives se ha continuado hasta nuestros días.

Ciertamente no encontré que fray Luis de León se refiera específicamente a la literatura caballeresca cuando en la *Introducción a los nombres de Cristo* (1591) se queja de las funestas consecuencias de ciertas lecturas. A ellas se deben "parte de los reveses y perdición que se descubren continuamente en nuestras costumbres." Y añade:

Y de un sabor de gentilidad y de infidelidad que los celosos del servicio de Dios sienten en ellas (que no sé yo si en edad alguna del pueblo cristiano se ha

sentido mayor), a mi juicio el principio y la raíz y la causa toda son estos libros.¹⁸

No cabe duda, sin embargo, que fray Luis incluye a los de caballerías entre tales libros. Es una voz más (que por ilustre no quiero omitir) del coro de opinión que condena sin remedio, por inmorales y mentirosos, a Amadís y a sus hermanos.

Cuando una realidad social ha tomado cierta importancia y volumen siempre encuentra su eco en la legislación. Primero es el hecho y después la ley. Así, la crítica condenatoria de la literatura caballeresca que hemos examinado hubo de manifestarse en preceptos legales de la época, enderezados contra la propagación y lectura de este género literario. Los humanistas españoles obtienen una victoria jurídica sobre el pueblo, al conseguir que la Corona intente desterrar con las armas de la ley a los caballeros andantes cuyas portentosas hazañas satisfacían el hambre de la imaginación española. No se crea, sin embargo, que sólo las clases bajas de la sociedad gustaban de aquellas historias; la nobleza, el clero, muchos letrados y los comerciantes y burgueses se unían al gusto popular y lo constituían. Entre los opositores había renegados de esa afición, como Juan de Valdés, según ya vimos, y como Fernández de Oviedo de quien tendremos ocasión de hablar más adelante.

La existencia de leyes prohibitivas demuestra, pues, lo generalizado del gusto por la literatura caballeresca y ese, para nosotros, es el hecho significativo. Se sabe, por otra parte, que la victoria legislativa de los humanistas fué más de palabra que de hecho, porque a pesar de la legislación los libros de caballerías siguieron publicándose y leyéndose.¹⁹ De algún modo debe explicarse este hecho. ¿No será que el pueblo español al entregarse tan de lleno a esas lecturas encuentra en forma simbólica la expresión de sus anhelos? Es decir, ¿no será que se encuentra a sí mismo, que se reconoce en ellas?

Se cita comúnmente como el primer precepto legal contra la literatura caballeresca, la Real Orden expedida el 4 de abril de 1531 por la reina gobernadora y dirigida a la Casa de Contratación:

La Reina.

Nuestros oficiales de la ciudad de Sevilla que residís en la Casa de la Contratación de las Indias:

Yo he sido informada que se pasan á las Indias muchos libros de romances de historias vanas é de profanidad, como son de Amadís é otros desta calidad; é porquiesto es mal ejercicio para los indios é cosa en que no es bien que se ocupen y lean, por ende, yo vos mando que de aquí adelante no consintáis ni deis lugar á persona alguna pasar á las Indias libros ningunos de historias é cosas profanas, salvo tocante á la religión cristiana é de virtud, en que se (e)jerciten é ocupen los dichos indios é los otros pobladores de las dichas Indias, porque á otra cosa no ha de dar lugar.

Fecha en Ocaña, a 4 días del mes de abril de mil é quinientos treinta é un años. Yo la Reina.²⁰

Además encontramos otra real orden, expedida por el rey en Valladolid en 1543 que se refiere expresamente al Perú:

El Rey.

Presidente y oidores de la nuestra Audiencia, (y) Cancillería Real de las Provincias del Perú.

Nos somos informados que de llevarse á esas partes los libros de romances de materias profanas y fábulas, así como son libros de Amadís y otros desta calidad, de mentirosas historias, se siguen mucho inconvenientes, porque los indios que supieren leer, dándose á ellos, dejarán los libros de santa y buena doctrina, y leyendo los de mentirosas historias, deprenderán en ellos malas costumbres y vicios; y demás desto, de que sepan que aquellos libros de historias vanas han sido compuestos sin haber pasado así, podría ser que perdiesen el autoridad y crédito de la Sagrada escritura y otros libros de Doctores, creyendo, como gente no arraigada en la fe, que todos nuestros libros eran de una autoridad y manera. Y porque los dichos inconvenientes y otros que podría haber, se excusasen, vos mando que no consintáis ni deis lugar que en esa tierra se vendan ni hayan libros algunos de los susodichos, ni que se traigan de nuevo a ella; y provéis que ningún español los tenga en su casa ni que indio alguno lea en ellos, porque cesen los dichos inconvenientes.

Fecha en la villa de Valladolid, á veinte y nueve de septiembre de mil y quinientos y cuarenta y tres años. Yo el Príncipe.²¹

Tiene interés advertir que estas dos disposiciones, las primeras que se ocupan del asunto de que venimos tratando, se refieren a América. Sin embargo, encontramos que también hay documentación legal por lo que toca a la península. En efecto, en 1555 las Cortes reunidas en Valladolid dirigieron una petición al rey encaminada a que prohibiese la impresión y circulación de los libros de caballerías:

Petición 107 de las Cortes de Valladolid 1555.

Otrosí decimos que está mui notorio el daño que en estos reinos ha hecho y hace á hombres mozos y doncellas é á otros géneros de gentes leer libros de mentiras y vanidades, como son Amadís y todos los libros que después dél se han fingido de su calidad y lectura, y coplas y farsas de amores y otras vanidades: porque como los mancebos y doncellas por su ociosidad principalmente se ocupan en aquello, desvanécense y aficionan en cierta manera á los casos que leen en aquellos libros haber acontecido, así de amores como de armas y otras vanidades; y aficionados, cuando se ofrece algún caso semejante, dánse a él más rienda suelta que si no lo oviessen leído y muchas veces la madre deja encerrada la hija en casa, creyendo la deja recogida, y queda leyendo en estos semejantes libros, que valdría más la llevase consigo; y esto no solamente redundá en daño y afrenta de las personas, pero en gran detrimento de las conciencias, porque cuando más se aficionan a estas vanidades, tanto más se apartan y disgustan de la doctrina sancta verdadera y cristiana, y quedan embelesadas en aquellas maneras de hablar, é aficionados, como dicho es, á aquellos casos. Y para el remedio de lo susodicho, suplicamos a Vuestra Majestad mande que ningún libro destes ni otros semejantes se lea ni imprima so graves penas: y los que agora hay los mande recoger y quemar, ni coplas ni farsas sin que primero sean vista y examinadas por el Real Consejo de Justicia: porque en haver esto así Vuestra Majestad hará gran servicio a Dios, quitando las gentes de estas lecciones de libros de vanidades, é reduciéndolas á leer libros religiosos y que edifiquen las ánimas y reformen los cuerpos, y a estos reinos gran bien y merced. ²²

Dicha petición no fué contestada sino hasta 1558 en los términos siguientes:

A esto vos responderemos que tenemos fecha lei y pragmática nuevamente, por la cual se pone remedio cerca de lo contenido en esta petición y otras cosas que convienen al Servicio de Nuestro Señor, la cual se publicará brevemente. ²³

Las transcripciones anteriores comprueban que la legislación hace eco a la crítica de los humanistas, y en verdad la petición de las Cortes de Valladolid es un buen resumen de aquélla. Notamos como razones dominantes de la prohibición la inmoralidad que se dice contienen los libros caballerescos, así como el ser una literatura de mentiras. En todo caso, lo decisivo es que, como ya dije, la existencia misma de los preceptos legales anotados demuestran mejor que ningún otro documento la popularidad que gozaba entre los españoles ese género de novelas.

El siglo XIX, nuestro pasado inmediato, recoge en boca de los críticos la interpretación tradicional de que fueron objeto los libros de ca-

ballerías por parte de los humanistas y eruditos desde el siglo XVI. Las dos notas fundamentales: mentira e inmoralidad, seguirán esgrimiéndose en contra de aquel género de novelas. Tal trayectoria secular será el objeto de nuestra reflexión cuidadosa en páginas posteriores. Trataré de poner en claro que la conformidad entre hombres de los siglos XVI y XIX no supone identidad en los motivos íntimos que impulsaron a hombres históricamente tan diversos a abrigar una opinión común. Por ahora, solamente procede documentar el hecho.

Diego Clemencín (1765-1834) expresa en su comentario al *Ingenioso hidalgo Dn. Quijote de la Mancha*. (1833) su opinión sobre el hecho, a su parecer cierto, de inconveniencia moral de las novelas caballerescas. Dice:

Miguel de Cervantes Saavedra se propone en el Quijote ridiculizar y corregir, entre otros defectos comunes, la *desmedida y perjudicial* afición a la lectura de libros caballerescos, que en su tiempo era general en España.²⁴

Esos "otros defectos" según Clemencín son, por una parte, el mal estilo y, por otra, la desbocada fantasía y alejamiento de la realidad, en una palabra, la mentira.

Pero el desempeño de este argumento que no era ciertamente inaccesible a la hermosura y adornos de la invención y del estilo, *se resintió del mal gusto* de los tiempos y de la ignorancia de los autores.²⁵

Por lo que toca a la inverosimilitud, Clemencín opina que:

...tal es la confusa mezcla, el caos que ofrecen los libros caballerescos, escritos casi todos en los siglos XV y XVI, época ya en que los adelantamientos de la civilización y los beneficios de la autoridad pública sólidamente establecida por todas partes, presentaban más claramente *lo inverosímil* y lo ridículo de la profesión de los caballeros andantes. Los autores de sus historias no alcanzaron esta verdad siquiera para asignar los sucesos a tiempos en que fueran posibles; por mejor decir, *escribieron unas historias imposibles en todo tiempo*. Agitados los más de ellos de un furor insensato no contentos con lo extraordinario, echaron también mano de lo portentoso y amontonaron encantamientos y encantadores, rivalidades y guerras de nigromantes, aventuras y empresas absurdas prodigando lo maravilloso de suerte que lo llegaron a ser insípido a la manera del uso excesivo de los manjares y sabores fuertes llega a entorpecer el paladar y embotarlo.²⁶

A su modo, pues, y no sin importantes matices que se estudiarán más adelante, Clemencín es un continuador moderno de la crítica antigua iniciada por Vives y Valdés. Lo mismo puede decirse de su gran contemporáneo Marcelino Menéndez y Pelayo.

Basta citar el nombre de este ilustre escritor para reconocer la importancia que tiene aquí el análisis de sus opiniones sobre la materia de que tratamos. Pero conviene advertir que tal importancia es aún mayor en cuanto que Menéndez Pelayo (1856-1912) se ocupa expresamente y por extenso de la relación que pueda haber entre la literatura caballeresca y la Hazaña de Indias. Veamos lo que nos dice en sus *Orígenes de la novela*.

A lo largo de todo el análisis, Menéndez y Pelayo muestra su plena conformidad con la opinión desfavorable que varios siglos de crítica habían forzado como interpretación histórica de los libros de caballerías. Califica de "antiguo desvío" la afición de los españoles del siglo XVI por ese género de novelas que llama "bárbaro y grosero". A su rápida y asombrosa propagación en suelo de España la califica de "viciosa fecundidad", y considera que dichas novelas son "pueriles en sus medios, desatinadas en sus fines". Hace suyas, pero con su peculiar violencia, las notas infamantes de mentirosa e inmoral que ya era (y es) costumbre atribuir a la literatura caballeresca, y por consiguiente, sumando su autorizada voz a la de los otros, afianza, en el siglo XIX y hasta nuestros días la interpretación tradicional.²⁷

La revisión documental que acaba de llevarse a cabo muestra la existencia de la interpretación tradicional del género caballeresco (como mentiroso e inmoral) y a su vez prueba la gran afición que dicho género gozaba entre los españoles de entonces. Oigamos lo que respecto a este último punto tiene que decir el propio Menéndez y Pelayo:

Y no era el ínfimo vulgo quien devoraba tales libros, que por lo abultados y costosos debían ser inasequibles para él, no eran tan sólo los hidalgos de aldea, como Don Quijote: era toda la corte, del Emperador abajo, sin excluir a los hombres que parecían menos dispuestos a recibir el contagio.²⁸

Pero entonces surgía necesariamente la necesidad de explicar a qué podía deberse tanta afición de un pueblo entero a cosa tan fea como eran esas novelas. A primera vista parecería que el gusto desmedido por la mentira y lo malo supone lo mismo en el carácter español.

Pero como semejante consecuencia era inadmisibile y monstruosa, los críticos pronto trataron de conciliar esos extremos. No vieron que el secreto consistía en comprender que el criterio utilizado por Vives, por ejemplo, para condenar de mentirosa e inmoral a la novela caballeresca, no podía aplicarse con justicia a los españoles de entonces que veían en esas llamadas mentiras e inmoralidades una manera de expresión simbólica y amena de un tipo ideal de humanidad que encarnaba los más profundos anhelos del pueblo y que, por consiguiente, no existía ninguna oposición real entre el carácter nacional y el gusto por aquellas "patrañas".

Para dar cuenta más completa de lo que he llamado la interpretación tradicional de los libros de caballerías será conveniente, pues, estudiar los esfuerzos de los críticos por mantener la condenación de las novelas caballerescas sin incluir en ella a los españoles que las escribían y gozaban. ¿A qué se debe que el gusto por los libros de caballerías tenga tanto arraigo en España? Tal era la forma en que se presentaba esta difícil empresa.

El primero que intentó dar una respuesta fué fray Luis de Granada (1504-1588) en un pasaje de su *Introducción al símbolo de la fe* (1582). Siendo impulso general en el hombre el temor a la muerte, todo acto que suponga su desprecio despierta la admiración de los demás. Fray Luis ve en ese sentimiento el secreto de la afición de los españoles por las novelas caballerescas, puesto que en ellas el héroe está constantemente desafiando a la muerte.²⁹ No es, pues, que los españoles gusten de la mentira y de la inmoralidad; gustan del valor.

La solución de fray Luis de Granada no anda del todo descaminada. En efecto, parece evidente que un rasgo típico del español de aquella época consiste en el desmedido aprecio por el valor personal y sobre todo en materia de armas. Sin embargo, la tesis de fray Luis de Granada no era satisfactoria para la crítica humanística; el valor es virtud admirable, sin duda; pero ¿por qué buscarla en libros de mentiras y lascivos y no en las verdaderas historias?

Tal sería la objeción de aquellos viejos humanistas que debieron haber pensado para sus adentros que el gusto general en España andaría estragado y corrompido el pueblo en sus costumbres.

Habrá que esperar hasta el siglo XIX para que esta delicada cuestión vuelva a examinarse y se intente una solución más feliz.

El origen de la novelística de caballerías es aplicado por Clemencín con mediana claridad: lo encuentra en la necesidad de protección que siente el débil y desamparado, y por lo tanto, en el amor y admiración que tiene por quien se ocupe en defenderlo. En la Edad Media —"siglos oscuros", según Clemencín— reina un estado de inseguridad; nada más natural, pues, que a esa época corresponda la literatura caballeresca. En la figura del buen caballero los débiles encuentran consuelo para sus aflicciones y en él cifran el remedio a las injusticias de que son víctimas.

...conviene transportarse —dice Clemencín—, a aquellos siglos de oscuridad y barbarie, en que olvidada la civilización antigua y generalizada en Europa la dominación de los pueblos del Norte, apenas se disfrutaba la seguridad y el sosiego, que son el objeto primario de la sociedad humana. Introducida por el régimen feudal la anarquía, quedó la autoridad pública sin contorno ni fuerza: los particulares vasallos más poderosos se encastillaban en sus rocas y fortalezas, se miraban como independiente de los príncipes, y no reconociendo más derecho que el de la fuerza, ni más ley que la de su espada, se hacían la guerra unos a otros, oprimían a los hombres de los contornos, exigían contribuciones y servicios arbitrarios a los pasajeros, y todo era violencias, ruinas y crímenes... Fijando pues nuestra consideración en aquella época primitiva, en que la inocencia y la debilidad, privadas de la protección del gobierno, no podían recibirla sino de los particulares, presenta sin duda una imagen halagüeña y recomendable la persona que impelida de su generosidad se consagra sin limitación al socorro y al amparo de los oprimidos, una persona que abrazando su escudo y empuñando su lanza, se dedica a correr el mundo buscando ocasiones en que ofrecer su esfuerzo y su sangre en defensa al menesteroso y del débil.³⁰

El caballero andante, según Clemencín, sirvió de modelo a los escritores que cada vez exageraron más y deformaron la realidad. Por eso ve en los libros de caballerías una confusa mezcla de grandeza y miseria; le parece, además, que no lograron ajustarse a la realidad ni a la cronología y que carecieron de belleza en el estilo, apartándose de las reglas fundamentales de la verosimilitud. Está claro que la tesis de Clemencín no llega tampoco a explicar satisfactoriamente el gusto de los españoles del siglo XVI por los libros de caballerías, pues seguramente no admite Clemencín que el siglo de oro español es también

uno de los "siglos oscuros". Pero si es cierto que queda en pie el problema, no es menos cierto que Clemencín se muestra más comprensivo, no precisamente con los libros de caballerías, pero sí con la figura del caballero andante en cuanto ella es encarnación de un ideal de vida humana. Al igual que fray Luis de Granada, entrevé el valor ejemplar, estético e imaginativo que tenía la literatura caballeresca para el pueblo español de entonces, grande y cristianamente aventurero.

Fué a Menéndez y Pelayo a quien le tocó enfrentarse en serio con el problema que venimos analizando. Era urgente explicar sin detrimento del carácter español por qué una literatura, ya anticuada en el siglo XIV y por añadidura "mentirosa e inmoral", tiene tan profundo arraigo en el ánimo español del siglo XVI. ¿Por qué España hace suya y en hora tan tardía una literatura que por su origen era extranjera? ¿Cómo explicar, en fin, la coincidencia de ese hecho con la España de entonces, conquistadora, católica y docta?

Comienza Menéndez y Pelayo por enseñarnos que la novela caballeresca no es un producto español. Proviene de afuera. Los elementos constitutivos de la vida histórica de España y de su primitiva literatura épica y didáctica no contribuyeron, dice, a la formación de los grandes ciclos del género caballeresco. Esta especie de novelas o historias llegan a España después de haberse popularizado en otros países europeos. En España, sin embargo, encuentran fervorosa acogida y en ella hacen su casa. Menéndez y Pelayo advierte el problema. "¿Cómo —se pregunta— al alborar el siglo XVI, o al finalizar el XV, se trocó en vehemente afición el antiguo desvío de nuestros mayores hacia esta clase de libros, y se solazaron tanto con ellos durante cien años para olvidarlos luego completa y definitivamente?"³¹

Reconoce Menéndez y Pelayo que siendo las causas complejas pueden dividirse en dos especies: causas de índole literaria y causas de índole social. Veamos en qué consisten.

"¿Cómo es posible que tan bárbaro y grosero modo de novelar coexistiese con una civilización tan adelantada?",³² se pregunta Menéndez y Pelayo al entrar al estudio de las causas de índole literaria. Admitase que este género literario tiene algunas imperfecciones de lenguaje, alguna rudeza en la preparación de sus escenarios y en el desarrollo de sus lances, pero no por ello merece tales adjetivos. Pues ¿acaso es bárbara o grosera la enternecedora figura de Roberto el Diablo en el

momento en que le exige a su madre que le revele el trágico secreto de su naturaleza? ¿Es justo calificar de manera tan arbitraria la trama, elevada y pura, en la que se ponen de relieve los nobles caracteres de Oliveros y Artús? Podremos reconocer que existen contradicciones en el relato de los sucesos, pero los caracteres de los personajes siempre están bien delineados y sus decisiones siempre tienen por objeto la nobleza y el desinterés. La barbarie y grosería de que habla Menéndez y Pelayo es la misma con que una crítica ahistórica infamó las conmovedoras catedrales góticas. ¿Qué no se advierte que al novelista le preocupan la congruencia y la llamada realidad objetiva, y que en cambio se entrega en brazos de la descripción de un ideal profundamente humano, situado en los planos elevados de la imaginación? ¿Por qué todo ha de ser lógico, pedestre y obvio? ¿Qué terrible miedo le tienen estos críticos que todo lo saben, al misterio, a lo inefable!

Tiene la novela dos aspectos, dice Menéndez y Pelayo prosiguiendo su análisis de las causas de índole literaria,

...uno literario y otro que no lo es. Puede y debe ser obra de arte puro, pero en muchos casos no es más que obra de puro pasatiempo, cuyo valor estético puede ser ínfimo. Así como de la historia dijeron los antiguos que agradaba escrita de cualquier modo, así la novela cumple uno de sus fines, sin duda el menos elevado, cuando excita y satisface el instinto de curiosidad aunque sea pueril, cuando prodiga los recursos de la invención aunque sea mala y vulgar; cuando nos entretiene con una maraña de aventuras y casos prodigiosos aunque estén mal perfeñados. Todo hombre tiene horas de niño y desgraciado el que no las tenga.³³

Pero ¿qué es el arte puro? ¿Dónde, cómo existe? ¿Cómo es posible hacer esa separación entre "arte puro" y "entretenimiento"? Por lo que parece, para Menéndez y Pelayo, arte puro no será sino obra de puro aburrimiento.

Una vez sentada aquella distinción —que no entiendo— pasa nuestro crítico a contestar la cuestión que nos viene preocupando. La razón principal del éxito de los libros de caballerías en la España del siglo XVI es, dice, que "a falta de los buenos libros se leen los malos".³⁴ ¿Cómo? ¿Acaso en el siglo XVI no hay una voluminosa y espléndida literatura española aparte de los libros de caballerías? Y explicando más su pensamiento añade Menéndez y Pelayo que "La novela-arte es para muy pocos; la novela-entretenimiento está al alcance de todo el

mundo, y es un goce lícito y humano, aunque de orden inferior".²⁵ Eso es eludir la cuestión, pues si la novela de caballerías está al alcance de todo el mundo ¿por qué no es "el mundo" quien la lee, sino España?

Seguramente puede concluirse que hasta este momento Menéndez y Pelayo no ha explicado el problema que nos ocupa. Si se admite con él que la literatura caballeresca es "bárbara y grosera" nada se gana para explicar cómo y por qué la sociedad española del siglo XVI la prohibió, a no ser que se admita que ésta también sea, a su vez, bárbara y grosera. Recuértese, sin embargo, que en la formulación misma del problema, Menéndez y Pelayo califica a la vida española de entonces de "civilización adelantada".

Pero oigamos lo que se nos dice respecto a las causas de índole social.

Principia Menéndez y Pelayo por observar que a fines del siglo XIV y a principios del siglo XV, España sufre una transformación al recibir los usos, costumbres y prácticas caballerescas y cortesanas de otros países. Atribuye el hecho a los contactos que tiene España con las cortes francesa y anglonormanda. Sostiene, pues, que las costumbres y bizarrías de la Tabla Redonda le llegan a España de afuera y son para ella algo artificial. Sin embargo, debido al poder de la moda, arraigan en la península. Hace hincapié en lo artificioso del ideal caballeresco y admite, no obstante, el enorme éxito que tuvo en España:

Creció pues, con viciosa fecundidad la planta de estos libros, que en España se compusieron en mayor número que en ninguna otra parte, por ser entonces portentosa la actividad del genio nacional en todas las manifestaciones, aun en las que parecen más contrarias a su índole.²⁶

Parece que ahora Menéndez y Pelayo cambia de opinión. Explica el arraigo de la literatura caballeresca en España por "la portentosa actividad del genio nacional". Pero ¿acaso no se contradice con su afirmación anterior de que en España no había libros buenos y que *por eso* leían los malos? Por lo visto la "portentosa actividad del genio nacional" se encauzó por malas vías, y no está muy claro cómo ha de justificarse que esas actividades sean realmente contrarias a la índole de ese genio. Nada hemos adelantado. Lo cierto es que al autor le molesta extraordinariamente que España se distinga de ese modo, pero ¿es creíble que un pueblo se entregue con ardor por más de un siglo a

una actividad que sea "contraria a su índole"? ¿No será mejor admitir limpiamente que si las novelas caballerescas son de tal o cual modo, es porque el español es de esa misma manera?

Y tan no queda en su intimidad satisfecho Menéndez y Pelayo con su tesis superficial, que incurre en nueva y más grave contradicción cuando afirma, como de paso, que en realidad los libros de caballerías gozaron de favor en el resto de Europa "cuando en España nadie se acordaba de ellos, a pesar del espíritu aventurero y quijotesco que gratuitamente se nos atribuye".³⁷ El hecho central, sin embargo, queda en pie: España fué el último país donde el género caballeresco creció y floreció. ¿Por qué? Y en cuanto a lo que dice Menéndez y Pelayo acerca de la gratuidad del espíritu aventurero y quijotesco, yo sólo puedo ver una expresión del choque que debió recibir su mente a lo siglo XIX al ponerse en contacto con el mundo fantástico e imaginativo de las novelas caballerescas, tan rebelde y ajeno a los hábitos del ambiente cultural de la pasada centuria. Con esa frase Menéndez y Pelayo echa por la borda la más valiosa herencia, quizá, legada por sus mayores.

Debatiéndose con el problema, no se contenta Menéndez y Pelayo con los argumentos que hemos anotado. Contradiciéndose de nuevo en su anterior afirmación sobre el favor que gozaron las novelas de caballerías entre todas las clases sociales de España, dice ahora que:

A pesar de apariencias engañosas no representaba (*ese género literario*) más que lo externo de la vida social; no respondía al espíritu colectivo sino al de una clase, y aun éste lo expresaban imperfectamente.³⁸

Decir que sólo lo externo de la vida española quedaba representado por las novelas caballerescas, es no decir nada; pero en todo caso, lo llamado externo ¿no es índice de la intimidad? O ¿acaso "lo externo" de la vida social de un pueblo es algo gratuito, casual y ajeno a ese pueblo? Yo veo, por lo contrario, que todas las clases de la sociedad española del siglo de la grandeza están íntimamente trabadas (por eso, grandeza) por unos sentimientos comunes que, según he de mostrar, son precisamente los que expresan a su modo las novelas de caballerías y se encarnan en la figura utópica del buen caballero.

Sin que Menéndez y Pelayo conteste satisfactoriamente la pregunta que él mismo se plantea y que tanto le irrita, pasa a un nuevo e interesantísimo aspecto de ella.

Para fortalecer, según piensa, su maraña de argumentos y mostrar, según cree, la poca importancia que tiene el apego del español a sus novelas de caballerías, sostiene que eran

...pequeñas en su campo de acción, pueriles en sus medios, desatinadas en sus fines.

Por eso, supone Menéndez y Pelayo que tendrían que desmerecer en la opinión del espectador de entonces cuando hiciera el inevitable cotejo entre ellas y las grandes y verdaderas aventuras españolas y portuguesas en tierras del Nuevo Mundo. Conviene citar aquí por extenso:

Duraban todavía en el siglo XVI las costumbres y prácticas caballerescas, pero duraban como formas convencionales y vacías de contenido... Pero aunque todo esto tenga interés para la historia de las costumbres, en la historia de las ideas poco importa. La supervivencia del mundo caballeresco era de todo punto ficticia. Nadie obraba conforme a sus vetustos cánones, ni príncipes ni pueblos. La historia actual se desbordaba de tal modo, y era tan grande y espléndida que forzosamente cualquier fábula debía perder mucho en el cotejo. Lejos de creer yo que tan disparatadas ficciones sirviesen de estímulo a los españoles del siglo XVI para arrojar a inauditas empresas, creo, por el contrario, que debían de parecer muy pobre cosa a los que de continuo oían o leían las prodigiosas y verdaderas hazañas de los portugueses en la India y de los castellanos en todo el continente de América y en las campañas de Flandes, Alemania e Italia. La poesía de la realidad y de la acción, la gran poesía geográfica de los descubrimientos y de las conquistas, consignada en páginas inmortales por los primeros narradores de uno y otro pueblo, tenía que triunfar antes de mucho de la falsa y grosera imaginación que combinaba torpemente los datos de esta ruda novelística.³⁹

Todo esto no pasa de ser un cúmulo de suposiciones arbitrarias. ¿Por qué habían de desmerecer las novelas en cotejo con las conquistas? Por lo contrario, mientras más portentosas las hazañas de los españoles, más naturales las de los caballeros andantes. Cuando a un español le llegaban las noticias de los grandes sufrimientos, peligros y proezas de los capitanes, diría: "al igual que Palmerín; a la manera de Amadís". No por ociosidad tantos cronistas de Indias muestran empeño en que sus lectores no confundan sus obras con las novelas caballerescas.⁴⁰ En lugar de la artificiosa separación en que se empeña tanto Menéndez y Pelayo, se va viendo una histórica y fundamental trabazón entre Cor-

tés y Amadís; entre la Hazaña de Indias y la historia de los andantes caballeros. Pero este tema corresponde a la *Segunda Parte* de nuestro empeño. Por ahora debemos poner punto final a este apartado sacando la obvia conclusión de cuanto hemos visto hasta ahora.

Por una parte ha quedado establecida la existencia de una corriente de pensamiento adverso a la literatura de caballerías, a la cual he llamado la "interpretación tradicional". Tal interpretación consiste fundamentalmente en una consideración de aquella literatura como *mentirosa e inmoral*. Por otra parte, nuestra revisión de las opiniones de los críticos mostró también la popularidad de la novela caballescna en la España del siglo XVI.

Vimos que las razones esgrimidas para explicar este hecho no bastan y que el problema subsiste. En un comentario indiqué que posiblemente el secreto consistía en comprender que el criterio base de la interpretación tradicional no se ajustaba a la realidad histórica española de entonces, y que por eso surgía la contradicción que tanto angustiaba a los críticos. En una palabra, que posiblemente sólo existe esa contradicción si se acepta sin examen y como verdad definitiva *lo que afirma* la interpretación tradicional. Nosotros la hemos aceptado simplemente como punto de partida, ahora trataremos de averiguar *por qué afirma lo que afirma*, es decir, trataremos de comprenderla históricamente, para ver si aquella contradicción sólo es un fantasma que nos impide encontrar la realidad histórica que buscamos.

II

EL CABALLERO SEDENTE

La Utopía Erasmista

Examinemos ahora el origen de la interpretación de los libros de caballerías. Mostré que dicha interpretación afirma que las novelas caballerescas son mentirosas e inmorales. Pero ¿qué criterio, qué convicciones, qué creencias sirven de base a tal afirmación? Todas estas preguntas se encauzan en una: ¿cómo conciben la vida humana aquellos hombres que juzgaron mentirosas e inmorales las novelas caballerescas? En efecto, si se rechazó con aquellas notas infamantes la figura del caballero andante, es porque se le opone otra figura de hombre que se juzga perfecta.

Ahora bien, el conocimiento más ligero de la historia de España basta para advertir que los escritores y pensadores que dirigieron el ataque contra la literatura caballeresca forman la plana mayor del erasmismo español.⁴¹ ¿Cuál, entonces, será la figura de hombre que estos erasmistas oponen al caballero andante? Evidentemente, cuando el Dr. Laguna, por ejemplo, quiere que todos lean a Cicerón en vez de *Amadís*, no sólo es porque le parece que aquél es mejor que éste, sino porque piensa que el habitual lector del romano es mejor hombre que el aficionado del caballero andante. Cuando se le censura a éste sus delirios de generosidad y valor, es porque tales extremos parecerán a quienes los censura contrarios a la prudencia. La prudencia, pues, será una pincelada del gesto moral de ese nuevo caballero que los erasmistas le proponen al pueblo español como modelo a cambio del otro caballero,

del andante, y que por lo visto será el caballero sedente. Y la cuestión será examinar de nuevo si verdaderamente los españoles del siglo XVI podían aceptar ese cambio. Se ve bien la necesidad de reconstruir la imagen del caballero erasmista para contestar esa pregunta y quizá entonces podamos comprender la razón de que, a pesar de críticas, insultos y leyes, y sin infamia para lo que Menéndez y Pelayo llama el "genio nacional", la novela caballeresca seguirá escribiéndose y leyéndose en la España de la grandeza.

Como un primer punto de orden general no está de más apuntar un hecho importante, a saber: lo efímero que fué el movimiento erasmista en España. El erudito Bataillon no deja lugar a duda a este respecto en la minuciosa historia que hace del erasmismo en España. Apenas plantado en tierra española ya era objeto de feroces persecuciones que a la postre triunfan.⁴² El hecho es importante, porque la poca presa que hizo Erasmo en el ánimo español quiere decir que la imagen del caballero erasmista no era del agrado de los españoles. Sin embargo, no faltan escritores modernos que parecen olvidar la palidez de la conquista erasmista en España. Agravando la vieja contradicción entre el amor que los españoles manifestaban por la novela caballeresca y la grandeza moral de esos mismos españoles, sostienen que el erasmismo "es la más importante de las corrientes filosóficas que conformaron la conciencia española".⁴³ En vista de los estudios de Bataillon tal afirmación me parece inexacta. Creo que muchos se han dejado deslumbrar por los nombres ilustres que forman el núcleo erasmista español, y no se fijan bastante en que esa tendencia florece sólo mientras le dura el favor imperial, en tanto que, fuera de la Corte, el erasmismo apenas existe y los españoles continúan aferrados a su literatura imaginativa, gozándose en ella y encontrándose en la figura ideal del andante caballero. Lo mismo pasó respecto a las ceremonias religiosas tan del agrado de los españoles como del odio de los erasmistas. Las conclusiones generales de los especialistas del erasmismo no parecen tomar en cuenta debidamente al pueblo español y clavan la mirada en un reducido grupo de pensadores cuyo defecto principal fué precisamente no expresar cultamente la realidad del pueblo para el cual escribían. Es el mismo Menéndez y Pelayo quien nos dice que después de la prohibición inquisitorial en España sólo se encuentra afición a Erasmo en alguno que otro humanista.⁴⁴ En el poco arraigo del eras-

mismo en España debe verse que el ideal de vida que proponía fué a estrellarse contra un pueblo que amaba lo heroico y lo fastuoso, lo desmedido y lo imprevisible, y que se gozaba en dejar correr la imaginación desbordante y potente, descargando sus preocupaciones en la confianza ciega en una Divina Providencia que nunca lo dejaría de Su mano.⁴⁵ Junto al español despreocupado por el mañana y por las cosas prácticas inmediatas, y amante del lujo, del despilfarro y de las complicadas y fastuosas ceremonias de la Iglesia Católica, se levanta el erasmista predicando el ahorro y la prudencia y tronando contra las viejas y hermosas prácticas del culto católico que le parecen supersticiosas y buena excusa para perder el tiempo en perjuicio de las obligaciones prácticas y terrenales. Quiere acabar con los rezos, los adornos en los altares, con los santos y sobre todo con los frailes y monjas. La vida monástica le parece ociosa e hipócrita, refugio de perezosos y hasta de ladrones. No debe ocultarse, por supuesto, que la actitud erasmista se justifica parcialmente dada la relajación de la Iglesia de entonces; pero en realidad las razones de los erasmistas contra el monaquismo tocan el fondo mismo de ese tipo de vida: la vida frailuna es ritual y ellos repudian el rito; en el monje la devoción va antes que toda actividad práctica, y una vida económicamente improductiva es pecado capital del credo erasmista. Ya no se comprende el ideal monástico fundamentalmente de olvido de este mundo y consagración al otro. El erasmista es un hombre que comienza ya a preocuparse grandemente de este mundo y anuncia así al hombre moderno que no se ocupará de otra cosa.

“¿Oís missa?” le pregunta Carón a una de las ánimas que salva del infierno Alfonso de Valdés (1490-1532) en su *Diálogo de Mercurio y Carón* (1528-1531?). “Los días de fiesta sin faltar alguno, y también los otros días cuando no tenía que hacer” responde la interpelada.⁴⁶ Como se ve, para el erasmista Valdés “primero es la obligación y después la devoción” con olvido de la respuesta que dijo Cristo a las quejas de Marta, porque María, en lugar de ayudarle a los quehaceres de la casa, se había consagrado a hacer los honores al Redentor y ungirle los pies con aceite perfumado:

“Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas. A la verdad una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada.”⁴⁷

El interés especial del *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés, por lo que se refiere a nosotros, consiste en que tratándose de una obra tardía del erasmismo español hay ya muchas concesiones prudentes. Valdés se hace eco de la combatividad del erasmismo contra la vida monástica; contra el clero y los príncipes de la Iglesia, y contra las prácticas rituales y devotas de entonces; pero es cauteloso y se cuida de hacer alusiones favorables a los frailes y hasta llega, en la Segunda Parte, a describir la vida del fraile perfecto.⁴⁸ En su obra queda el tono general favorable al hombre prudente y práctico ocupado en las cosas terrenales, y a la vez buen cristiano. Esta concepción del hombre ideal del erasmismo será recogida, ya sin la pasión de la época de las polémicas violentas, por Cervantes y a él hemos de acudir para fijar con precisión el modelo de hombre que se le proponía al español a trueque de su caballero andante. Mas por encima de todo no se olvide que el erasmista es quien no supo comprender a María y le dió su apoyo a Marta. Tal manera de concebir la piedad y vida cristiana es el origen de una concepción puramente ética de la religión y que rechazará cada vez más el sentido del pecado y del perdón, de la contemplación y de la dependencia de Dios, y del misterio. Todo va a resolverse por reglas rígidas y severas acerca de la conducta, y de Dios sólo quedará un policía del tráfico humano interesado únicamente en que no se viole el reglamento de la conducta individual y social. Recuérdese a este propósito la vida regimentada que propone Luis Vives como la perfecta de la mujer cristiana. Este seco erudito, que nada entendía de mujeres como les pasa a todos los que se ponen a explicarlas, establece un sistema intolerable de reglas para la mujer buena, tan inaplicables como inhumanas, de tal manera que si alguien se propusiera seguirlas no tendríamos una mujer-persona, sino una autómata aburrida y sin gracia. Para la mujer pecadora Vives muestra una rudeza y ferocidad que aterra, tan alejada del Evangelio que llega al grado de recriminarla por llevar el nombre de alguna santa. Ni por pienso hace alusión a la misericordia; predomina una estrecha y mezquina preocupación ética desvinculada del Dios misericordioso y que se circunscribe a la pura conducta. Tanta dureza e incomprensión para lo que somos es sin duda antecedente de ciertas estrechísimas concepciones protestantes del mundo como el calvinismo, por ejemplo. Ya no está siendo un problema tan difícil explicar por qué los españoles no querían sacrificar a sus caballeros fantásticos y entretenidos.

En la figura del Caballero del Verde Gabán que nos ha dejado Cervantes (1547-1616) en el *Quijote* (1605), se descubre perfilado y ya ajeno a polémicas el caballero erasmista perfecto. Ni pertenece a la plebe, ni a la alta aristocracia. "Yo señor caballero de la triste figura, soy un hidalgo", y si bien no tiene una gran fortuna no anda escaso de medios materiales y tiene todo lo que necesita y un poco más.

Soy más que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda.⁴⁹

Su vida se desarrolla evitando todo extremo:

...paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca;⁵⁰

Se cuida de toda experiencia que ponga en peligro su comodidad; pero no por eso descuida, bien instalado en su sillón, cultivar su espíritu.

...Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romances y cuáles de latín, de historia algunos, y de devoción otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención...⁵¹

No descuidar la religión, pero sin entregarse a extremos devotos; rechazar la fantasía y negarse a entrar en un mundo imaginativo y aventurero; refugiarse, en cambio, en una literatura "de verdad", y sentirse bien satisfecho de un "honesto entretenimiento" son las características de este caballero sedente, que es ya anuncio seguro del buen burgués.

En la satisfacción limitada y modesta de su "honesto entretenimiento" se percibe el efecto de una ética laica que está a mucha distancia de los arrebatos místicos de entrega a Dios y también de las angustias de los grandes pecados. Por todas partes se ve la exaltación de la comodidad, y de una modesta abundancia: "son mis convites limpios y aseados y no nada escasos". Este caballero de sillón está satisfechísimo de sí mismo y quiere vivir en paz con todos. No gusta de la murmuración, pues su deseo es huir de todo lo desagradable que pueda perturbar su tranquilidad. No conoce actos heroicos; cumple con las

convenciones y costumbres, y su generosidad es tan modesta y restringida como todo lo demás.

Oigo misa cada día; y reparto de mis bienes con los pobres,⁵²

Así como él quiere vivir en paz con todos, desea que reine una general armonía; por eso procura "poner en paz los que sé que están desavenidos";⁵³ usando de las buenas razones para convencerlos. En suma, la buena casa, la abundante y limpia comida, la ropa decente, la tranquilidad, el *confort*. Y junto a esto el desprecio a los extremos, el horror a la aventura. La escrupulosa observancia de las reglas y convenciones le garantizan la *seguridad*, que es su mayor bien y que por lo tanto desea para su futuro y el de sus hijos. De aquí surge la gran virtud erasmista: la prudencia en todo, que en lo económico se traduce en el ahorro. Con el tiempo este sentimiento comodín y cauteloso de la vida se desarrollará y producirá todo ese complicado mecanismo de los "seguros" que, como ya se ha dicho muy bien, será el sucedáneo moderno de la Divina Providencia.

Si la virtud más excelente es la prudencia, el caballero andante resulta el hombre menos virtuoso que pueda imaginarse. Es Erasmo mismo quien puntualiza la antítesis.

El verdadero prudente será el que teniendo en cuenta que es mortal, no se meta en libros de caballerías y considere que la mayor parte de los hombres, o se avienen a ver como no ven, o se engañan con mucha cortesía.⁵⁴

Tal, en breves palabras, es la figura ideal que los erasmistas españoles⁵⁵ le proponían al pueblo español como modelo. Nada más contrario al caballero andante que este caballero prudente y casero. De ahí el odio y terrible saña que encontramos en la crítica humanista de la literatura caballeresca; pero también de ahí la necia resistencia del pueblo español a doblegarse ante sus golpes.

La figura del caballero sedente era la utopía de aquel grupo de hombres sabios y doctos que, sin embargo, parecieron no comprender la realidad de su pueblo. Se aprovecharon de un momento del favor imperial cuando Carlos V era un flamenco en España rodeado de una corte flamenca. Esta utopía erasmista, fundada en la seguridad mate-

rial y en la prudencia en la acción, fué posible como algo en que se ponía fe, sólo cuando la fe en la seguridad espiritual que ofrecía la Divina Providencia ya se había perdido. En su fondo encontramos la fe en sí mismo, en la razón humana y por eso el caballero erasmista es el hombre razonable. La razón para él es instrumento para distinguir lo bueno de lo malo; Valdés en su ya citado *Diálogo de Mercurio y Carón* afirma esta manera de concebir la facultad de razonamiento.

Carón.—Dime pues, ¿qué cosa es asno?

Anima.—El asno es animal sin razón.

Carón.—¿Qué cosa es razón?

Anima.—Entendimiento para seguir lo bueno y desviar lo malo.

Carón.—Pues, luego si tú estando en el mundo no tuviste entendimiento para seguir lo bueno, que es la virtud y apartarte de lo malo, que son los vicios, síguese que no tenías razón y no teniéndola, tus propias palabras te convencen que eres asno.⁵⁶

Pero el pueblo español seguía teniendo fe más que nunca en la Divina Providencia y por eso no era "razonable". La historia española de ese siglo era, para los españoles, la prueba evidente de que la Divina Providencia no sólo existía, sino que había elegido al pueblo español como su instrumento para cumplir sus designios ¿Cómo entusiasmarse, entonces, con la utopía erasmista? En cambio, las hazañas españolas en las Indias y la grandeza política de España no estaban reñidas con las hazañas caballerescas de las novelas. ¿Por qué asombrarse, entonces, que los españoles siguieran entusiasmados con sus caballeros andantes? Sin duda, el caballero andante es también la expresión de una utopía, la utopía española de los siglos xv y xvi. Es conveniente estudiarla para conocer los perfiles del caballero andante y asistir después a la lucha en que se empeñaron estos dos caballeros utópicos por el galardón del destino de España. Cervantes es el historiador de esa aventura; pero no conviene adelantarnos y por ahora tratemos de averiguar en qué consiste la utopía caballeresca que va resultando ser la utopía española.

III

EL CABALLERO ANDANTE

1. *La Utopía Española*

El erasmismo levantó su ideal de seguridad y prudencia —ideal burgués— para oponerlo al ideal de la vida caballeresca. Pero ¿cuál era, exactamente, este ideal? Precisa conocer bien sus perfiles.

Los usos y prácticas caballerescos remontan a la gran antigüedad medieval y hasta algunos autores creen reconocer ciertos antecedentes romanos. Lo que importa, sin embargo, es que esos usos y prácticas son la expresión visible de un tipo de vida cuyo sentido se fué desarrollando a través de muchos siglos hasta encarnar un ideal, una utopía. Por eso la vida caballeresca no solamente es una institución histórica propia del sistema feudal, sino una poderosa creación imaginativa conservada en las leyendas, en la poesía y en las novelas.

Hablando estrictamente, los orígenes del feudalismo, y por eso de la caballería, no son cristianos. Menéndez y Pelayo y con él todos los historiadores afirman que sin género de dudas la institución de la caballería tuvo su nacimiento en los países del norte de Europa. Entre las tribus germánicas se acostumbraba una ceremonia en la investidura de armas a los jóvenes que podían ya tomar parte en la guerra. "El ceñimiento de la espada al joven teutón frente a la asamblea de su pueblo es —dice Henry Osborn Taylor—, ⁵⁷ el antecedente histórico de hacer un caballero". El mismo autor enseña que esta ceremonia empezó a complicarse en el siglo XI e indica algunos ejemplos: Guillermo de Normandía (1027-1087) recibió las insignias caballerescas

de manos del rey de Francia, y que el propio Guillermo el Conquistador invistió con las armas viriles (*virilibus induit armis*) a su hijo Enrique.⁵⁸

La Iglesia no era ajena a nada de la vida medieval; pronto la ceremonia recibió un carácter semi-religioso y así se consagraba la juventud más ilustre a la defensa de la fe y de los desamparados.

Indica Taylor que el espíritu cristianizado de la feudalidad y expresado en la institución caballerescas, ampliándose hasta la cortesía y la misericordia, tomó forma visible en una *orden* de carácter universalista, pues aunque en ella ingresaban de ordinario miembros de las clases nobles, no estaba excluido el plebeyo si se distinguía por alguna hazaña. Ni los reyes eran por nacimiento *caballeros*; al *caballero* se le hacía por otro y mediante la ceremonia respectiva. Esta se hace cada vez más ritualista y a la vez adquiere un tono marcadamente religioso. La orden de la caballería se plasma, pues, en una institución que tiene su código de reglas y obligaciones. Obedece a una concepción utópica de la vida: el caballero aspira a la perfección.

A lo largo de los siglos, desde el IX hasta el XIV, esta institución de la caballería va sufriendo cambios y recibiendo el impacto de modas. Su desarrollo comienza en una ceremonia de simplicidad bárbara y desemboca en un preciosismo cortesano y formulista; pero lo esencial de los ideales permanecen a lo largo de su historia y pasan a la literatura de ficción caballerescas, expresándose en formas imaginativas y simbólicas.

Henry Osborn Taylor explica muy bien cómo en un principio la institución caballerescas cobra formas semejantes a la institución monástica. El mejor ejemplo para ilustrar esto lo proporciona la *Orden del Templo* fundada en 1118 y cuyo propósito inmediato era la defensa de los peregrinos a Tierra Santa. Analiza Taylor la regla de la orden (*Regula pauperum commilitonum Christi Templique Salomonicum*, 1128)⁵⁹ y muestra su carácter eminentemente monástico con las variantes necesarias en cuanto los miembros de la orden tenían que hacer la guerra. Sin exageración puede decirse que la primitiva *Orden del Templo* equivalía a un monasterio de guerreros. Renunciaban al mundo y dedicaban sus vidas al servicio de Dios y defensa de la fe; el voto más importante era el de obediencia; la *Regula* regimentaba las horas del día y contenía disposiciones sobre el vestido, la comida y

la conducta general de los caballeros. Les estaba prohibido hablar de hazañas de guerra y de amores, y solamente podían cazar leones, porque este animal atacaba y causaba daño.⁶⁰ Ya en la época de la versión francesa de la *Regula* se advierte un cambio: se concede más interés a la organización militar propiamente dicha y se realza la nota caballerescas y cortesana. En una palabra, la caballería se iba secularizando.

Es bien sabido que el espíritu caballeresco está unido, al espíritu que inspiró las Cruzadas. La *Orden del Templo* responde al éxito de la primera de estas guerras de la Cruz (1095-1099), que para lo que aquí interesa nos da el nombre de Godofredo de Bouillon (c. 1085-1100), el primer arquetipo del caballero perfecto: el caballero cruzado. En él se encarna ese "ardiente celo de cristianismo feudal" que, según la autorizada opinión de Taylor, es el origen y la causa de la potencia de aquella guerra.⁶¹

Pero en la Primera Cruzada no se encuentra todavía la nota cortés y romántica de la caballería posterior, que es tan importante para la visión habitual que tenemos de esa institución. La Primera Cruzada motivó la literatura épica, de la que participa toda Europa, y que tuvo nacimiento con las *Chansons de gest* en la Francia del norte. Estas canciones son leyendas —pero para el medieval son historia— de la Primera Cruzada. En ellas Godofredo de Bouillon alcanza su definitivo perfil del caballero ideal.

Las *Chansons* posteriores, es decir del siglo XIII admiten elementos fantásticos y maravillosos, y la cortesía y la mujer aparecen en ellas desempeñando un lugar, si no preponderante, sí de importancia. Los eruditos no parecen estar muy de acuerdo para explicar la aparición de lo portentoso y fantástico en esta poesía. Algunos piensan que se debe al contacto con el Oriente; otros creen que es elemento indígena de Europa y todavía otros opinan que proviene de la mitología griega y de los cuentos milesios. Esta última es la opinión que Cervantes pone en boca del canónigo.

Ya para los tiempos de las últimas Cruzadas el género literario más importante para nuestros efectos es la *Crónica* donde se consigna la historia. Taylor subraya la importancia para el estudio del espíritu caballeresco de la *Crónica de San Luis Rey de Francia* (1309) escrita por Joinville (c. 1224-1317) que es la primera historia biográfica escrita en francés.⁶² En esta obra se destaca el segundo arquetipo his-

tórico de la caballería: San Luis de Francia, héroe de las Séptima y Octava Cruzadas (1248-1270); el caballero perfecto, rey y santo.

La novela caballeresca es, además de la poesía y de las crónicas medievales, la otra fuente más socorrida para el estudio de esa concepción ideal de la vida que, por lo que se ve, fué tan fundamental para la Europa de la Edad Media, y por lo visto para la España de los siglos XV y XVI. No debe olvidarse que el *Amadís de Gaula* parece reconocer su origen en algún o algunos romances del Ciclo Artúrico; pero que solamente alcanzó el mundo moderno en texto español en la redacción de Montalvo hacia finales del siglo XV, y que la primera edición que se conoce es de 1508 y de Zaragoza.⁶³ Este género literario, según Menéndez y Pelayo, Pascual de Gayangos y otros, brota de la poesía épica de la cual ya dije algunas palabras; pero me parece que también toma libremente de la poesía posterior, aquella en que aparecen elementos fantásticos, y de las crónicas o historias medievales. La novela caballeresca, como más libre e imaginativa, es síntesis de las varias expresiones en que se plasmó el espíritu caballeresco. La fantasía se desborda; la mujer alcanza un lugar preponderante; el elemento religioso no queda excluído; se presentan las novelas como relatos históricos según el modelo de las crónicas, y las virtudes caballerescas, tal como se fueron acumulando a medida que la vida medieval se refinaba, se exaltan y se exageran hasta llegar a extremos de simbolismo y alegoría.

A la novela caballeresca tenemos que darle lugar preferente en la busca del perfil de la utopía española, no sólo por las razones que acabamos de dar, sino porque es contemporánea de la Hazaña de Indias, y el intento de este trabajo es establecer la relación entre ellas. Sería bueno ir también a la poesía medieval y a las historias y así lo haré en la Segunda Parte en el cotejo con las Crónicas de Indias. En esta Primera Parte estudiaré, antes de la novela y a cambio de la poesía y la historia medievales, y para que no se diga que la novela caballeresca es algo tan extraño al "genio nacional" de los españoles, un gran monumento de la España medieval inspirado por otro buen rey caballero, Alfonso el Sabio (1252-84). Aludo, claro está, a las *Siete Partidas*.

2. LA CRISTIANDAD

Las Siete Partidas

En el monumento legislativo español conocido con el nombre de las *Siete Partidas* (1256-1265) ⁶⁴ se encuentra reconocida la institución feudal y cristiana de la caballería. En cierto aspecto las *Partidas* no responden a los usos y costumbres de la época: es un código de inspiración jurídica romana; pero no por eso dejaron sus autores de incorporar en ellas algunas instituciones propiamente medievales, sobre todo en lo que se refiere al derecho político. La Partida II es la dedicada a esa rama de la jurisprudencia, y en ella, precisamente, encontramos el tratado sobre la caballería ⁶⁵ que vamos a analizar.

El título XXI reglamenta minuciosamente la vida caballeresca y es un verdadero tratado doctrinal de la institución de la caballería. Con la elegancia y belleza de idioma peculiar a las *Partidas*, el tratado lleva el siguiente título general: "De los caualleros e de las cosas que les conuiene fazer". Encontramos aquí el reconocimiento de la caballería como una clase especial y distinguida que tiene obligaciones honrosas y muy estrechas respecto a la sociedad. Es decir, se trata de una institución a la cual la ley da su apoyo y reconocimiento.

Junto a los *oradores* y los *labradores* pone la ley (Partida II. Tit. XXI. Introducción) a los *caualleros*, a quienes llama los *defensores*. Es una clasificación de la sociedad medieval española según las funciones sociales que deben desempeñar cada uno de estos tres *estados*. Cada grupo tiene obligaciones especiales que, sin embargo, se completan entre sí y se entrelazan, pues todas ellas tienen por objeto el bienestar social. A los *oradores* queda encargado "rogar a Dios por el pueblo";

los *labradores* tienen a su cargo el trabajo del campo, en ellos recae el peso de proveer lo necesario para las exigencias materiales del grupo. Los *oradores* se caracterizan por la virtud de la pureza; los *labradores* por la laboriosidad. Los labradores están obligados a defender la tierra; pero esta obligación compete particularmente a otra clase de hombres cuya profesión son las armas. Estos son los caballeros o *defensores*. El caballero debe ser puro y laborioso, pero su virtud propia es el valor.

Ahora bien, estos tres grupos sociales no tienen su origen en la pura conveniencia social; como todo en la Edad Media, encuentran sus raíces en un orden superior, el orden providencial. En efecto, respecto a los *defensores* la ley explica que "son uno de los tres estados, porque Dios quiso se mantuviese el mundo" (Partida II. Tít. XXI. Introducción). No se trata de defender la tierra por la tierra, sino porque debe ser defendida y mantenida en cuanto es necesaria para el cumplimiento del gran conjunto de los designios de la Divina Providencia. La fundamentación divina del *defensor* o caballero es expresión del sentido religioso que el hombre de la Edad Media descubría en cuanto le rodeaba. Este sentido imprime carácter en el pueblo español; más que en ninguno otro, y ello le dió el "esfuerzo e honrra e poderío", según expresión de las *Partidas* para realizar la asombrosa Hazaña de Indias, animada por aquella vieja convicción.

A pesar de la marcada inspiración romana de las *Siete Partidas*, todo este código respira el sentimiento cristiano de la transitoriedad de la vida terrenal y de la necesidad de referirlo todo a Dios. Por eso los tres estados no sólo se definen por sus funciones, sino sobre todo por sus virtudes.

La primera cuestión formal que se propone resolver el legislador de las *Partidas*, en lo que se refiere a la caballería, es el origen del nombre de caballero: "Porqué razones la caalleria e los caalleròs ovieron assi nome" (Partida II. Tít. XXI. ley 1). Tal denominación procede de los tiempos antiguos cuando los defensores recibieron el nombre latino de *militia* que quiere decir "como compañías de omes duros, e fuertes, e escogidos para sufrir trabajo, e mal, trabajando, e lazrando, por pro de todos comunalmente". Lo de *militia* es porque de mil hombres se elegía uno para la formación de ese cuerpo guerrero tan escogido. El mismo texto explica, además, que en España los *defensores* se llaman *caualleros*, porque el jinete de caballo va más honrado:

que si fuera sobre otra bestia, y no por razón de que los *defensores* "andan caualgando en cauallos". Caballería, pues, quiere significar la distinción que sobre otros guerreros tienen los que forman parte de ella. El guerrero escogido es motivo de grandes honores y se hace acreedor a la honrosa denominación de caballero.

La siguiente ley (Partida II. Tit. XXI. ley 2) establece la manera de escoger a quienes han de ser caballeros. Ya se dijo que se elegía al caballero entre mil hombres de guerra. Ahora se explican las razones simbólicas para proceder de esa forma. Diez es el número más honrado entre los que comienzan en uno; cien entre las decenas, y mil entre las centenas, y como "de allí adelante, no puede auer otro cuento nombrado, señalado por sí, han de tornarse por fuerza, a ser nombrado por los otros". Es decir, mil es el número supremo y de éste ha de salir la unidad que con otras unidades representativas de mil componga la caballería.⁶⁶

Tres son las cualidades necesarias para poder ser caballero:

La primera, que fuesen lazadores, para sufrir la grand lazeria, los trabajos, que en las guerras, e en las lides les acasciessen. La segunda, que fuesen vsados a ferir, porque sopiessen mejor, e mas ayna matar, e vencer sus enemigos, e non cansassen ligeramente, faziendolo. La tercera, que fuesen crudos, para non auer piedad de robar lo de los enemigos, ni de ferir, nin de matar; ni otrosi que non desmayassen ayna por golpe que ellos rescibiessen, ni que diessen a otros.

Por estas razones, continúa explicando la ley:

Antiguamente para fazer Caualleros, escogieron (a) los venadores del monte, que son omes que sufren grand lazeria, e carpenteros, e ferreros, e pedreros, porque usan mucho a ferir, e son fuertes de manos. E otrosi de los carníceros, por razón que usan matar las cosas bivas e esparzer la sangre dellas.

¡Qué bien pinta este pasaje la rudeza y brutalidad de la antigua Edad Media! Pero las *Partidas* pertenecen ya a otra época y las cualidades morales van adquiriendo más importancia. Explica el legislador que estos hombres de baja condición no cumplían bien con su deber de defensores, y por eso un sabio (Vegecio) sentenció que lo principal en el caballero debería ser la vergüenza pues ella "vieda al cauallero; que non fuya de la batalla, e porende ella le faze vencer. Ca

mucho tovieron que era mejor el ome flaco, e sofridor, que el fuerte, ligero para fuyr". Con el tiempo las características de fuerza y pundonor que deben adornar al caballero se perfilarán en rasgos de belleza física y moral.

Como indicamos, las *Partidas* están lejos de aquellos antiguos tiempos rudos en que la *militia* se componía de carniceros y artesanos. La sociedad medieval del siglo XIII ha consolidado las jerarquías de señores y vasallos, y como concepto fundamental de ellas ha brotado la importantísima noción de la nobleza de linaje.

La vieja institución de la caballería se entrecruza con el nuevo estado de las jerarquías y de aquí resulta que los caballeros serán escogidos de entre los nobles: la nobleza garantiza el pundonor. "E por esto, sobre todas las cosas, cataron que fuessen (los caballeros) omes de buen linaje, porque se guardassen de fazer cosa, porque podiessen caer en verguença". Hay, según las *Partidas* (II. Tít. XXI. ley 2), tres especies de nobleza: por linaje, por saber y por bondad. Pero más merecen ser llamados nobles y gentiles los que lo son por linaje antiguo, pues "les viene de lueño como heredad". Por esta razón su obligación de nobleza es más estrecha: si cometen algún acto feo, no sólo se afrentan, sino que afrentan a los antepasados. Estos nobles por linaje son llamados fijosdalgos, y de entre ellos "deuen ser escogidos (los caballeros), que vengan de derecho linaje, de padre, e de abuelo, fasta en el quarto grado". Se establece de este modo, y por las razones dichas, la preferencia a favor del noble para la caballería, sin que esto excluya, en principio, a miembros de otras clases si muestran ser dignos.

La doctrina de la nobleza por linaje se desarrollará a lo largo de los siglos posteriores y cada vez adquirirá mayor importancia dentro del ambiente social europeo. Pero lo más interesante de tal desarrollo es que el concepto de nobleza por linaje se ampliará hasta alcanzar una nación entera. Así lo muestra un interesante libro español del siglo XVII que lleva el título de *Discursos de la nobleza de España* (1622) y cuyo autor fué el regidor de la ciudad de Mérida, Bernabé Moreno de Vargas.⁶⁷ En esta obra se sostiene la idea fundamental y antigua de que el origen de la nobleza es la virtud:

... todos los hombres son y fueron unos, formados de una masa, engendrados de unos mismos padres; y siendo por naturaleza iguales, la virtud y

valor personal de los unos los hizo y hace ser conocidos y nobles, y la malicia, vicio y negligencia de los otros quedar plebeyos e ignobiles.⁶⁸

Siendo la virtud el origen de la nobleza, se supone que el nacido noble estará más inclinado hacia los actos virtuosos que el plebeyo; pero esta misma razón obliga al noble más que al otro:

...aunque todos los hombres tienen obligación de seguir la virtud, con mucha razón, están a ello obligados los nobles, pues su nobleza tuvo principio y origen de la virtud suya, o de sus progenitores; y así es bien que: la conserven para mayor perfección suya, procurando ser templados, justicieros, fuertes, osados, magnánimos, leales y prudentes y que traten verdad en sus obras y palabras, y hagan como hicieron aquellos de quienes se precian descender, y desempeñen la presunción que por ellos hace el Derecho, que presume son imitadores de las virtudes de sus mayores: porque siendo las raíces y el tronco del árbol bueno, no pueden dexar de ser buenos los frutos.⁶⁹

En este texto la nobleza es propiamente una carga virtuosa: el noble está obligado a ser virtuoso para conservar la nobleza heredada. Se indica también aquí, cuáles son las virtudes que están más estrechamente relacionadas con la nobleza y que, como se ve, son las virtudes propias del caballero perfecto. Nobleza y caballería convergen y se vuelven casi inseparables. Las disposiciones legales en favor del noble sólo descansan en una presunción fundada en la creencia de que padres virtuosos tendrán hijos de la misma condición; pero el noble debe demostrar con sus actos que el legislador no se ha equivocado. Y esto es lo que dice en substancia la ley 3 del título XXI de la Segunda Partida que venimos examinando. En suma, la nobleza no es un privilegio legal; es una obligación de herencia.

Pero precisamente porque en su base misma la nobleza es cualidad de nacimiento, poco a poco se irá insinuando, a medida que se va desarrollando el espíritu de las nacionalidades, la idea de la nobleza de un pueblo entero respecto a los demás. Esta ampliación del concepto de la nobleza de linaje a la nobleza nacional, puede ilustrarse con un importante pasaje del prólogo de los *Discursos*:

...casi no ha habido ni hay gentes en el mundo que no tengan estimación a la nobleza, y en demostración de ella no traigan los nobles sus señales particulares, o se diferencien en los trajes y vestidos: sólo en España no se guar-

dó esto, si bien ha habido señales de diferencia, porque quien quiere trae libremente la guedexa, señal de la nobleza de los godos, anillos de oro señal de nuestra hidalguía, y espuelas doradas señal de caballería; la causa es, porque ninguna nación hay que más se jacte de ser nobles, ni más se precie de ser honrados, que los españoles; y no es mucho, pues de muy antiguo son tenidos por nobles, y su descendencia procede de todas las naciones generosas de la tierra, que trasplantadas en España, recibieron de su cielo un nuevo valor español.⁷⁰

Se advierte el orgullo del autor español cuando nos dice que en España no es costumbre extendida que los nobles quieran distinguirse de los plebeyos con señales externas. Pero la razón es que todos los españoles, por el solo hecho de serlo, son nobles, y su cualidad distintiva es el valor. Conviene no perder de vista esta idea de la "nobleza de la nación española" que tan importante papel tuvo en la Hazaña de Indias. Oviedo y López de Gómara la interpretarán dentro del marco de esa convicción.⁷¹

Una vez que las *Partidas* nos han dicho de donde proviene el nombre de caballería y cómo deben ser escogidos los caballeros, pasa (Partida II. Tit. XXI. ley 4) a definir el concepto. Es necesario transcribir por extenso tan interesante texto, cuya belleza, por otra parte, es innegable.

Como los caualleros deuen auer en si quatro virtudes principales.

Bondades son llamadas las buenas costumbres, que los omes han naturalmente en si, a que llaman en latin Virtudes: e entre todas, son quatro las mayores; assi como Cordura, e Fortaleza, e Mesura, e Justicia. E como quier que todo ome aya voluntad de ser bueno, e deua trabajarse de auerlas, tambien los Oradores que diximos, como los otros, que han de gouernar las tierras por sus labores, e trabajos; con todo a questo non ha ningunos, que mas conuenga, que a los Defensores, porque ellos han de defender la Iglesia, e los Reyes, e todos los otros. Ca la cordura les fará que lo sepan guardar a su pro, e sin su daño. E la fortaleza, que estén firmes en lo que fizieren, e non sean cambiadizos. E la mesura que obren de las cosas como deuen, e non passen a mas. E la justicia, que la fagan derechamente. E por ende los antiguos, por remembranza desto, fizieron fazer a los Caualleros armas de quatro maneras. Las unas que vistan e calcen. Las otras que ciñan, las otras, que ponen ante sí. Las otras con que fieran. E como quier que estas son en muchas maneras, pero todas se tornan en dos. Las unas para defender el cuerpo, que son dichas armaduras. Las otras armas, que son para ferir. E porque los Defensores non aurian comunalmente estas armas, e aunque las ouiesen, non podrian siempre traerlas, toviéron por bien los Antiguos de fazer una, que se mostrassen todas estas cosas por semejança. E esta fue la espada ca bien assi como las armas que el ome viste, para

defenderse, muestran cordura, que es virtud que le guarda de todos los males que le podrían venir por su culpa; bien assi muestra esso mismo el mango de la espada, que ome tiene en el puño; ca en quanto assi lo touiere, en su poder es de alçalla o de baxalla, o de ferir con ella, o de la dexar. E assi como las armas que ome para ante si, para defenderse, muestran fortaleza, que es virtud que faze a ome estar firme a los peligros que ouieren; assi en la mançana es toda la fortaleza de la espada, ca en ella se sufre el mango, e el arrias, e el ferro. E bien como las armaduras que el ome ciñe, son medianeras entre las armaduras que se viste, e las armas con que fiere; e son assi como virtud de la mesura, entre las cosas que se fazen a demás, o de menos de lo que deuen: bien a essa semejança es puesto el arrias entre el mango, e el ferro della. E bien otrosi como las armas que el ome tiene adereçadas, para ferir çon ellas allí do conuiene muestran justicia, que ha en si derecho, e igualdad; esso mismo muestra el ferro de la espada, que es derecho e agudo, e taja igualmente de ambas las partes. E por todas estas razones establecieron los Antiguos, que la traxiessen siempre consigo los nobles Defensores, e con ella rescibiesen honrra de la Cauallería, e con otra arma non: porque siempre les viniessen emiente destas quatro virtudes, que deuen auer en si. Ca sin ellas non podrían complidamente mantener el estado del defendimiento, para que son puestos.

Dos cosas muy notables nos dice este texto. La primera, la definición del caballero como tipo de vida, como utopía; la segunda la forma alegórica o simbólica de la definición. El caballero ya no es el carnicero y el pedrero; es un hombre de la más alta idealidad: en él se encarna una utopía cuyos perfiles quedan delineados por las cuatro virtudes o bondades cardinales de cordura y justicia, fortaleza y mesura. Estas son sus verdaderas armas, y las otras, las de acero, son la representación visible de aquéllas. La espada —el arma caballeresca por excelencia— es el compendio simbólico del ideal caballeresco. En la espada coinciden los dos órdenes de la vida: el visible y engañoso —lo terrenal— y el orden verdadero, el moral y divino. Para la mentalidad medieval la interpretación alegórica no es un juego de poetas, y aunque sí es alta poesía, es sobre todo el método para descubrir la verdad del mundo que se ve y que se toca. Las grandes verdades solamente se pueden decir con símbolos, porque las grandes verdades son ocultas y secretas. En el simbolismo final de la espada se descubre con claridad el sentido secreto de las armas caballerescas que a su vez son símbolos acerados de las virtudes, las cuales definen la utopía caballeresca. Esta utopía europea y cristiana se realiza (parcialmente como toda utopía) en las Cruzadas y mejor aún en las figuras histó-

rico-simbólicas de Godofredo de Bouillon, del Cid y de San Luis de Francia. España la reclamará más tarde como suya y recreando a Amadís, nos dará en la realidad histórica las figuras del emperador don Carlos y la de Cortés y tantos otros: caballeros en un mundo que ya no está para caballerías y que por eso se quedaron a la mitad del camino de convertirse en símbolos como les aconteció a aquellos sus abuelos medievales. Para el español del siglo XVI tiene validez la utopía simbolizada en la espada; en principio no olvida que ella, símbolo de las armas que son símbolo de las virtudes caballerescas, es a su vez símbolo de la cruz, que es el símbolo de todos los símbolos, y es la espada síntesis de la guerra y el amor, que son en la tierra muestras de la aparente contradicción, pero en realidad misteriosa armonía entre la justicia y la misericordia divinas.

La armonía que logra el hombre medieval entre el orden terrestre y el orden divino por medio del pensamiento alegórico, se ve ilustrada una vez más y a la española en los estatutos de la Orden de Santiago:

Agora mestre, Señor é caballeros buenos é honrados que sodes de la caballería del Bienaventurado Apóstol Santiago, pues habedes oído todas las cosas que vos ya dichas son en este libro, debedes parar mientes a una cosa que después se parte en muchas. Bien sabedes, Señores, que el día que vos recibisteis (fué), para servir a Dios é al Rey, é á vuestra orden contra los enemigos de la fé. Otrosi sabedes que menester es de caballería lidiar por la fé de Jesucristo, donde nascen muy grandes bienes. El primero, es que los que mueren por servicio de Dios, van derechamente al paraíso. Lo segundo, los que fincan vivos, viven siempre honradamente é ellos é todo su linage, mayormente que las vuestras armas é el vuestro hábito vos manda que murades muy de grado, si acaesciere creciendo la fé del Fijo de Dios, que por vos murió, é lo que vuestras armas, entiendeze así. La vara de la lanza que es luenga, significa que todos debedes, lo más de pudiérades alongar e crescer la fé de Jesucristo. E el fierro que tiene encima é que es fuerte é tajador é duro, significa que debedes dar cada que pudiéredes duramente é cruda a los enemigos de la fé, que non la quieren creer. La loriga que vestides que es de fierro, significa que debedes ser vestidos de la fé de Jesucristo nuestro Salvador é ser en ella fuertes. La Cruz del escudo que traedes al cuello significa la Veracruz que Jesu llevó al cuello fasta aquel lugar que consintió ser crucificado por nos pecadores salvar. E la espada que es vuestro hábito, significa muchas cosas. La primera es la señal de la Cruz que vos traedes en los pechos é significa aquella mesma Veracruz en que Jesu puso sus santas espaldas é en que murió por nosotros pecadores salvar, por la cual muere todo buen Freyre, debe morir cada que acaesciere é non la dubdar, pues que el tan vil é tan cruda muerte por nos la tomó. La segunda, que el espada taja de dos

partes, é esto significa que todo buen Freyre debe catar dos cosas: la primera es que haga tales obras en su orden, porque en este mundo sea tenido por bueno; la segunda es, que por las sus buenas obras gane el reino de Dios, que para siempre jamás durará, la tercera es, que si como la espada que es bien acecalada luce, así el buen Freyre debe guardar su fama clara é limpia, é non debe facer ni decir cosa por que la mancille. Ca mas cumple al Freyre guardar bien su fama, que a otros Caballeros porque son dados para defendimiento de la fé de Jesu, é por eso deben guardar é dar de si mejores exemplos que otros. Otrosi parad mientes que así como las capillinas que traedes en las cabezas significan altura, así en este mundo debes facer obras, porque traygades é muy sin verguenza, é en el otro ganades el paraíso. E señores las vuestras armas, pues vos muestran las significaciones todas que habedes é son muy verdaderas, é non debes dudar el servicio de Dios, cosa que de peligro sea, mas aventurar siempre nuestros cuerpos, é jurar por facer siempre lo mejor. E Dios ayudar vos á ser siempre vencedores.⁷²

Y esta figura del caballero que encontramos tan viva en las *Partidas* y en las *reglas* de las órdenes caballerescas, dejará poco a poco de existir como una clase dentro de la sociedad y en cambio vivirá más y más como símbolo de toda una nación que, sabiéndose la más noble de todas por ser la elegida por la Providencia para la realización de sus designios, se llegará a concebir como la nación caballeresca por excelencia. En la España de los siglos XV y XVI el ideal caballeresco se mantiene vivo y se amplía para vaciar en él la conciencia moderna de la nacionalidad española. A esta nueva situación, que es medieval y moderna, cristiana y nacionalista, responde la novela caballeresca. Ya no serán las leyes donde encuentre expresión el sentimiento caballeresco, pues ha dejado de ser una pura jerarquía social para convertirse en la base de los anhelos nacionales. En suma, la novela caballeresca será la expresión simbólica del destino de España tal como lo vivieron los españoles de entonces y por eso el ideal caballeresco en que participó toda Europa será, al inaugurarse la vida moderna, la utopía española.

El fondo de la manera alegórica de descubrir la verdad consiste en no ver las realidades que enseñan los sentidos. El mundo es señal de verdades secretas y escondidas que nos llevan a un conocimiento superior. Los hombres modernos rechazan tal convicción y la consideran una manera especial de ceguera y de insensatez. Lo que hace falta, dicen, es ver bien y calcular mejor. Eso querían los erasmistas para todos los españoles; pero todos los españoles seguían negando la realidad visible y en la espada no sólo veían una espada, sino una "arma que muestra

cuatro significanzas": negaban la realidad calculable y se lanzaban a la ejecución de milagros humanos. El español del siglo XVI es el "insensato" del mundo moderno; pero no el del Evangelio. Este insensato es también, en vestido de literatura, el caballero andante de las novelas, y por eso el insensato de carne y hueso se abraza, a pesar de Erasmo, con el insensato de letra de molde; por eso también, y también a pesar de Erasmo, el insensato de España (y no olvidemos a su hermano el loco de Portugal) realiza la Hazaña de Indias, descomunal y prodigiosa.

3. LA NACIONALIDAD

Las Novelas Caballerescas

La ley de las *Siete Partidas* y las reglas de las órdenes de caballerías nos han ayudado a comprender el ideal caballeresco como una utopía medieval de la Cristiandad entera. Europa renuncia a su realización y sólo España la hereda y le da nueva vida y sentido convirtiéndola en la utopía nacional. Así me explico el amor y afición de los españoles a las novelas caballerescas: en ellas el español sigue encontrando la expresión de una realidad superior que lo llevó al desprecio del cálculo, del ahorro y de la persecución de la seguridad y del *confort*. Como la caballería se convierte en un sentimiento nacional, desborda los estrechos moldes jurídicos y encuentra en la literatura de imaginación el espacio y la libertad necesarios para desplegarse sin restricciones de razón y lógica, y sobre todo encuentra un idioma que todos entienden y que a todos agrada. Leen novelas de caballerías desde el emperador abajo y no creo que esta afición hiciera que los españoles fueran más inmorales que los demás pueblos, salvo en la estrepitosa imaginación de los humanistas. Como éstos solamente veían lo que estaba escrito, ya no veían la alta inspiración moral del ideal caballeresco; como veían la espada, pero no las "cuatro significanzas" de la espada; como veían la insensatez de las hazañas, pero no el sentido que las animaba, les pasó con Amadís lo que dice Oscar Wilde a propósito del arte; que hay dos maneras de no entenderlo: una no entendiéndolo, y otra, entendiéndolo, y a esto se reduce toda su crítica de inmoralidad y mentira.

La novela caballeresca española del siglo XVI es un documento que hace luz en la historia de España; vamos a estudiarlo para encontrar su lumbre.

La novela caballeresca moderna, es decir, esa novela antigua medieval desenterrada y reanimada por la España de los siglos XV y XVI es, en sí, una contradicción. Por una parte es antigua; por la otra es moderna. Procede de la poesía épica que a su vez se origina en la primera Cruzada; y al mismo tiempo la novela caballeresca incorpora la tradición historiográfica de la última parte de la Edad Media y de esta manera es síntesis de la tradición feudal cristiana. Adviértase que la novela caballeresca admite y amplifica todos los elementos imaginativos y ficticios que ya existen en las poesías medievales y naturalmente, en los romances del círculo de la Mesa Redonda; pero al mismo tiempo, novela y todo, se presenta por lo general como si fuese una crónica, es decir como historiografía. Estos elementos propiamente feudales de la novela caballeresca coinciden con el hecho de ser un género literario que por su fecha pertenece al mundo moderno en España. Es, pues, la novela caballeresca española de que venimos tratando género literario a la vez antiguo y moderno. ¿Qué sentido tiene esta curiosa circunstancia?

Ya indicamos de qué modo el sentido de nobleza por linaje se entremezcla con el sentido caballeresco y también vimos de qué modo estos sentimientos se aplican al pueblo español entero en respuesta a la creciente conciencia de la nacionalidad. Aquí también encontramos esa mezcla de lo medieval y lo moderno: el sentimiento de la nacionalidad que es el tono político de los siglos XV y XVI queda formulado en España dentro de un marco feudal y cristiano.

Es de sobra elocuente el paralelo entre la novela caballeresca, tal como se acaba de describir, y esa peculiar y española manera de concebir la nacionalidad. Parece, entonces, que la afición de los españoles de aquellos siglos a las novelas caballerescas guarda estrechísima amistad con su peculiar modo de entender el destino de su pueblo como nación moderna.

Si recordamos la crítica de Clemencín a los libros de caballerías, no olvidando que a pesar de su ceguera fué el que más se acercó a comprenderlos, se advertirá que dicho escritor apunta, no sin verdad, que la figura del caballero andante (es decir, el género de estas novelas) no encaja en la época, sino que más bien desentona. En efecto: desentona. Pero este es, precisamente lo interesante ¿qué sentido tiene este juicio? ¿qué entiende Clemencín por "la época"?

Hay que reconocer que el caballero andante es una figura extraña e inexplicable dentro del cuadro del mundo moderno racionalista, interesado en el bienestar terreno, un poco burgués y un muy alejado de Dios. Y porque el caballero andante desentona en ese marco, Clemencín y muchos otros con él piensan que desentona en España. Pero el problema consiste en ver si ese "mundo moderno", esa "época" son los propiamente españoles. Si por acaso resultare que la España de los siglos XV y XVI desentona, ella a su vez, del mundo moderno, entonces el caballero andante no sería figura extraña para los españoles aunque sí lo sería para los otros. Y esto no quiere decir que la España de entonces no sea la España moderna; quiere decir simplemente que es la España moderna, pero moderna a la española. Véase como se salva ese grave escollo que todos los críticos del siglo XIX no pudieron evitar. El secreto está, según vamos mostrando, en comprender de veras que la modernidad española consiste en una recreación y revitalización de formas de vida medievales, en cuanto que España sigue teniendo fe en los ideales y convicciones en que aquellas formas se sustentan. Y así la España que se siente ser el pueblo más noble y caballeresco es una realidad histórica del mundo moderno, tan real y tan moderna como el caballero andante.

Claro está que como el "clima de opinión", según atinada frase de Carlos L. Becker, de los siglos XV y XVI consiste en la preponderancia de convicciones racionalistas y antimaginativas, toda la posición española resulta incomprensible y por eso se la considera anticuada, pero tal manera de consideración no es en realidad sino la manera más cómoda y más satisfactoria de no comprender el sello peculiar de la modernidad española, que necesariamente se revelará a los ojos de los otros modernos como algo extravagante, o mejor dicho como lo insensato. Y esta visión del español como el insensato del mundo moderno es particularmente exacta porque solamente con un calificativo de locura pudo el resto de Europa comprender a su agrado la contradicción que para ellos debió encerrar necesariamente la historia española de aquellos siglos. En efecto ¿cómo entender de otro modo la extensión del poderío español cuando a un tiempo se piensa que el español es un anticuado tradicionalista? Los éxitos de las armas españolas y sobre todo el enorme éxito de la Hazaña de las Indias parecían contradecir la bondad de las convicciones modernas en las que no participaban aquellos hombres

víctoriosos. La única explicación racional era la irracionalidad del español. Así la figura histórica del español del tiempo de la grandeza es el insensato de la historia moderna, y lo era realmente desde el punto de vista de quien calcula los actos de su vida, según las medidas del sentido común; apoyado en una fe y seguro de la alianza de la Divina Providencia y los destinos de su pueblo, se lanzó a las aventuras más increíbles, cuya divisa siempre es "O salir con bien o morir en la demanda". Tal fué la divisa general que inspiró las Cruzadas, pero también la que animó la conquista de América: una misma divisa para una aventura medieval y para una hazaña moderna. ¿Qué de extraño, entonces, que este insensato cultivara con amor una literatura que, por los mismos motivos, era insensata?

El caballero andante es el caballero medieval, en el mismo sentido en que el conquistador es el cruzado. La figura del caballero medieval que nos entregó el estudio de las *Siete Partidas* se reanima en la novela caballeresca. Las mismas virtudes que definen al caballero histórico de la feudalidad acotan el perfil del caballero andante de las novelas. Este, además, ha recogido toda la tradición cortés, galante y preciosista del final de la Edad Media, pero ya no existe en las instituciones y en los campos y castillos, sino en las páginas animadas por un cuadro fantástico, maravilloso e imaginativo; y esta realidad literaria del caballero andante es tan realidad histórica como la del caballero de las *Siete Partidas*. Es tema constante del sentido español de la vida borrar los linderos entre lo que se llama la realidad y la ficción. Allí están Cervantes y Unamuno para sostener tal afirmación. El caballero andante al igual que el español de su época es un insensato. Tal, en efecto, es el concepto más general y preciso que nos lo define; y al igual que el español de la Hazaña de Indias es el insensato de la historia moderna, el caballero andante es el insensato de las letras modernas; al igual que España es anticuada para el resto de Europa, pero moderna a la manera española, la novela caballeresca es también anticuada y moderna.

Me parece que toda esa montaña de problemas que tanto fatigó a Menéndez y Pelayo, a Clemencín y a nuestro García Icazbalceta, es una montaña digna de figurar en Amadís de Gaula: se ha desvanecido. No existe contradicción alguna entre el sentido español de los siglos XV y XVI y el íntimo sentido de las novelas caballerescas. La contra-

dicción existe, eso sí, en el ser de España que quiso y realizó la modernidad dentro de moldes feudales; pero ¿acaso no toda vida auténtica es el intento de vivir heroicamente una contradicción cualquiera?

La nota definitiva que hace de la historia española y de los libros de caballerías un todo históricamente unitario es la voluntad de no ver lo que solamente ven los sentidos, y de sólo ver las señales misteriosas de la realidad que hablan de otra realidad de orden superior. El español conquistador de Indias ve por todas partes símbolos y señales de la Providencia; en los libros de caballerías ve símbolos y señales de sí mismo. La novela caballeresca es, si se la quiere entender sin complicadas e injustas suposiciones, la expresión de la utopía española.

IV

EL CABALLERO INSENSATO

En las páginas anteriores hemos enfrentado de una manera quizá demasiado tajante las figuras de los caballeros sedente y andante que encarnan respectivamente las utopías erasmista y caballeresca. Es la primera, ideal de la razón, es la segunda, ideal de fe, y aunque la razón y la fe no son muy amigas no por eso dejan de caber las dos a un tiempo en la misma casa.

No queremos incurrir en la falta que censuramos a los voceros de la interpretación tradicional adversa a las novelas de caballerías; es decir, no queremos dar la impresión de que negamos sin apelación la españolidad del erasmismo español. Se nos podría decir, en efecto, que si la novela caballeresca es tan genuina representante del "genio nacional" (para usar la frase de Menéndez y Pelayo) ¿cómo, entonces, explicar la existencia en España del erasmismo tan egregiamente representado por tantos y tan eminentes españolísimos varones?

No, lo cierto parece ser que una y otra tendencias, la de la razón y la de la fe, se entrecruzan y mezclan y dan por resultado la España moderna del siglo XVI. No caemos así en la torpeza de ir a dar contra problemas ficticios que sólo existen en la imaginación de quienes se empeñan en salirse con la suya, como les pasó a los Clemencín y Menéndez y Pelayo.

Fué el erasmismo en España una realidad innegable; dejó sus huellas y vive aún en una espléndida y docta literatura; pero en España, también, hizo su hogar la caballería andante remozada y al servicio de la fe en el destino nacional. Pero como ni la historia es un tribunal,

ni el historiador verdadero es un juez, no tendrá sentido dictar sentencia entre erasmismo y caballería como si fueran partes en un proceso criminal. No se trata de darle la razón a uno para quitársela al otro, porque esto de tener o no tener razón en historia es forma estulta de acercarse a ella para comprenderla. Equivale a preguntar si la historia tiene o no tiene razón de ser. Por eso si queremos aspirar a entender la cuestión de que vengo tratando en este estudio y luego entender lo que de caballeresco tenga la Hazaña de Indias, es necesario comprender en un todo vivo la España de los caballeros sedentes y andantes. Y no hay que ir lejos para encontrar un texto magnífico donde esté expresada esa síntesis tal como se realizó y vivió. Me refiero al *Quijote* de Cervantes.

Todo aquel que quiera decir algo sobre este libro extraordinario en punto a cosas de caballerías, tropieza inevitablemente con otra de esas interpretaciones tradicionales tan molestas como necesarias. Todos los autorizados críticos del siglo XIX dicen y repiten que el sentido último del *Quijote* consiste en que les dió la puntilla a las novelas caballerescas exhibiéndolas en toda su ridiculez. Según esto, Cervantes vino al mundo con el objeto de asesinar a Amadís y además, claro está, para darles mucho quehacer a los académicos. Es clarísimo que esta interpretación del *Quijote* no es sino la hermana mayor de aquella otra que ya analizamos: no tiene otro objeto que reclamar para la misma causa (condenar a los libros de caballerías) la enorme autoridad literaria de Cervantes. Pero ¿será posible que Cervantes no tuvo más inspiración que la burla, ni más motivo que venir al socorro de los académicos del siglo XIX? La lectura amorosa del *Quijote* está bien lejos de mostrar tales mezquindades, que sólo existen si gratuitamente se supone que Cervantes es el cura, el bachiller y el barbero y que Don Quijote nada tiene que ver con él. Pero ¿no será más bien que quienes de veras se identifican con el cura y el barbero y el bachiller son aquellos señores académicos?

Los erasmistas trataban de substituir las novelas caballerescas con "libros de verdad". Ofrecían, para solaz y entretenimiento, libros de viajes que eran libros de "verdaderas" aventuras y no "patrañas". Así, pues, en el terreno literario el libro de aventuras verdaderas se erguía como el candidato de la oposición de los libros de caballerías. Su programa era ofrecer la verdad razonable y por lo tanto buena, a

cambio de la mentira imaginativa y por lo tanto inmoral. La razón siempre condena a la fe de mentirosa y por mentirosa de mala: a veces la llama superstición, a veces, leyenda, y en el caso de la fe caballeresca la llamó "patraña".

Cervantes no toma el partido de la razón contra la fe; pero tampoco niega a la primera, por eso es de advertirse que el *Quijote* es una novela de caballerías, pero al mismo tiempo es un libro de aventuras reales o de verdad, un libro de viajes como les gustaban a los señores de la razón. Don Quijote es un caballero andante, pero anda por los caminos del mundo real, llenos de bachilleres y barberos, de yangueses y galeotes. Por eso la hazaña principal y caballeresca de Cervantes es enfrentar al caballero andante con el mundo de la razón, sacándolo de su mundo encantado. En una palabra, lo genial del *Quijote* es que es un libro de caballerías, tan de caballerías como el *Amadis de Gaula*, pero que se desarrolla en un mundo tan de razonable verdad como el del Caballero del Verde Gabán. Cervantes participa en el sentido que tenía la novela caballeresca para los españoles, y en vez de situarse afuera como los erasmistas, escribe una novela caballeresca en lugar de un ensayo de crítica. Este hecho tan significativo quiere decir que Cervantes no toma el partido de la razón, que siempre es el partido de los ensayos y de la crítica; toma el partido del arte, de la imaginación creadora, que es el camino de la fe. Escribe la última y definitiva novela caballeresca: el *Don Quijote* pone fin a ese género de letras, pero no en el sentido de que lo asesina, sino en el sentido de que le pone una corona resplandeciente que agota por plenitud esa grandiosa tradición literaria cristiana y europea. Pero Cervantes también admite a la razón y le da su lugar. El canónigo hace un perfecto resumen de la crítica tradicional erasmista contra los libros de caballerías⁷³ y debe notarse que en esta parte Cervantes es un expositor de doctrinas, que es la manera que tiene la razón de expresarse. La fe, en cambio, es decir, el significado simbólico y culto del ideal caballeresco no encuentra en el *Quijote* una exposición de discurso. Cuando el Caballero del Verde Gabán le echa en cara a don Quijote las razones que los hombres de la razón tienen para considerar que las novelas de caballerías son dañosas, éste no argumenta: la caballería andante se da a entender por las obras.

.. si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar a entender a vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas, (las novelas de caballerías).⁷⁴

Don Quijote cree, no opina; sabe que las razones no alcanzan al orden al que pertenece la caballería andante y se remite a las obras. Por eso mismo Cervantes remite a su lector a la jornada de la novela entera para darle la lección de fe que ella contiene, sin pretender encerrarla en un discurso de pro y contra como hace, en cambio, con la doctrina racionalista del erasmismo.

El *Quijote*, lejos de ser el veneno para matar las novelas de caballerías, es el documento máximo donde se ratifica la fe en esa utopía española expresada en esas novelas. Es utópica porque es de imposible realización histórica plena, y es fe, porque el éxito o los fracasos no significan nada respecto a la verdad creída. Utopía del pueblo español, pero como un pueblo único y no como uno de los nuevos pueblos de la Europa moderna. Respecto a la fe caballeresca, Cervantes participa en ella; respecto a la razón erasmista, Cervantes la expone en opiniones. Para Cervantes la caballería es, como ha dicho tan certeramente el maestro Juan David García Bacca, un tema vital; el erasmismo no pasa de ser un tema de opinión. Y así, la muerte de don Quijote al regresar a la cordura es el símbolo definitivo que nos enseña que para Cervantes el sentido caballeresco de la vida es una utopía, irrealizable como toda utopía, pero imperecedera como lección de fe.

El *Quijote* es mucho más un puro enfrentamiento que una polémica entre la fe caballeresca y la razón erasmista. Cervantes no se ha puesto, para beneficio de los académicos bachilleres ni para beneficio de nadie, a dictar sentencia de razón y sinrazón; y esto me invita a reflexionar que al ir en busca del espíritu caballeresco que animó al pueblo español en la Hazaña de Indias, no debo querer salirme con la mía y sólo ver en cada conquistador un Amadís o un Esplandíán. El conquistador de Indias es, dije antes, en cierto modo un cruzado; pero no es nada más eso. El claramente caballeresco Oviedo es también confesadamente un erasmista. No es puramente un cruzado por razón de que también es hombre del siglo XVI. Con estas reflexiones puedo ya interesarme en el sentido caballeresco de la conquista de Indias, sin temor de incurrir en la exageración de no admitir otras cosas. Creo, sin embargo, que la interpretación de aquella hazaña desde el punto

de vista del ideal caballeresco, que era la utopía española de entonces, es mostrarla en su aspecto más interesante y verdadero, es decir, en su aspecto de aventura de don Quijote.

Es el propio don Quijote, y no podía ser otro mejor, quien me anima a recorrer este camino:

Los más de los caballeros que ahora se usan —le dice al barbero— antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas, desde los pies a la cabeza; y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes; ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces. ⁷⁶

¿No es ésta una alusión luminosa?

SEGUNDA PARTE

LA ASOMBROSA HAZAÑA

Se viene repitiendo que la conquista de América por los españoles presenta rasgos propios de las novelas caballerescas. Esto, sin embargo, no ha dejado de ser hasta ahora sino una afirmación que nadie se ha tomado el trabajo de averiguar. Despejados, en la primera parte de este estudio, los obstáculos previos que impedían ponernos en contacto directo con el espíritu que animó a la literatura caballerescas, vamos a intentar adentrarnos en la maleza de las crónicas y de los relatos de la Conquista en busca de los Amadises conquistadores. Si los encontramos, tendremos por bien pagados nuestros esfuerzos.

Una de las preocupaciones centrales del cronista, cuando echa una mirada retrospectiva a su obra y la encuentra tan rica en maravillas e increíbles hazañas es que no se la confunda con una novela de caballerías.

Bien tengo entendido que los curiosos lectores se hartarán de ver cada día tantos combates, y no se puede menos hacer, porque noventa y tres días que estuvimos sobre esta tan fuerte y gran ciudad, cada día y de noche teníamos guerra y combates; por esta causa les hemos de recitar muchas veces cómo y cuándo y de qué manera pasaban, y no los pongo por capítulo de lo que cada día hacíamos, porque me pareció que era una gran prolijidad, y era cosa *pari nunca acabar, y parecería a los libros de Amadís o Caballerías.* (Bernal Díaz, II 238.) *

El mismo cronista menciona de nuevo los libros de caballerías al relatar la entrada de los cristianos a la antigua México, haciendo notar que tal acontecimiento podría figurar en una de esas novelas.

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que *parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís*, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños, y no es de maravillarse que yo lo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aún soñadas, como veíamos. (I. 308.)

Pero aunque se cura en salud, no es menos cierto que las descripciones que hace de esas cosas "nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas" le salen muy a lo caballeresco:

* Las citas de esta Segunda Parte se refieren a las ediciones listadas en la bibliografía.

Pues desde que llegamos cerca de Estapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron a recibir, que fué el Señor de aquel pueblo, que se decía Coadlabaca y el Señor de Culuacán, que entrambos eran deudos muy cercanos de Montezuma. Y después que entramos en aquella ciudad de Estapalapa, de la manera de los palacios donde nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y otros buenos árboles olorosos, con grandes patios y cuartos, cosa muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta y jardín, que fué cosa muy admirable verlo y pasearlo, que no me hartaba de mirar la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce, y otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido, de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas que había harto que ponderar, y de las aves de muchas diversidades y raleas que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, que creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como éstas, porque en aquel tiempo no había Perú ni memoria de él. . .

Pasemos adelante, y diré como trajeron un presente de oro los caciques de aquella ciudad y los de Cuyucacán que valía sobre dos mil pesos, y Cortés les dió muchas gracias por ello y les mostró grande amor, y se les dijo con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa fé, y se les declaró el gran poder de nuestro señor el emperador; y porque hubo otras muchas pláticas, lo dejaré de decir, y diré que en aquella sazón era muy gran pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua, y ahora en esta razón está todo seco y siembran donde solía ser laguna. Está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de antes visto, dijera que no era posible que aquello que estaba lleno de agua que está ahora sembrado de maizales. (I. 308.)

Y hasta tal punto tiene Bernal metida en la cabeza la presencia de las novelas de caballerías que, en su polémica con Gómara no encuentra mejor manera de atacarlo que acusarlo de incurrir en mentiras disparatadas como las de las novelas.

Y si todo lo que escribe de otras crónicas de España es de esta manera, yo las maldigo como cosa de patrañas y mentiras, puesto que por más lindo estilo lo diga. (II. 115.)

Esta preocupación y presencia las comparten con Bernal otros cronistas como Oviedo y hasta el propio Acosta.

Mas los hombres sábios y naturales atenderán a esta lección, no con otra mayor cobdicia é desseo que por saber é oyer las obras de natura; y assi con mas desocupación del entendimiento, avrán por bien de oyrme (*pues no cuento los disparates de los libros de Amadís, ni los que dellos dependen*). (Oviedo. I. 179.)

Porque contar por entero lo que en todo esto hay (culto idolátrico), es cosa infinita y de poco provecho, y aún de lo referido podrá parecer a algunos que lo hay muy poco o ninguno, y que es como gastar tiempo en leer las patrañas que fingen los libros de caballerías". (Acosta. 445.)

¿Qué indica tal preocupación? ¿Qué significa ese constante decirnos que aquellos relatos no son novelas de caballerías? Indica y significa, sin duda, que el cronista quiere ante todo que su lector no tome a la obra que tiene ante sus ojos por algo inventado o imaginado; quiere que se sepa sin lugar a dudas que se trata de historia, de historia verdadera y real, en fin, de acontecimientos que verdaderamente sucedieron. Sin duda, también habrá en estas advertencias de los cronistas el eco de la tendencia erasmista que puso a la moda el odio a la caballería; pero lo esencial es caer en cuenta que la aproximación que espontáneamente hacen los cronistas entre sus libros y las novelas no es ni casual, ni obligada, sino que surge libremente en sus pensamientos y así acusa la presencia del sentido caballeresco de la vida como algo vivo y actual en el mundo en que se mueven. A ningún historiador actual se le ocurrirá poner en guardia a sus lectores acerca del peligro de que confundan su relato con una novela caballeresca; sí se le podrá ocurrir, en cambio, la necesidad de declarar que su obra no es periodística, por ejemplo.

Así pues, los cronistas viven y actúan en presencia del ambiente caballeresco que insensiblemente se les impone y los hace pensar y expresarse en el estilo y formas propias a las cosas de caballerías. El cronista es consciente de que su libro parece novela de Amadís; pero en lugar de cambiar el tono y aminorar los portentos y las maravillas de que lo ha colmado, sólo se le ocurre declarar que no se le tome por una novela. Declaración sincera, sin duda, pero que acusa que el cronista y los lectores de su época viven familiarmente en el cuadro de lo fantástico y de lo sobrenatural que, por decirlo así, es para ellos lo

más natural del mundo. Se anota así una primera y muy importante aproximación del ambiente espiritual entre la crónica de Indias y la novela caballeresca.

Pero es además notable y muy instructivo ver que la semejanza que negativamente sienten los cronistas entre sus obras y los libros de caballerías, encuentra su contrapartida del lado de los novelistas, aunque en este caso con signo positivo. En efecto, el libro de caballerías siempre se presenta como si fuera verdadera historia, tradición y artificio literario que recoge y adopta el mismo Cervantes en su *Quijote*. Ambos, novelista y cronista se sienten dominados por la misma preocupación: la de no ser creídos. Aquel le da a la novela la forma de una crónica; éste escribe su crónica que parece novela. Inútilmente se debaten los cronistas contra ese demonio caballeresco que los domina. Oviedo, el renegado de la caballería, erasmista y "Plinio del Nuevo Mundo", se empeña, con tanto empeño que lo delata, en proclamar la absoluta simplicidad veraz de su libro.

Quiero certificar á Vuestra Cesárea Majestad que yrán desnudos mis renglones de abundancia de palabras artificiales, para convidar á los letores; pero serán muy copiosos de verdad, y conforme á ésta diré lo que no terná contradición (quanto á ella) para que vuestra soberana clemencia allá lo mande polir é limar. (I. 4.)

Sin embargo es Oviedo el más consumado cronista continuador de las novelas caballerescas. "Tengo para mí —dice O'Gorman en su prólogo a *Sucesos y Diálogos de la Nueva España* (Bib. del Estudiante. Núm. 62. México, 1946. Prólogo, X)— que Oviedo nunca pudo sacudirse enteramente su antigua afición. Por eso la lista de sus escritos abunda tanto en tratados de nobleza, de escudos y de linajes, cosas al fin y al cabo propincuas a caballerías, aunque enmascaradas de verdadera historia. Y aun en su gran obra de Indias, donde tan expresamente condena las patrañas que de antiguo lo sedujeron, se le cuelan incidentes de romanceada verdad en que reaparecen Amadís y Claribalte vestidos de conquistadores de Indias. Por eso, también, escrito el libro en buena parte por un alcaide desde las atalayas de su fortaleza, es, además de historia, libro de maravillas, de monstruos y de portentosas aventuras."

La situación que venimos describiendo se puede condensar diciendo que el libro de caballerías es una ficción hecha verdad, y que la crónica es una verdad hecha ficción. Ambas se abrazan en una unidad de ideal y de acción. El libro de caballerías es acicate para la acción gloriosa y justa; la crónica desata la imaginación y alimenta el ideal. Y aquí se pone a descubierto esa gloriosa inhabilidad de la cultura española de marcar límites precisos entre lo imaginativo y lo real, puesto que lo primero no deja de ser real, como no deja de ser imaginativo lo segundo.

Véase cómo se confirma esta reciprocidad entre imaginación y realidad en los textos que transcribo en seguida. Va primero una cita del prólogo de la *Historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús Dalgarve*, donde se verá cómo el libro de caballerías, haciéndose pasar por historia verdadera, se presenta como recordación de hechos gloriosos y memorables que deben servir de ejemplos para la conducta y en definitiva para alcanzar la salvación eterna:

Por quanto la memoria es poca e muy caediza, e natura humana por su fragilidad es muy mudable, fue así ordenado que las razones en que se concluyen los dichos e auctoridades de los sanctos e sabios nuestros predecesores, e no menos las ystorias e exemplos dignos de memoria, fuessen assentados por escritura, porque fuessen los porvenir sabidores de aquellos, e les fuessen las tales obras exemplo para bien viuir, e finalmente, camino real para la saluación de sus almas. Otrosi, como sea cosa conocida que muchas e diuersas escripturas, las quales nos eran ocultas y muy caras de alcançar, sean agora a todo el mundo por la ingeniosa e muy frutifera arte del emprenta muy patentes e publicas e por pequeño precio otorgadas, algunos discretos han trabajado en boluer de latin en común fablar algunos libros assi de theologia e filosofia como de otras sciencias e artes, reuelando e publicando las virtudes e prouechosas operaciones de nuestros antecessores, e por consiguiente las ystorias de los grandes principes animosos esforçados señores e caualleros, pregonando sus maravillosas fazañas dignas de loable memoria, porque podiessemos regir e reglar nuestras vidas, e apartar del vicio, floreciendo en virtudes en exemplo de aquellas. Entre las quales ystorias fue fallada vna en las cronicas del reyno de Inglaterra, que se dize la ystoria de Oliueros de Castilla e de Artus Dalgarbe, su leal compañero e amigo. Los quales por sus grandes virtudes, e por ser inclinados mas a honrra que a los transitorios plazerres, passaron grandes, diuersas e maravillosas fortunas, de las quales todas por su fiel amor, gran caridad e lealtad, alcançaron buena salida, dexando señalada memoria de sus grandes fazañas e prohezras. E fué la dicha ystoria por exelencia leuada en el reyno de Francia, e venida en poder del generoso e famoso cauallero Don Johan de Ce-

roy, señor de Chunay, el qual, desseoso del bien común, la mando boluer en común vulgar francés, porque las infinitas virtudes de los dichos dos caualleros Oliueros de Castilla e Artus Dalagarbe fuessen a todos manifestas e conocidas. E la traslado el honrrado varon Felipe Camus, licenciado en vtroque; e como viniessse a noticia de algunos castellanos discretos e desseosos de oyr las grandes cauallerías de los dos caualleros e hermanos en armas, pescudaron e trabajaron con mucha diligencia por ella, a cuyo ruego, e por el general prouecho, fué trasladada de francés en romance castellano, e empremida con mucha diligencia, e puesto en cada capítulo su ystoria porque fuesse mas fructuosa e aplazible a los lectores e oydores". (Pág. 447.)

Y a este mismo propósito puede también citarse la nota que encabeza la versión que hizo Garcí-Ordóñez de Montalvo del *Amadis de Gaula*. Aquí se nos dice que el propósito de este libro es el de animar "los corazones gentiles de mancebos belicosos, que con grandísimo afecto abrazan el arte de la milicia corporal, animando la inmortal memoria del arte de caballería, no menos que glorioso". (I. 1.) ¿No deben contarse, acaso, a los conquistadores de Indias entre esos "mancebos belicosos" que "abrazan el arte de la milicia corporal"? El libro de caballerías traspone, pues, los llamados límites de lo imaginario y entra en la esfera de la acción histórica. La presentación de la novela bajo forma de crónica es el artificio literario y simbólico que acusa este verdadero sentido de la novela caballeresca.

En Oviedo, en cambio, tenemos el otro extremo, o sea la función del libro de verdad como fundamento del ideal. Efectivamente, su *Historia General y Natural de las Indias* es extenso alegato en favor del imperialismo español que, para Oviedo y la casi totalidad de sus contemporáneos españoles, es la encarnación visible e histórica del ideal político-religioso que animaba a la nación entera. "El imperialismo es para él (Oviedo) una fe que se vive y por la que se muere; no una teoría cualquiera de gobierno" (O'Gorman, en el prólogo citado. p. XXVII). Tal es el fondo espiritual o ideal de donde brotan convicciones como éstas:

...á España la doctó Dios de animosos, y valerosos y altos é muchos varones ilustres y caballería, y de tanta nobleça y multitud de hidalgos; y comunmente á todos los naturales della los hizo Dios de tanta osadía, é los constinyó de tanta experiencia en la militar disciplina, y con tanta determinación y esfuerzo de virtuosa é natural inclinación, como todos los auténticos é anti-guos é modernos historiales escriben é se vé palpable. (I. 179.)

La obra de Oviedo, pues, no es lo que ahora se entiende por un libro de historia, científico y objetivo. Todo lo que escribe está al servicio del gran ideal del destino único y glorioso de España, como la nación amada de Dios y escogida entre las otras cristianas para campeón de la fe. Así comprendemos que Oviedo abrigue la convicción de que las noticias contenidas en su *Historia*, sirven para dar a conocer mejor al Creador, y más particularmente para informar al mundo entero de la proximidad del reino universal de España bajo el alto patronato de la Providencia Divina.

Pues la clemencia de Vuestra Cesárea Majestad, como á criado que en estas partes le sirve é persevera con natural inclinación de inquerir (como he inquerido) parte destas cosas, ha seydo servido mandarme que las escriba y envíe á su Real Consejo de Indias, para que assí como se fueron aumentando é sabiéndose, assí se vayan poniendo en su gloriosa Chronica de España: en lo qual Vuestra Majestad, *demas de servir a Dios, nuestro señor, en que se publique é sepa por el restante del mundo* lo que está debaxo de vuestro real ceptro castellano, haçe muy señalada merçed á todos los reynos de christianos en darles ocasión con este tractado para que den infinitas gracias á Dios, por el acreçentamiento de su sancta fé cathólica. La qual con vuestro sancto é chripistianísimo gelo cada día se aumenta en estas Indias; y esto será un glorioso colmo de la inmortalidad de vuestra perpétua é única fama; porque *no solamente los fieles cristianos ternán que servir á Vuestra Cesárea Majestad tanta benignidad, como es mandarles comunicar esta verdadera y nueva historia, pero aún los infieles é idólatras que fuera de estas partes en todo el mundo ovieren*, oyendo estas maravillas quedarán obligados para lo mismo, loando al Hacedor de ellas, por serles tan incónitas y apartadas de su hemispherio é horizontes. (I. 3.)

En Oviedo el interés particular de la historia como enseñanza moral que el lector debe encontrar en ella ha sido ampliado y superado. Sus propósitos se salen de la historia misma y alcanzan el plan del orden providencial, orden que es donde el ideal caballeresco encuentra su inspiración y hasta su razón de ser.

Pero la comunidad entre las crónicas de Indias y las novelas caballerescas se revelará y perfilará con mayor precisión si emprendemos un estudio comparativo de detalle, cotejando descripciones de circunstancia y semejanzas de sentimientos. Podremos comprobar que en unas y en otras todo está henchido de igual sentido y animado por idéntico espíritu.

Así, si nos convertimos en espectadores de las batallas, ya sea de caballerías, ya de Indias, veremos estas acciones bélicas envueltas en una común capa de dramática heroicidad que tanto el cronista como el novelista tejen con los mismos hilos: excepcional fiera del enemigo y aun más excepcional pujanza y valor personal de los conquistadores y de los andantes caballeros. Estos, caballeros y conquistadores, tienen siempre de su lado la protección de la Divinidad; sus pretensiones son justas y buenas, y en términos generales, sus personas estarán adornadas de las altas virtudes con que la tradición ha definido al caballero. Triunfa siempre el buen lado; el lado español, aunque no siempre de inmediato, y nunca sin costa de fuertes padecimientos y amargura. Pruebas con que la Divinidad temple el acero de los corazones de sus elegidos.

¿Dígase sinceramente si los dos relatos que pondré en seguida no dejan un mismo sabor, si ambos no están inspirados en un común sentido de la vida?

Así como oís se fueron unos a otros con mucha ordenanza y muy paso; mas cuando fueron llegados, encontráronse los que delante iban tan bravamente, que muchos dellos al suelo fueron; mas luego se juntaron las batallas, ambas con tan gran saña e crueza, que la fuerte valentía suya dió causa que muchos caballos por el campo sin sus señores fuyesen, quedando ellos muertos e otros mal llagados. Así que, con mucha causa se puede decir ser aquel día airado e doloroso para aquellos que allí se hallaron; pues firiendo y matando unos a otros, pasó la tercia parte del día sin haber ninguna holganza, con tanto rigor e trabajo de todos, que por ser en el gran hervor del verano, con la gran calura que hacía, así ellos como sus caballos muy lasos et cansados andaban a maravilla, e los llagados perdían mucha sangre; de manera que las vidas no pudiendo sostener, muertos allí en el campo quedaban, especialmente aquellos que de los fuertes gigantes heridos eran. (*Amadís*, I. 321.)

Los indios nuestros amigos, aunque eran muchos, no osaban acometer. Los españoles arremetieron llamando Santiago, y subieron al lugar y tomaronlo, por más fuerte y defendido que fué: Es verdad que quedaron muchos de ellos heridos de piedras y varas. Entraron tras ellos los de Chalco y sus aliados, e hicieron grandísima carnicería de los de Culúa y vecinos. Otros muchos se despeñaron a un río que por allí pasa. En fin, pocos escaparon de la muerte; y así, fué señalada victoria ésta de Accapichtlan. Los nuestros padecieron este día muy gran sed, así del calor y trabajo del pelear, como porque aquel río estuvo tinto en sangre; y no pudieron beber de él por un buen espacio de tiempo, y no había otra agua. (*Gómara*, II. 18.)

El "río tinto en sangre" de Gómara es tan portentoso o más que los "fuertes gigantes" de Amadís.

Y ahora permítaseme citar un extenso pasaje de Oviedo en que relata la rebelión de los negros que había en un ingenio del almirante Diego Colón, y que, según me parece, no desentonaría ni un ápice en una novela caballescá. Juzgue el lector por sí mismo.

...diré lo que del mismo Almirante é otros caballeros e personas principales supe desta materia; y es aquesto.

Hasta veynte negros del Almirante, y los más de la lengua de los jolophes, de un acuerdo, segundo día de la Natividad de Chripsto, en principio del año de mill é quinientos é veynte é dos, salieron del ingenio é fuéronse á juntar con otros tantos que con ellos estaban aliados en çierta parte. E después que estovieron juntos hasta quarenta dellos, mataron algunos chripstianos que estaban descuydados en el campo, é prosiguieron su camino para adelante, la vía de la Villa de Agua. Súpose luego la nueva en esta cibdad, por aviso que dió el Liçenciado Christóbal Lebrón que estaba en un ingenio suyo; é sabido el mal propósito é obra de los negros, luego cabalgó el Almirante en seguimiento dellos, con muy pocos de caballo y de pié. Pero por la diligencia del Almirante é buen provehimiento desta Audiencia Real, fueron tras él todos los caballeros é hidalgos, é los que ovo de caballo en esta cibdad é por la comarca; y el segundo día después que aquí se supo, fué á parar el Almirante á la ribera del río de Niçao, é allí se supo que los negros habían llegado a un hato de vacas de Melchior de Castro, escribano mayor de minas, é vejino desta cibdad, nueve leguas de aquí; donde mataron a un christiano, albañir que estaba ahí labrando, é tomaron de aquella estancia un negro é doce esclavos otros indios, é robaron la casa; y hecho todo el daño que pudieron, passaron adelante, haciendo lo mismo y pesándoles de lo que no se les ofrecía, para hacerlo peor.

Después que en el discurso de su viaje ovieron muerto nueve christianos, fueron á asentar real á un legua de Ocoa, que es donde está un ingenio poderoso del Liçenciado Çuaço, oydor que fué en esta Audiencia real, con determinación que al día siguiente, en esclareciendo, pensaban los rebeldes negros de dar en aquel ingenio é matar otros ocho ó diez christianos que allí avía, é rehacerse de más gente negra. E pudiéranlo hacer, porque halláran más de otros ciento e veynte negros en aquel ingenio; con los quales si se juntáran, tenían pensado de yr sobre la villa de Agua, y meterla á cuchillo y apoderarse de la tierra, juntándose con otros muchos mas negros que en aquella villa halláran de otros ingenios. E sin duda se juntáran á su mal intento, si la Providencia Divina no lo remediara de la manera que lo remedió. . . Entre esta gente de caballo que el Almirante envió á tener compañía á Melchior de Castro, para detener los negros rebelados, fué el principal Francisco Dávila, vecino desta cibdad; é prosiguiendo su camino, al tiempo que el luzero del día salía sobre el horizonte, se hallaron al par de los negros: los quales, assí como sintieron

estos caballeros, se acaudillaron é con gran grita, fechos un escuadrón, atendieron á los de caballo. Los caballeros, viendo la batalla aparejada, sin atender al Almirante por las causas que es dicho, é no esperar que los negros se juntassen con los de aquel ingenio, determinaron de romper con ellos, é embraçaron sus dragas, é puestas sus lanças de encuentro, llamando á Dios y al Apóstol Sanctiago, todos doçe de caballo fechos un escuadrón, de pocos ginetes en número, pero de animosos varones, estribera con estribera, á rienda tendida, dieron por medio del batallón contra toda aquella gente negra, que los atendió con mucho ánimo para resistir el impetu de los christianos; pero los caballeros los rompieron, é pasaron de la otra parte. E deste primero encuentro cayeron algunos de los esclavos; pero no dexaron por esso de juntarse encontinenti, tirando muchas piedras é varas é dardos, é con otra mayor grita atendieron el segundo encuentro de los caballeros christianos. El qual no se les dilató, porque no obstante su resistençia de muchas varas tostadas que lançaban, revolvieron luego los de caballo sobre ellos con el mismo apellido de Sanctiago, é con mucho denuedo dando en ellos, los tornaron á romper pasando por medio de los rebelados, los quales negros viéndose tan emprovisado apartados unos de otros é con tanta determinación é osadía de tan pocos é tan valientes caballeros acometidos é desbaratados, no osaron esperar el tercero encuentro, que ya se ponía en execución. E volvieron las espaldas, puestos en huyda por unas peñas é riscos que avía çerca de donde este vencimiento passó, é quedó el campo é la victoria por los christianos é allí tendidos muertos seys negros, é fueron heridos dellos otros muchos; y al dicho Melchior de Castro le passaron el brazo izquierdo con una vara y quedó mal herido. (I. 108.)

Son muy frecuentes, tanto en las crónicas como en las novelas de caballerías, las arengas y discursos que los capitanes dirigen, ya sea a los propios, ya al enemigo. A tal grado son parecidas estas pequeñas piezas oratorias, que sin alteración substancial podrían intercambiarse. Siempre encontramos los mismos elementos y las mismas apelaciones, dentro de cuadros de expresiones y de metáforas casi idénticos. Nunca falta el recordatorio de que se anda en negocio divino; de que los peligros son grandes y muchos; de que las fuerzas son escasas, y por último, de que el desenlace está en manos de Dios, y en Su justicia la confianza con que debe acometerse la empresa. El premio lo recibirán en esta tierra los que queden con vida; en el Seno del Señor los que perezcan. La nota del honor y de la fama es predominante.

Pongamos frente a frente a Oliveros de Castilla y a Hernán Cortés, ambos en el acto de pronunciar una arenga en vísperas de entrar en batalla.

E assi mismo Oliueros junto su gente e mando apartar los feridos e curar dellos, e los otros puso en ordenança, e proueo de cauillos e de armas los que las auian menester, e les fablo desta manera: "Señores e hermanos míos: ya vistes el poco esfuerço de nuestros enemigos, que eran tres por vno de nosotros e leuaron lo peor de la batalla; e si lo dexamos bien pueden allegar mas gente de la que perdieron oy en la batalla, e quiza los ayudara algun señor, por donde podemos rescibir grande daño, ca nos no podemos ser socorridos ni tenemos esperança en rey ni señor, ni en otro cauallero saluo en Dios e en nuestros animosos coraçones e esfuerçados braços. Mi voluntad seria que, sin darles tiempo ni lugar ninguno, firiessemos en ellos, e agora los fallaremos sin ordenança e ocupados en assentar sus tiendas e curar de los feridos". E ellos respondieron que era buen consejo, e le rogaron que antes que los enemigos fuessen apercebidos, que en ordenança como estauan fuessen ferir en ellos. (*Hist. de Oliueros de Castilla*, 489.)

"... Bien sé que los de Narváez son por todo quatro veces más que nosotros; mas ellos no son acostumbrados a las armas, y como están la mayor parte de ellos mal con su capitán y muchos dolientes, y les tomaremos de sobresalto, tengo pensamiento que Dios nos dará victoria, que no porfiarán mucho en su defensa, porque más bien les haremos nosotros que no su Narváez. Asi que, Señores, pues nuestra vida y honra está, después de Dios, en vuestros esfuerzos y vigorosos brazos, no tengo más que pedirlos por merced ni traer a la memoria sino que en esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jamás, y más vale morir por buenos que vivir afrentados." (Bernal Díaz II. 53.)

Es necesario insistir mucho en estas semejanzas o mejor dicho comunidad de sentimientos y de expresión, a fin de llegar hasta el convencimiento en el lector a fuerza de acumulación de citas. Por eso se me excusará que deje de nuevo hablar y por extenso a cronistas y novelistas alternando. Oigamos de nuevo a Oliveros para compararlo en seguida con Oviedo.

Entonces mando adereçar su gente, e despues fizo pregonar si alguno carescia de armas o de cauillo que viniessse a él; e proueo algunos dellos; e despues les fablo generalmente en esta manera: "Señores e esfuerçados varones, hermanos e compañeros míos: bien creo que ha venido a vuestra noticia la grande humanidad de nuestro señor el rey de Inglaterra, e no menos la grande franqueza e liberalidad que con todos nosotros mostro, e por consiguiénte el grande cargo en que le somos; e creo que vuestros vigorosos animos son sabidores de quanto es mas digna de gloria la honrrada muerte que la vergonçosa vida. En este dia se nos ofresse tiempo para combidar el rey nuestro señor a mayor humanidad, e para que fagamos de manera que no diga la gente que fuemos para reçibir mercedes e no para seruir. E tenemos lugar para alcançar

honra e prouecho para siempre jamás, empleando nuestras fuerzas en servicio de nuestro natural señor, dexando crescida memoria de nuestras señaladas fa-
zañas, tomando nombres de vencedores, o dexar vergonçosa memoria e des-
honrrada fama a nuestros herederos cobrando nombre de vencidos, lo qual no
creo que puedan consintir vuestros nobles coraçones. E si ay alguno o algunos
a quien falte animo para pelear contra sus enemigos, diganlo, que le pagaré
su sueldo e voluerse han a sus casas". E folgo mucho la gente en oyr las razones
de Oliueros, e respondieron todos a vna voz que sus voluntades eran de viuir e
morir en su seruicio, e que a esso eran venidos ay. Oliueros les dió infinitas
gracias por ello... (*Hist. de Oliueros de Castilla*, 486.)

Del raçonamiento que el Capitán Francisco de Barrionuevo hizo á ciertos
compañeros que con él yban por un camino sospechoso é áspero...

"Señores: Yo vine acá con vosotros, no á más de servir á Dios é al Em-
perador, nuestro Señor; é no será bien que se conozca temor en ninguno de
vosotros, pues que soys hidalgos é personas experimentadas en mayores pe-
ligros. Quanto más que aquí no hay de qué temer y el que quisiere tornarse,
vuélvase donde quedan nuestros compañeros, é aguárdeme allí: é el que oviere
gana de me seguir é haçer lo que debe, haga lo que yo hago; porque yo no
tengo de volver un passo atrás, aunque pensasse escapar de morir: que á esto
vine é venís, y á ganar honra é no á perderla". E assí seyendo él el delantero,
prosiguió su camino, llevando una espada en la çinta é una lança ginera en la
mano, é sin otras armas defensivas ni ofensivas, é con un jubón de cañamago
ó angeo é unos çarahuelles é unas antiparras de bitre de las rodillas abaxo, é
unos alpargates caçados. E desta manera que he dicho, como buen capitán
é animoso caballero, exortando los que con él yban, todos ellos le siguieron é
llegaron á una caleta o ensenada ó ancón que estaba no más de hasta dos tiros
de ballesta de donde Enrique estaba. (*Oviedo*, I. 145.)

Escuchemos ahora a la reina Briolanja del *Amadís* para después
prestar oído al Cortés de Gómara; dejemos de nuevo la palabra a aquél
y en seguida otra vez a éste y rematemos la comparación en que an-
damos empeñados con una última arenga de Oliueros.

Arenga de la reina Briolanja a los cuatro caballeros que la salvan

"Creed cierto, señores, estas tales vueltas e mudanzas e maravillas son del
muy alto Señor, que a nos quando las vemos muy grandes parecen; e ante él
su gran poder en tanto como nada con razón deben ser tenidas. Pues veamos
agora estos grandes señoríos, estas riquezas que tantas congojas, cuitas, dolores
e angustias nos atraen por las ganar, e ganadas por las sostener, sería mejor,
como superfluas e crueles atormentadoras de los cuerpos, e más de las ánimas,
dejar e aborrecerlas, viendo no ser ciertas ni durables. Por cierto digo que no,
antes afirmo que seyendo con buena verdad, con buena conciencia ganadas e

adquiridas, e haciendo templadamente dellas satisfacción a aquel Señor que las da, reteniendo en nos tanta parte, no para que la voluntad, más para que la razón satisfecha sea, podamos en este mundo alcanzar descanso, placer e alegría, y en el otro perpetuo, perpetuamente en la gloria gozar del fruto dellas". (*Amadís*, I. 226).

Oración de Cortés a los soldados

Cierto está, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes varones de su tiempo y aún de los pasados. Así es que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; porque el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos, que los de nuestros reyes. Y cierto, más se extiende el deseo de gloria que alcanza la vida mortal; al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra, y sin esto hartas viruallas y todo lo otro que suele ser necesario y provechoso en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas paréceme que cuanto de ella tengo menos, he acrecentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrecen. Mucho mayor provecho, según en Dios espero, vendrá a nuestro rey y nación, de esta nuestra armada que de todas las de los otros. Callo cuán agradable será a Dios Nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo della tanto la ganancia cuanto el honor; que los buenos mas quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fé se hace nos dará victoria; y el tiempo traerá el fin que de continuo sigue a todo lo que se hace y guía con razón y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra maña hemos de tener que Córdoba y Grijalba; de la cual no quiero disputar por la estrechura del tiempo que nos da priesa. . . Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisiéredes llevar la esperanza por virtud o la virtud por esperanza; y si no me dejáis como no dejaré yo a vosotros ni a la ocasión, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos como siempre Dios ha favorecido en estas tierras a la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres y haced igual el suceso que el comienzo". (*Gómara*, I. 63.)

Razonamiento de Amadís

...habéis hecho gran servicio a Dios, usando de aquellos para que nacistes, que es socorrer a los corridos, quitando los agravios e fuerzas que les son hechas;

e lo que en más se debe tener e más contentamiento nos debe dar, es haber descontentado e enojado a dos tan altos e poderosos príncipes como es el emperador de Roma y el rey Lisuarte, con los cuales, si a la justicia e razón llegar no se quisieren, nos conuerná tener grandes debates e guerras.

Pues de aquí, nobles señores, ¿qué se puede esperar? Por cierto otra cosa no, salvo como aquellos que la razón y verdad mantienen en mengua y menoscabo suyo, de los que la desechan y menosprecian ganar nosotros muy grandes vitorias, que por todo el mundo suenen; e si de su grandeza algo se puede temer, pues no estamos tan despojados de otros muchos e grandes señores, parientes e amigos, que ligeramente no podamos enchir estos campos de caballeros e gentes en tan gran número, que ningunos contrarios, por muchos que sean, puedan ver con una jornada la Insola Firme. Así que, buenos señores, sobre esto cada uno diga su parecer, no de lo que quiere, que mucho mejor que yo conoscois e queréis la virtud e a lo que sois obligados, mas de lo que para sostener esto e lo llevar adelante con aquel esfuerzo e discreción se debe hacer. (*Amadis*, II. 209.)

Cortés a los suyos

Muchas gracias doy a Jesucristo, hermanos míos, que os veo ya sanos de vuestras heridas y libres de enfermedad. Pláceme mucho de veros así armados y ganosos de revolver sobre México a vengar la muerte de nuestros compañeros y a cobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios haréis en breve tiempo, por ser de nuestra parte Tlaxcallan y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, y los enemigos los que suelen, y por la fé cristiana que hemos a publicar. Los de Tlaxcallan y los otros que nos han siempre seguido están puestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar a los mexicanos como nosotros, que en ello no sólo les va la honra, mas la libertad y aún la vida también; porque si no venciésemos, ellos quedaban perdidos y esclavos; que los de Culúa peor los quieren que a nosotros, por nos haber recogido en su tierra, a cuya causa jamás nos desamparán, y con tino procurarán de servirnos y proveernos, y aun de atraer sus vecinos a nuestro favor. Y ciertamente lo hacen tan bien y cumplido como al principio me lo prometieron y yo os lo certifiqué; porque tienen a punto de guerra cien mil hombres para enviar con nosotros, y gran número de tamemes, que nos lleven de comer, la artillería y fardaje. Vosotros pues los mismos sois que siempre fuisteis; y que siendo yo vuestro capitán, habéis vencido muchas batallas, peleando con ciento y con doscientos mil enemigos, ganado por fuerza muchas fuertes ciudades, y sujetado grandes provincias, no siendo tantos como ahora estáis. Y aun cuando en esta tierra entramos no éramos más, ni al presente somos más menester por los muchos amigos que tenemos, y ya que no los tuviésemos, sois tales, que sin ellos conquistaríais toda esta tierra, dándoos Dios salud, que los españoles al mayor temor osan, pelear tienen por gloria y vencer por costumbre. Vuestros enemigos ni son más ni mejores que hasta aquí, según lo

mostraron en Tepeacac y Huacacholla, Izcuzan y Xalacincó, aunque tienen otro señor y capitán; el cual, por más que ha hecho, no ha podido quitarnos la parte y pueblos de esta tierra que le tenemos; antes allá en México, donde está, teme nuestra ida y nuestra ventura; que, como todos los suyos piensan, hemos de ser señores de aquella gran ciudad de Tenuchtilán. Y mal contada nos sería la muerte de nuestro amigo Moteczuma si Cuahitemoc quedase con el reino. Y poco nos haría al caso, para lo que pretendemos, todo lo demás si a México no ganamos; y nuestras victorias serían tristes si no vengamos a nuestros compañeros y amigos. La causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fé de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco. Derrocamos los ídolos, estorbamos que no sacrificasen ni comiesen hombre, y comenzamos a convertir indios aquellos pocos días que estuvimos en México. No es razón que dejemos tanto bien comenzado, sino que vamos a do nos llama la fé y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo; que si bien os acordáis, los de aquella ciudad, no contentos con matar infinidad de hombres, mujeres y niños delante las estatuas en sus sacrificios por honra de sus dioses, y mejor hablando, diablos, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, defienden y castigan. Allende de esto, cometen sin pena ni vergüenza el maldito pecado por que fueron quemadas y asoladas aquellas cinco ciudades con Sodoma. Pues ¿qué mayor ni mejor premio desearía nadie acá en el suelo que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fé, publicando el santo Evangelio? Que, pues vamos ya, sirvamos a Dios, honremos nuestra nación, engrandezcamos nuestro rey, y enriquezcamos nos otros; que para todo es la empresa de México. Mañana, Dios mediante, comenzaremos (*Gómara*, I. 335.)

E mando salir toda su gente fuera de la cibdad, e juntaronse en vnos verdes prados no muy lexos de la cibdad todos a pie, e el uino cauallero en una muy gentil acanea blanca, e entro en medio dellos e dixo que les quería hablar a todos generalmente, e ellos fizieron corro enderredor del e estuieron muy atentos a lo que les quiso dezir. E les dixo las siguientes razones: "Muy nobles, virtuosos e esforçados varones, hermanos e compañeros míos: muy pagado esto en mi voluntad del grande esfuerço e crecidas virtudes de vuestros mañanimos coraçones e de las esperimentadas fuerças de vuestros vigorosos brazos, e me tengo por muy dichoso en me fallar en tan noble compañía. Ya vistes el grande daño que recibieron nuestros enemigos, por lo qual ningun discreto se hauia de marauillar ni tenerlo en mucho, ca les teniamos mucha auentaja, ca estauamos en nuestra tierra e ellos en ajena, e estauamos muy folgados quando con ellos entramos en batalla, e ellos muy cansados del continuo traer de las armas e muy fatigados de las malas noches e malos días, que

havian passado tan luengo tiempo en el campo; e si agora nos boluiessemos a la corte, ningún señal de victoria podriamos llevar, pues ninguna cosa ganamos, e la honrra no se alcança en solamente defenderse, saluo en matar o sojuzgar a su enemigo. E esto faremos muy ligeramente, si bien vos paresciere mi consejo. Mi voluntad era que passassemos en Yrlanda, e siguiessemos nuestros enemigos sin darles tiempo para fortalecer sus lugares ni proherse de gente; que segun el numero de los muertos, no terian mucha gente de guerra; e assi tomaremos entera vengança dellos e alcançaremos perpetua honrra, e dexaremos crescida memoria de nosotros, e este es mi parescer; mas todavia quedo a la correction e consejo de los mas discretos e vos ruego que cada uno diga su voluntad".

Parescioles muy bien a todos los que Oliueros les dixo, e dixeron entre si que aquello procedia de grande coraçon e de muy crescido saber. E después le dixeron: "Señor e muy esforçado cauallero: nosotros partimos de Londres para seruir al rey nuestro señor e a vos; por ende ordenad como mejor vos pareciere que nosotros yremos a do quier que nos mandaredes". Oliueros ge lo touo en merced, e boluieronse todos a la cibdad en mucho plazer. (*Hist. Oliveros*, 487.)

El sentimiento del honor, eje determinante de las decisiones más arriesgadas y por decirlo así, resorte principal de la insensatez caballeresca, es algo que encontramos por igual y por todas partes en las crónicas y las novelas. El honor, como aparece en estos escritos, no es puramente pundonor, es, además y principalmente, un sentimiento que se eleva hasta Dios mismo, pues la aventura en que andan metidos caballeros y conquistadores es "negocio divino". No es infrecuente que Dios ponga a prueba la palabra empeñada. Así acontece, por ejemplo, cuando Oliveros se ve precisado a dar muerte a su esposa por cumplir la promesa que le había hecho a un caballero, de partir con él, el premio de la hazaña. Resultó que el premio fué la hija del rey de Inglaterra que Oliveros recibió como esposa. Felizmente en el momento de descargar el golpe sobre la inocente, el caballero le detiene la mano y le confiesa que es un enviado de Dios y que al exigir el cumplimiento de la palabra dada, sólo quería poner a prueba su sentido del honor. Para el conquistador de Indias nada hay que tanto lo conmueva y anime como la apelación a su honor. El usado proverbio español de la época enuncia una ley inviolable: "Por la honra, pon la vida, y pon las dos, honra y vida, por tu Dios". Siempre que los soldados de la expedición cortesiana muestran temor y deseo de

volver pie atrás, el capitán les advierte que, como dice Bernal Díaz a este propósito, "valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonorados" (I. 244). Según Suárez de Peralta, el virrey D. Antonio de Mendoza se decide a pasar al Perú, no por gusto, ni por la necesidad de obedecer un mandato real, pues se le dejó en libertad a este respecto, sino porque

...su hermano el marqués de Mondéjar, y sus amigos le describieron, que quando él no pudiese yr sus huesos fuesen, porque se abía tratado que era señor de la tierra, y que verían como se alçaba con ella, y que por esta razón que convenía yr, por su onor, y así lo hiziese. (p. 163.)

Pero no es necesario insistir más sobre este punto; es sobradamente conocido el alto aprecio que el español siempre ha puesto en el cumplimiento de la palabra empeñada y en todo lo que toca a su honor; así, en efecto, lo revela la más ligera inspección de la vida española de aquella época, y sólo debe advertirse que dicho sentimiento encuentra su mejor expresión literaria en la novela caballeresca y su mejor oportunidad para ponerse a prueba en las empresas guerreras de España.

Menos obvio, pero no menos significativo es el gran parecido que existe entre el ambiente general de la vida caballeresca y de la Colonia primitiva. El cotejo entre algunos pasajes de las novelas caballerescas y otros de las crónicas, sobre todo relativo a ceremonias y regocijos no dejarán duda acerca de ello.

Partió el rey Lisuarte de Vindilisora con toda la caballería, e la reina con sus dueñas e doncellas a las cortes que en la ciudad de Londres se habían de juntar; la gente pareció en tanto número, que por maravilla se debía contar. Había entre ellos muchos caballeros mancebos ricamente armados e ataviados, e muchas infinitas hijas de reyes, e otras doncellas de gran guisa, que dellos muy amadas eran, por las cuales grandes justas e fiestas por el camino hicieron. El rey había mandado que le llevasen tiendas e aparejos, porque no entrasen en poblado, e se aposentasen en las vegas cerca de las riberas e fuentes, de que aquella tierra muy bastada era. Así por todas las vías se les aparejaba la más alegre e más graciosa vida que nunca fasta allí tuvieron; porque aquel tan duro e cruel contraste venido sobre tanto placer, con mayor angustia e tristeza de sus ánimos sentido fuese; pues así llegaron a aquella gran ciudad

de Londres, donde tanta gente hallaron, que no parecía sino que todo el mundo allí asonado era. (*Amadis*, I. 156.)

Fiesta que la ciudad de México hizo al Marqués

Después de la fiesta que este caballero le hizo, sugedíole otra que la ciudad de México le hizo, de jente de á caballo, en el campo, de libreas de seda rica y telas de oro y plata que le fué costosísima. Más de trezientos de á caballo, en muy ricos caballos y jaezes, hizieron una muy concertada escaramuça de muchas ynvençiones, que duró muchas oras, y luego toda aquella caba-llería, vestidos como estaban, le vinieron acompañando hasta la ciudad, con más de otros dos mil de á caballo, de capas negras, era cosa muy de ver. Desta manera llegó a la ciudad, y estaban las señoras, y las que no lo eran, á las ventanas, riquísimamente araviadas, con muchas joyas de oro y doseles; y desta suerte tué á palacio donde estaba el virrey Dn. Luis de Velasco, el qual andaba malo de la gota, y le salió á reçebir, con un bordón, hasta la puerta de la sala grande, y allí se pidieron las manos y se abraçaron y estuvieron porfiando sobre qual tomaría el lado derecho, y al fin quedó con él el virrey quera por extremo bien criado. Aquella noche le dió de çenar, con el cumplimiento quel virrey hazia, sus cosas y magestad, y después se fué el marqués a su casa, y el virrey se quedó en la suya (Suárez de Peralta, p. 191.)

En este tiempo fue leuada Helena, la fija del rey, a la plaça do estaua ordenado el torneo, acompañada de dozientas damas vestidas de brocado, e la subieron en un cadahalso todo cubierto de terciopelo cremesi, e en medio del cadahalso estaua un rico pauallon de cremesi raso, e el cielo de terciopelo azul, todo lleno de muy rica pedrería, e en el medio estaua vna piedra del tamaño e feçura de un hueuo, que daua tanta claridad de si que parecia que todo el pauallon ardia en viuas llamas. E estaua en derecho de vn escaño de oro macizo de diez gradas en lo alto. E en el fue assentada Helena, la qual dexando sus atabios que quitaua la vista a los çue la mirauan, mas parecia angel celestial que criatura mortal. E despues de assentada Helena, se assentaron las damas en el cadahalso, cada vna en su grado... (*Oliveros*, p. 470.)

E era costumbre de aquel tiempo que, despues de las justas, los caballeros fuessen a palacio a dançar e baylar..."

E empegaron a tañer instrumentos de diuersas maneras. E duraron las danças fasta las onze de la noche... E traxeron confites de muchas maneras segun el vso de la tierra, e fueron los caualleros muy bien seruidos, e despues de rescibida la colación, cada vno se fué a su posada, e el rey fue a descansar, e las damas leuaron a Helena a su camara. (*Oliveros*: 472.)

Pues quiero decir el gran recaudo de canoas que teníamos ya mandado que estoviesen aparejadas y atadas de dos en dos en el gran río, junto a la vi-

lla, que pasaban de trescientas. Pues el gran recibimiento que le hicimos con arcos triunfales y con ciertas emboscadas de cristianos y moros, y otros grandes regocijos e invenciones de juegos; y le aposentamos lo mejor que pudimos, así a Cortés como a todos los que traía en su compañía, y estuvo allí seis días. (*Bernal Díaz*, III. 27.)

E quando supieron que Oliueros estaua a media legua de Londres, mandaron tañer todas las campanas, e salio el obispo con toda la clerecía e con solenne procession, e el rey caualgo en vna acanea blanca con vna ropa de filo de oro tirado, e salio de la cibdad con quatrocientos caualleros de espuelas doradas, muy ricamente atabiados. E quando Oliueros vió las cruces, saltó del cauallo e fizo reuerencia, e después besó la mano al obispo. E quando el rey le vio, se apeo del acanea e le abraço e le beso en la boca. E Oliueros caualgo en su cauallo e fueron todos juntos en la procession fasta al yglesia, e fizieron oración". (*Oliueros*, 490.)

Parió la Marquesa del Valle un hijo. Torneo al bautismo del hijo del Marqués

En este tiempo vino á parir la marquesa del Valle un hijo, con el qual se holgaron mucho los de la parte del marqués y luego trataron de hazer un torneo el día que le bautizasen, y ordenáronlo muy costoso, aunque no entró en él la jente de don Luis de Velasco, queran los que mejor lo podian hazer onrando más la fiesta. Ella se hizo con muncha música y gran aparato: hizose un pasadizo desde unas ventanas del marqués á la yglesia mayor, todo enrramado de flores y arcos triunfales y bosquería, con una puerta donde estaban dos caballeros armados, que defendían el paso, los cuales combatían con los que trayan al niño á bautizar, y como los yban venciendo, los prendian, hasta que llegó el compadre y peleó con los que defendían el paso, y luego le allanó, y llevaron el ynfante y le bautizaron y le pusieron por nombre Pedro; y a la vuelta combatieron los unos y los otros la folla: cierto que pareció bien. Este día salió á caballo un oydor, y á la jineta, que fué el dotor Horozco, y con él muncha jente, todos armados de secreto, porque no suçediese algo de lo tratado. La fiesta se acabó, y ellos no entendían cosa de las que se trataban.

Convidó Alonso de Avila á la marquesa á una muy brava çena, y antes abía de aber, como la ubo una máscara de á caballo. (*Suárez de Peralta*, 204.)

Adviértase el estilo tan parecido entre las descripciones de novelas y crónicas. Claro está que el lector no debe buscar semejanza en el asunto de las descripciones; aquí se trata de poner en relieve comunidad de ambiente y de estilo. Pero como este aspecto es significativo e importante para nuestros propósitos será necesario transcribir otros pasajes, y entre ellos uno muy extenso de Bernal Díaz.

*Como vn arçobispo desposó a Oliueros de Castilla e a Helena,
fija del rey de Inglaterra*

Venido el día, fueron los reyes a palacio e fallaron que estaua el arçobispo e algunos señores de la corte esperando que saliese Helena de su camara, para la acompañar a vna capilla en el palacio a do se hauia de desposar; e los otros señores estauan en la posada de Oliueros. E los dos reyes leuaron a Helena de los brazos e los tres fueron a la posada de Oliueros e le acompañaron a la capilla. Esso mesmo el rey vino acompañado de los grandes señores de la corte muy ricamente atabiados, e llegados a la capilla, fueron por mano del arçobispo con la solemnidad que se requeria los dos señores desposados. Quien quisiessse contar las galas e fiestas, las riquezas de los atabíos, el inestimable valor de las piedras preciosas e de los joyeles que assi las damas como los señores de la corte trayan, e las sotiles inuenciones e la diuersidad de los vestidos de los galanes, e de la muy suau e concertada música, quien quisiessse hablar, seria sacar las arenas de la mar, que antes caresceria la mar de arenas que faltassen cosas para dezir. E venida la hora del comer, fueron las mesas puestas, e los señores assentados, e los seruiçios quales a tal auto pertenescian. E despues de ayantar, los galanes touieron vn torneo ordenado de treynta contra treynta. E Oliueros no torneo aquel día, por la justa que esperaua a la noche". (*Oliueros*, 493.)

Dejemos de contar estas colaciones y las inuenciones y fiestas pasadas y dité de dos solemnísimos banquetes que se hicieron. El uno hizo el marqués en sus palacios, y otro hizo el virrey en los suyos y casas reales, y estos fueron cenas. Y la primera hizo el marqués, y cenó en ella el virrey con todos los caballeros y conquistadores de quien se tenía cuenta con ellos, y con todas las señoras, mujeres de los caballeros y conquistadores, y de otras damas, y se hizo muy solemnísimamente. Y no quiero poner aquí por memoria de todos los seruiçios que se dieron, porque será gran relación; basta que diga que se hizo muy copiosamente. Y la otra cena que hizo el virrey, la cual fiesta hizo en los corredores de las casas reales, hechos unos como vergeles y jardines entretrejidos por arriba de muchos árboles con sus frutas, al parecer, que nacían de ellos; encima de los árboles muchos pajaritos de cuantos se pudieron haber en la tierra, y tenían hecha la fuente de Chapultepec, y tan al natural como ella es, con unos manaderos chicos de agua que reventaban por algunas partes de la misma fuente, y allí cabe ella estaba un gran tigre atado con unas cadenas, y a otra parte de la fuente estaba un bulto de hombre de gran cuerpo vestido como arriero con dos cueros de vino, cabe los que se durmió de cansado, y otros bultos de cuatro indios que le desataban el un cuero y se emborrachaban, y parecía que estaban bebiendo y haciendo gestos, y estaba hecho todo tan al natural, que venían muchas personas de todas jaeces con sus mujeres a verlo.

Pues ya puestas las mesas, había dos cabeceras muy largas, y en cada una su cabecera: en la una estaba el marqués y en la otra el virrey, y para cada cabecera sus maestresalas y pajes y grandes servicios con mucho concierto. Quiero decir lo que se sirvió. Aunque no vaya aquí escrito por entero, diré lo que se me acordare, porque yo fuí uno de los que cenaron en aquellas grandes fiestas. Al principio fueron unas ensaladas hechas de dos o tres maneras, y luego cabritos y perniles de tocino asado a la ginovisca; tras esto pasteles de codornices y palomas, y luego gallos de papada y gallinas rellenas; luego manjar blanco; tras esto pepitoria; luego torta real; luego pollos y perdices de la tierra y codornices en escabeche, y luego alzan aquellos manteles dos veces y quedan otros limpios con sus pañuelos, luego traen empanadas de todo género de aves y de caza; éstas no se comieron, ni aun de muchas cosas del servicio pasado; luego sirven de otras empanadas de pescado, tampoco se comió cosa de ello; luego traen carnero cocido, y vaca y puerco, y nabos y coles, y garbanzos; tampoco se comió cosa ninguna; y entre medio de estos manjares ponen en las mesas frutas diferenciadas para tomar gusto, y luego traen gallinas de la tierra cocidas enteras, con picos y pies plateados; tras esto anadones y ansarones enteros con los picos dorados, y luego cabezas de uercos y de venados y de terneras enteras, por grandeza, y con ello grandes músicas de cantares a cada cabecera, y la trompetería y géneros de instrumentos harpas, vihuelas, flautas, dulzainas, chirimías; en especial cuando los maestresalas servían las tazas que traían a las señoras que allí estaban y cenaron, que fueron muchas más que no fueron a la cena del marqués, y muchas copas doradas, unas con aloja, otras con vino y otras con agua, otras con cacao y con clarete; y tras esto sirvieron a otras señoras más insignes de unas empanadas muy grandes, y en algunas de ellas venían dos conejos vivos, y en otras pajaritos vivos; y cuando se las pusieron fué en una sazón y a un tiempo; y después les quitaron los cobertores, los conejos se fueron huvendo sobre las mesas y las codornices y pájaros volaron. Aun no he dicho del servicio de aceitunas y rábanos y queso y cardos y fruta de la tierra; no hay que decir sino que toda la mesa estaba llena de servicio de ello. Entre estas cosas había truhanes y decidores que decían en loor de Cortés y del virrey cosas muy de reir. Y aun no he dicho las fuentes del vino blanco, hecho de indios, y tinto que ponían. Pues había en los patios otros servicios para gentes y mozos de espuelas y criados de todos los caballeros que cenaban arriba en aquel banquete, que pasaron de trescientos y más de doscientas señoras. Pues aun se me olvidaba los novillos asados enteros llenos de dentro de pollos y gallinas y codornices y palomas y tocino. Esto fué en el patio abajo entre los mozos de espuelas y mulatos y indios. Y digo que duró este banquete desde que anocheció hasta dos horas después de media noche, que las señoras daban voces que no podían estar más a las mesas, y otras se congojaban, y por fuerza alzaron los manteles, que otras cosas había que servir. Y todo esto se sirvió con oro y plata y grandes vajillas muy ricas. (Bernal Díaz, III. 174.)

Se podrían multiplicar indefinidamente citas y ejemplos como los anteriores. Sin embargo, como ya he abusado de la paciencia del lector, me limitaré a rogarle que lea las crónicas de Indias desde esta perspectiva y que por sí mismo compruebe la semejanza que guardan con las cosas de caballerías. Lea por ejemplo la descripción que se hace a lo largo de *Amadís* del carácter y costumbres del rey Lisuarte y compárelo con la que nos ha dejado del virrey don Luis de Velasco, el cronista Suárez de Peralta. Véase aquel conmovedor episodio que relata Oviedo (I. 51) acerca del alcaide Mossen Pedro Margarite. Sus compañeros le rogaban que comiera unas tórtolas que era cuanto había en la fortaleza sitiada. El alcaide no accedió diciéndoles:

Nunca plega á Dios que ello se faga como lo deçis: que pues me aveys acompañado en la hambre é trabaxos de hasta aquí, en ella y en ellos quiero vuestra compañía, y paresçeros, viviendo ó muriendo, fasta que Dios sea servido que todos muramos de hambre, ó que todos seamos de su misericordia socorridos". E diciendo aquesto, soltó las tórtolas, que estaban vivas, desde una ventana de la torre, é fuéronse volando.

En fin, para documentar la comunidad de estilo y forma entre crónicas y novelas sería preciso transcribir unas y otras por entero, cosa que seguramente no me perdonaría el lector.

Lo maravilloso y fantástico son otras dos notas dominantes en ambos géneros. En el instante en que abrimos un libro de caballerías y damos comienzo a su lectura, penetramos en un mundo sugestivo en que lo maravilloso lo envuelve todo. Una simple palabra sirve para formar o romper un encantamiento; la cimera del caballero tiene mágico significado protector; el caballo, la espada, aun sus espuelas y hasta los más leves detalles de su armadura llevan el signo de mágicas significaciones. Lo maravilloso trasciende al paisaje; recorre el caballero sendas ocultas que van a dar a tenebrosos valles habitados por monstruos y hechiceros. Negras selvas de árboles encantados amenazan con sus retorcidos brazos al solitario caballero, y otras veces su andar lo lleva al pie de algún castillo de cuyas ventanas se escapan melodías y perfumes que le prometen aventuras y placer.

El novelista se complace en lanzar a su héroe hacia destinos ignotos, y es artificio frecuente meterlo en una barca sin rumbo, confiando al viento y a su fortuna la meta de su viaje.

Pues tomando Apolidón los grandes tesoros e los libros, aparejar hizo ciertas naves, así de buenos caballeros escogidos como de bastimentos e armas; y en ellas metido, por la mar se fué, no a otra parte, sino donde la ventura lo guiaba". (*Amadís*, I. 227.)

Cuántas veces hemos atravesado en compañía de uno de estos caballeros las aguas negras de algún lago terriblemente silencioso, circundado por grises y escarpadas rocas que infunden pavor. La mirada no descubre puerto; pero, de pronto, brilla en la lejanía una tenue luz, que es esperanza de una nueva aventura y salida de tan tétrico paraje. Otras veces vemos al caballero en medio de una llanura sin límite, cuya espantosa monotonía se rompe por la presencia, en lontananza, de un elevado pico de forma amenazadora, base de una fortaleza que es lugar de horror y de crueldad, domicilio de un mal caballero. Ante este espectáculo nuestro héroe se siente impulsado a medir sus fuerzas contra tan formidable enemigo y sin consideración de los rigores de una tempestad que en ese momento se desencadena, escala los altos muros y consigue, al fin, libertar a los inocentes cautivos que allí encuentra.

Así también acompañamos al conquistador de América que, como su hermano el caballero andante, arriba a una playa desierta que es principio de una portentosa aventura al término de la cual redimirá cautivos, poseerá el oro y la plata y gozará de las mujeres. Se interna con dolorosa lentitud dejando atrás la arenosa y candente franja tropical que separa al océano de las tierras altas. De pronto su mirada contempla una ciudad toda de plata.

Seis españoles de caballo, que iban delante un buen pedazo, como descubridores, tornaron atrás muy maravillados, ya que el escuadrón entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron a Cortés que habían visto un patio de una gran casa chapado todo de plata. El les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosas que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente, abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una gran plaza, vieron mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus almenas, y muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido; que con el sol relucía mucho y parecía plata; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía. Y a la verdad, como ello fué imaginación, así fué imagen sin el cuerpo y alma que deseaban ellos. (*Gómara*, I. 122.)

A medida que la hueste va penetrando hacia el corazón del imperio azteca, va creciendo en ellos el sentido maravilloso de la aventura. Traen las cabezas llenas de imaginaciones fantásticas y tanto que el cronista se ve obligado a poner en boca de Moctezuma el desengaño de aquellas refulgentes ilusiones.

...Y si traéis creído que soy dios, y que las paredes y tejados de mi casa, con todo el demás servicio, son de oro fino, como sé que os han informado los de Cempoallan, Tlaxcallan y Huexocinco y otros, os quiero desengañar, aunque os tengo por gente que no lo creéis, y conocéis que con vuestra venida se me han rebelado, y de vasallos tornado enemigos mortales; pero esas alas yo se las quebraré. Tocad pues mi cuerpo, que carne y hueso es; hombre soy como los otros, mortal, no dios, no; bien que, como rey me tengo en más por la dignidad y preeminencia. Las casas ya las veis, son de barro y palo, y cuando mucho de canto: ¿veis cómo os mintieron? En cuanto a lo demás, es verdad que tengo plata, oro, pluma, armas y otras joyas y riquezas en el tesoro de mis padres y abuelos, guardados de grandes tiempos a esta parte, como es costumbre de reyes. Lo cual todo vos y vuestros compañeros tendréis siempre que lo quisieréis; entretanto holgad, que vendréis cansados. (Gómara I, 212.)

Para una imaginación preparada por dos siglos de lecturas caballerescas, nada es imposible: los parajes más abruptos y sombríos, las costumbres más extravagantes, los cultos más crueles, los enemigos más fieros, nada le causa demasiado asombro como para inspirar temor y detener la marcha. Al conjuro de los nombres de Amadís o de Esplandián se lanza el español a las aventuras más insensatas. Pero, por eso, cuando se encuentra en medio de un mundo nuevo, antes que ver en él novedades de naturaleza, verá extrañezas portentosas y contranatura como son montañas encantadas, lagos misteriosos, piedras que cantan y monstruos espantables:

En esta tierra he tenido noticia de grifos, los cuales dicen que hay en unas sierras grandes, que están cuatro o cinco leguas de un pueblo que se dice Tehuacan, que es hacia el Norte, y de allí bajaban a un valle llamado Ahuacatlan, que es un valle que se hace entre dos sierras de muchos árboles; los cuales bajaban y se llevaban en las uñas los hombres hasta las sierras adonde se los comían, y fué de tal manera, que el valle se vino a despoblar por el temor que de los grifos tenían. Dicen los Indios, que tenían las uñas como de hierro fortísimas. También dicen que hay en estas sierras un animal que es como un león, el cual es lanudo, sino que la lana o vello tira algo a pluma; son muy fieros, y tienen tan fuertes dientes, que los venados que toman comen

hasta los huesos, llámase este animal ocochctli. De estos animales he yo visto uno de ellos; de los grifos ha más de ochenta años que no parecen ni hay memoria de ellos. (Motolinla. 188.)

El escudo de armas que estaba por las puertas de palacio, y que traen las banderas de Moteczuma y las de sus antecesores, es un águila abatida a un tigre, las manos y uñas puestas como para hacer presa. Algunos dicen que es grifo, y no águila, afirmando que en las sierras de Teocacán hay grifos, y que despoblaron el valle de Auacatlán, comiéndose los hombres. . .

Los indios inventan estos grifos, que llaman quezalcuitactli, por sus antiguas figuras, y tienen vello y no pluma, y dicen que quebraban con las uñas y dientes los huesos de hombres y venados; tiran mucho a león, y parecen águila, porque los pintan con cuatro pies, con dientes y con vello, que más afna es lana que pluma; con pico, con uñas y alas con que vuela; y en todas estas cosas responde la pintura a nuestras escrituras y pinturas; de manera que ni bien es ave ni bien bestia. (Gómara, I, 222.)

...sabed, Rey, que entre Tartaria e India hay un mar tan caliente, que hierve así como el agua sobre el fuego, y es todo verde, y dentro de aquel mar se crían unas serpientes mayores que cocodrilos, e tienen alas con que vuelan, e son tan emponzoñadas, que las gentes fullen dellas con temor; pero algunas veces que muertas las hayan, précianlas mucho, que son muy provechosas para melecinas; y estas serpientes tienen un hueso desde la cabeza fasta la cola, y es tan grueso, que sobre él es formado todo el cuerpo así tan verde como aquí lo vedes en la vaina e su guarnimento; e porque fué criado en aquella mar herviente, ningun otro hueso lo puede quemar; agora vos digo del tocado de las flores, que son de árboles que hay en tierra de Tartaria, en una insola metida quince millas en la mar, e no son más de dos árboles, ni se sabe que en ninguna parte haya más; e hácese allí en aquella mar un remolino tan bravo e tan peligroso, que dudan los hombres de pasar a tomarlas; mas algunos que se aventuran e las traen, véndenlas como quieren, porque si guardadas son, nunca esta verdura e viveza dellas perece; e pues que la razón de lo uno e otro vos he contado, quiero que sepáis por qué ando así e quién soy. (Amadis, I. 306.)

Cuerlahuac hospedó todos los españoles en su casa, que son unos grandísimos palacios, de cantería todos y carpintería, y muy bien labrados, con patios y cuartos bajos y altos, y todo servicio muy cumplido. En los aposentos muchos paramentos de algodón, ricos a su manera. Tenían frescos jardines de flores y árboles olorosos, con muchos andenes de red de cañas, cubiertas de rosas y yerbecitas, y con estanques de agua dulce. Tenían también una huerta muy hermosa de frutales y hortaliza, con una grande alberca de cal y canto, que era de cuatrocientos pasos en cuadro, y mil y seiscientos en torno, y sus escalones hasta el agua, y aun hasta el suelo, por muchas partes; en la cual había de todas suertes de peces; y acuden a ella muchas gargetas, labancos, gaviotas y otras aves, que cubren en veces el agua. (Gómara, I, 207.)

Pues así anduvo el caballero por aquella senda, muy cerrada de la espesura de los árboles, y a poco rato hallóse en la ribera de la mar, y junto con el agua guiaba la senda por donde seguía su vía; y así, al cabo de aquella floresta halló un campo hermoso, al cabo del cual la peña vió que encima la montaña tenía, que le pareció de muy hermosas arboledas, y la peña alta tajada como si a sabiendas se hiciera". (*Sergas de Esplandián*, 409.)

Era aquel paso una loza o peña llana, liza y larga cuanto el río ancho, con más de veinte grietas que por do cala la agua sin cubrilla; cosa que parece fábula o encantamiento como los de Amadís de Gaula, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro, mas ello es obra de natura, que dejó aquellas pasaderas para el agua, o la misma agua con su continuo curso comió la peña de aquella manera. Cortaron pues madera, que bien cerca había muchos árboles, y trajeron más de doscientas vigas y muchos bejucos, que como en otro lugar tengo dicho, sirven de sogas, y nadie entonces haraganeaba; atravesaban las canales con aquellas vigas, atábanlas con bejucos, y así hicieron puente; tardaron en hacerla y en pasar dos días; hacía tanto ruido la agua entre aquellos ojos de la peña, que ensordecía los hombres; los caballos y puercos pasaron a nado por bajo de aquel lugar, que con la profundidad iba la agua mansa". (Gómara, II. 153.)

Y para terminar el cotejo entre los respectivos mundos de naturaleza portentosa en que acontecen la conquista y suceden las hazañas de los andantes, pongamos algunas citas que lo ilustren.

E ya que avían seguido por un río que hay entre aquellas sierras, que se dice Pani, y que el río seguía otra vía é se apartaba por el través, siguió Pedro de Lumbreras por la Cuesta Rasa que llaman, que está de la parte que he dicho del norueste; é llegó muy cansado é desmayado quasi á la sumidad e mas alta parte de la cumbre, é descansó allí un poco, no dexando de se encomendar a Dios, segund el mucho espanto que avía tomado del estruendo que andaba en lo alto. E porfió por subir, arriba y llegó hasta en fin de todo lo que se pudo subir, por un camino muy dificultoso é con mucho trabajo se pudo andar; y llegado allá, vido una laguna que a su parecer dice que sería de tres tiros de ballesta en luengo o longitud, e tenía de ancho la terçia de lo que he dicho. Y estuvo mirando este lago tanto espacio quanto se podrían decir tres credos. Dice Pedro de Lumbreras que era tanto el ruido y estruendo que oía, que él estaba muy espantado, é que le pareçia que no era aquel estruendo de voces humanas, ni sabía entender qué animales ó fieras pudiesen hacer aquel horrible sonido. En fin que como estaba solo y espantado, se tornó sin ver otra cosa. Yo le he preguntado si había llegado al agua, é si era dulce o salada, y él me dixo que no llegó a ella con doce ó quinze passos, y que visto lo que es dicho Pedro de Lumbreras se tornó en busca de aquel Mexía é de los

indios que habia llevado. Assi que esto es lo que mas se sabe de aqueste lago, del quel hay derramadas por esta isla muchas novelas que yo no creo, ni son para escribir sin mas çertifiçación dellas. (Oviedo, I, 67.)

La fué acompañando (a Pandricia) hasta que llegaron á un valle, á tiempo que ya la mañana era bien clara (al parecer de todos bien triste). Corría por el hondo de ellas una ribera de aguas negras, de tan mal parecer, y con tan espantoso son, que hacía miedo a quien las vía, y la tierra era más poblada de árboles más espantosos que contentos; el aire, cubierto de aves negras, que por encima de los árboles andaban; en el medio del río, en una isleta que el agua hacía, estaba un edificio grande. (Palmerín, 13.)

La isla de Hierro no tiene agua dulce de río, ni fuente, ni lago, ni poço, y es habitada é todos los días del mundo la provee Dios de agua çestial, no lloviendo. La qual la dá de esta manera. Cada día del mundo, desde una hora o dos antes que esclarezca hasta ser salido el sol, suda un árbol que allí hay, é cae por el tronco dél abaxo, é de las ramas é hojas dél mucha agua; estando continuamente en aquel tiempo una nube pequeña o niebla sobre el árbol, fasta quel sol, dos horas después del alva ó poco menos, está encumbrado, é la nube desapareçe, y el agua çesa de caer. Y en el tiempo ques dicho, que pueden ser quatro horas poco más ó menos tiempo, en una balsa ó laguna hecha á mano para ésto, allégase tanta agua al pié del árbol, que basta para toda la gente que en aquella isleta vive, é para sus ganados é bestias. La qual agua que assi cae, es muy excelente é sana". (Oviedo, 36.)

A media legua de esta isla Navaça dentro en la mar, hay çiertos baxos, é allí en ellos, debaxo del agua de la mar, viéndose a ojo las piedras y el suelo, entre aquellas peñas bien un estado de hondo en el agua salada, se levanta ençima del agua de la mar un golpe o caño de agua dulce muy buena agua (lo qual es cosa mucho de ver y de maravillar, y de las rarissimas obras de la natura); y es más gruesso aquel caño ó golpe de agua que el braço de un hombre, y levantasse tanto esta agua dulce sobre la otra agua salada, que se puede muy bien coger la dulce. (Oviedo, 198.)

Diré de un particular que tienen estas islas de Canaria, que, çierto, admira, aunque considerado el poder de Nuestro Señor Jesucristo, es lo de ménos que su Majestad divina puede hazer; y esta es una obra que, quando no hubiera la multitud dellas que ha hecho y haze por esta sola podían los hombres entender su potencia y grandeza y serville, dándole por momentos infinitissimas gracias. Ay en aquella tierra un valle muy grande, en el muchos pueblos poblados de muncha gente y ganados, así mansos como bravos, y aves, y çaça, la qual es faltissima de ahua para beber y otras cosas de que ella es de provecho, y suple esta falta y sustenta un árbol que no sé cómo se llama, el qual está de día y de noche destilando por las hojas y por él tanta cantidad de ahua, que es bastante para sustentat toda aquella tierra y dar de beber á la jente, y ganados

y caça, y aves: y no hay ni se halla otra. ¿Qué más misterio y obra de Dios? El sea bendito por siempre jamás. Otras cosas tienen las Yndias de grande admiración, que contallas pone sospecha de verdad, de las quales abrán escrito otros, aunque de algunas yré tratando en el discurso desta obra". (Suárez de Peralta, 46.)

Hasta ahora venimos comprobando semejanzas más o menos externas entre los libros de caballerías y la crónica de Indias; pero no debemos limitar nuestros esfuerzos a eso. Uno y otro género de libros tienen en común la constante referencia a Dios y a su providencia. Ya veremos cómo, al igual que en las novelas caballerescas, la mano divina interviene constantemente en los sucesos de la conquista; en suma, tanto las aventuras caballerescas como las hazañas de los conquistadores son "negocio divino".

Cuando aparece el nuevo mundo en el ámbito de Europa tenía vigencia de convicción la idea del fin del mundo. Este cataclismo, anunciado por las profecías y sostenido por el dogma, no podía acontecer sin que antes se predicara el Evangelio a todos los pueblos de la tierra; por eso, cuando el descubrimiento revela la existencia de una muchedumbre de infieles, el pensamiento católico español no puede menos de considerar la proximidad del fin de los tiempos, y de ahí surge una interpretación providencial de la hazaña de las Indias. Es negocio divino, porque, ante todo, la providencia ha permitido que se rompa el secreto del océano para realizar la predicación de la fe católica en el nuevo mundo.

El padre Las Casas, Oviedo, Gómara, Acosta, en fin todos o casi todos los cronistas documentan esta manera de entender a lo divino el descubrimiento y la conquista de las Indias. Conformémonos con unas citas de Oviedo y Mendieta que, por su claridad, no dejan lugar a duda alguna.

Ni es de maravillar si tan cathólicos Rey é Reyna, movidos á buscar ánimas que se salvassen (mas que tessoros y nuevos Estados, para que con mayor ocupación y cuydado reynassen) acordaron de favorecer esta *empressa* y descubrimiento. Ni crea ninguno questo se podía escusar á su buena ventura; porque no vió ojo, ni oyó oreja, ni subió en corazón de hombre las cosas que aparejó Dios á los que le aman. Estas y otras muchas aventuras cupieron en aquellos buenos reyes nuestros, por ser tan verdaderos siervos de Jesu Christo y desseosos del acreçentamiento de la sagrada religión suya. Y por tanto la

voluntad divina les dió noticia de Christóbal Colón; porque el mismo Dios mira todos los fines del mundo, y vé todas las cosas de debaxo del cielo. Y quando llegó la hora que tan grande negociación se concluyesse fué por estos términos. (Oviedo, I. 19.)

¿Y es posible que para proveer nuestros reyes de navíos y gente á Colón no se informarían primero dónde y cómo tuvo noticia de las nuevas tierras que promería? y qué ¿no sacarían de raíz este negocio? y pues no lo hicieron, y de tan pocos días atrás no hayamos mas claridad que esta en caso tan arduo, entendamos no haber sido negocio humano, ni caso fortuito, sino obrado por divino misterio, y que aquel piloto y marineros pudieren ser llevados y regidos por algunos ángeles para el efecto que se siguió, y que finalmente escogió Dios por medio é instrumento á Colón para comenzar á descubrir y abrir el camino de este Nuevo Mundo, donde se quería manifestar y comunicar á tanta multitud de ánimas que no lo conocían, como escogió á Fernando Cortés como instrumento y medio de la principal conversión que en las Indias se ha hecho: y así como negocio de Dios y negocio de ánimas, fué guiado y solicitado por varón religioso dedicado al culto divino. (Mendieta, 14.)

Paga Dios a los que sirven, en el cielo y en la tierra.

(Los reyes católicos acabaron con) la perfidia judaica, la falsedad mahomética y la ceguera idolátrica;... Y aún por este santísimo celo y heroica hazaña es de creer que merecieron lo que sucesivamente se siguió, que apenas fué concluída la guerra de los moros, quando les puso Dios en sus manos la conquista y conversión de infinidad de gentes idólatras, y de tan remotas y incógnitas regiones, que más parece haber sido divinalmente otorgada, que casualmente ofrecida. Y no dudo, mas antes, confiado en la misericordia del muy alto Señor, tengo por averiguado que así como á estos católicos reyes fué concedido el comenzar a extirpar los tres diabólicos escuadrones arriba señalados, con el cuarto de los herejes, cuyo remedio y medicina es la santa Inquisición, así también se les concedió que los reyes sus sucesores den fin á este negocio; de suerte que así como ellos alimpiaron á España de estas malas sectas, así también la universal destrucción de ellos en el orbe y conversión final de todas las gentes al gremio de la Iglesia se haga por mano de los reyes sus descendientes. (Mendieta, 18.)

Pero si la Hazaña de Indias es negocio de Dios, la consecuencia inevitable es que la nación española encabezada por sus reyes tendrá que ser ejecutora del designio providencial. En efecto, así lo pensaron los españoles de entonces y por eso pudieron concebir el destino de la nación como ligado de un modo particular con los intereses divinos. En suma, España es el pueblo elegido. Pudieron los cronistas, al calor de este pensamiento, interpretar el pasado español como conformación

del destino providencial de su pueblo. La lucha secular que sostuvo España contra los moros primero y después la persecución de los judíos proporcionaba la prueba de que España, por encima de las demás naciones, estaba avocada a guerrear siempre en pro de la verdadera religión. Bien claro lo dicen Oviedo y Gómara:

Pues entre todos los príncipes que en el mundo se llaman fieles y cristianos, solo Vuestra Cesárea Majestad al presente sostiene la cathólica religión é Iglesia de Dios, é la ampara contra la innumerable é malvada seta é grandísima potencia de Mahoma. (Oviedo, I. 7.)

...pero demás de reducir á España toda á nuestra cathólica religión, propusieron de enviar á buscar este otro Nuevo Mundo, á plantarla en él, por no vacar ninguna hora en el servicio de Dios. Y con este santo propósito mandaron despachar á Colón. (Oviedo, I. 19.)

...en acabándose la conquista de los moros, que había durado más de ochocientos años, se comenzó la de los indios, para que siempre peleasen los españoles con infieles y enemigos de la santa fe de Jesucristo. (Gómara, *Hist. General*, I. 42.)

La permisión de Dios para que se descubrieran las Indias y Su elección a favor del pueblo español para que las conquistasen traen obligaciones y derechos. Deben los reyes de España mandar predicar la fe a los indios y civilizarlos; la nación española, en cambio, gozará de las riquezas del nuevo mundo como justa recompensa de sus afanes, riqueza que, por otra parte, debe emplearse para la propagación de la fe. De esta manera puede decirse que España celebra un pacto con Dios y que a ello se debe el poderío de esta nación.

Es cierto que Nuestro Señor lo permitió por su misericordia, ayudando á esta merced recibida los méritos de los Reyes Católicos y servicios que le hizieron en la conquista del reyno de Granada; y echando moros y judíos de España, les á dado á ellos y á sus exércitos otros más amplios reynos que Egipto y Etiopia, que son estas Yndias, y el reyno de Nápoles y Navarra. Y así creo y tengo, que á la majestad del rey don Felipe nuestro señor, por la guerra que haze á los turcos y erejes, le a de dar Dios otros más amplios reynos, como le a dado el católico reyno de Portugal con toda la Yndia oriental; y con la constancia que defiende la fe saldrá victorioso contra todos los erejes de Flandes á Inglaterra. (Suárez de Peralta, 40.)

Partiendo de este sentimiento de ser el español el pueblo escogido por la divinidad para llevar a cabo la conquista y conversión de los infieles, era natural que se viera en España una nación especialmente dotada en cualidades y virtudes que le permitieran cumplir con su alto destino histórico-divino, exactamente de la misma manera que al caballero andante lo adornan virtudes y cualidades de un carácter excepcional. Aquí es de recordar lo que dijimos en la primera parte acerca de la nobleza que, según el sentir español, distingue a su nación por encima de las otras. Al nacer el sentimiento de la nacionalidad se transfiere el concepto de la nobleza de la esfera individual a la colectiva y se llega de este modo a una idea de la nobleza natural de la nación entera. Es obvio que se trata aquí de un asunto que guarda estrecha relación con el ideal caballeresco y así lo encontramos en las crónicas de Indias. Para los cronistas el pueblo español es el más noble de todos los pueblos de la tierra y posee las cualidades y la capacidad necesarias para realizar la asombrosa hazaña.

El trabajo y peligro —le dice Gómara al emperador— vuestros españoles lo toman alegremente, así en predicar y convertir como en descubrir y conquistar. Nunca nación extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por mar y tierra, las armas a cuestas. (Gómara, *Hist. Gen. Carta al Emperador*. 5.)

Y Oviedo hablando de los españoles se expresa en los términos siguientes:

Rara cosa y presçioso don de la natura, y no vista en otra nación alguna tan copiosa y generalmente concedida como á la gente española; porque en Italia, Francia y en los mas reynos del mundo solamente los nobles y caballeros son espeçial ó naturalmente exercitados é dedicados a la guerra, ó los inclinados é dispuestos para ella; y las otras gentes populares é los que son dados a las artes mecánicas é á la agricultura é gente plebea, pocos dellos son los que se ocupan en las armas ó las quieren entre los extraños. Pero en nuestra nación española no parece sino que comunmente todos los hombres della nascieron principal y espeçialmente dedicados a las armas y á sus exercicios, y les son ellas é la guerra tan apropiada cosa, que todo lo demás les es accesorio, é de todo se desocupan de grado para la miliçia y desta causa, aunque pocos en número, siémpre han hecho los conquistadores españoles en estas

partes lo que no pudieran aver hecho ni acabado muchos de otras naciones. Oviedo, I. 475.)

Antes, ya nos había dicho que:

a España la doctó Dios de animosos, y valerosos y altos é muchos varones ilustres y caballería, y de tanta nobleça y multitud de hidalgos; y comunmente a todos los naturales della los hizo Dios de tanta osadía, é los constituyó de tanta experiencia en la militar disciplina, y con tanta determinación y esfuerzo de virtuosa é natural inclinación como todos los auténticos e antiguos é modernos historiales escriben é se ve palpable. E no sin causa dixo Livio por nuestros españoles: "ferocissima gente son, porque pienssan que ninguna vida es loable sin las armas". Y sin que se busquen las auctoridades de los passados, los ojos de los hombres que hoy viven lo han visto é sabido, para lo poder testificar, é notar, é verificar por los invictos reyes passados de nuestra España, é por los cathólicos Reyes Don Fernando é Doña Isabel (nunca vencidos é siempre vencedores) que ganaron a Granada, Nápoles Navarra é Bugía, é otros reynos, é descubrieron este Nuevo Mundo destas Indias, y por los tropheos y triumphos de la Cesárea Majestad del Emperador Rey, don Carlos, nuestro Señor: el qual ha seydo digno mediante la divina clemencia (que le hizo mereçedor de sus buenas venturas y nuestras), de ser señor de tan valerosa nación, para que veamos al presente, como se ve, la bandera de España celebrada por la más victoriosa, acatada por la mas gloriosa, temida por la más poderosa, y amada por la mas digna de ser querida en el Universo. Y así nos enseña el tiempo é vemos palpable lo que nunca debaxo del cielo se vido hasta agora en el poderío e alta majestad del príncipe christiano; y así se debe esperar por lo que está por adquirir y venir al colmo de la monarchía universal de nuestro César, lo veremos en breve tiempo debaxo de su çeptro; y que no faltará reyno, ni secta, ni género de falsa creencia que no sea humillada y puesta debaxo de su yugo y obediencia. Y no digo solo esto por los infieles; pero ni de los que se llaman christianos, si dexaren de reconosçer por superior, como deben y Dios tiene ordenado, á nuestro César, pues le sobran osados millites y gentes, y no le han de faltar riquezas que les reparta, así de sus grandes estados de Europa y África, como desta otra mitad del mundo que comprehenden sus Indias. (Oviedo, I. 179.)

Mendieta participa del mismo sentimiento:

Por el contrario acaece a los de nuestra nación española, que son tan briosos y altivos, y de ánimo tan osado, que no hay gente ni cosa en el mundo que delante se les pare, y todo se les hace poco para sus largos y extendidos descos, y les parece que doquiera que lleguen (mayormente entre infieles) pue-

den entrar como señores absolutos con solo el título de españoles y cristianos. (Mendieta, 51.)

Vemos, pues, que para estos escritores el valor extraordinario es característico del español y esto los faculta para realizar empresas que a otros ojos parecerían descabelladas; pero el valor no es un fin en sí; sin bondad para el vencido, sin espíritu cristiano el valor no es nada y antes puede ser causa de males. El verdadero español pone su valor al servicio de la causa justa. Oigamos lo que a este respecto dice Mendieta:

¿Ni qué razón hay para que yo holgase por mi pasatiempo de echar sus faltas en la plaza, si no estuviesen divulgadas de Oriente á Poniente? ¿Ni para que yo meneare el mal olor de estas hediondas latrinas (puesto que sean tan públicos pecados), si entendiéase que había de redundar en deshonor de los buenos cristianos y virtuosos y generosos españoles, de los cuales quién dubda sino que muchos han pasado á Indias, que nunca supieron hacer mal ni daño á los naturales de ellas, y otros que sobre esto les han hecho muy buenas obras y dádoles buenos ejemplos, y otros que compadeciéndose de sus trabajos los han favorecido y redimido de vejaciones, y muchos que con el favor de Dios han sido instrumento para que se salven innumerables de ellos? Estos son, pues, los verdaderos españoles en quien se verifica la buena fama y honra de su nación, que esotros no los llamo yo sino degéneres, bárbaros y caribes, enemigos de su ley, y de su rey, y de su nación (pues la afrentan), y de toda humana naturaleza, y de amigos de solo interés y desenfrenada cobdicia. Y así, cuando se trata que españoles ó cristianos, sin temor de Dios ni piedad humana, robaron, mataron, quemaron, destruyeron y asolaron gentes ó pueblos, ó hicieron cosas semejantes en tierra de indios, siempre se entiende de los tales que indignamente usurparon estos nombres, sin corresponder á ellos con las obras, que como vulgo y behetría y en tierra de libertad han prevalecido para hacer tan grandes males y causar tantos daños, ni poder ser reprimidos de sus reyes con santas y justas leyes, y de sus gobernadores. (Mendieta, 52.)

Aquí aparece aplicado a los conquistadores de Indias uno de los elementos directrices que más hondo raigambre tuvo en la caballería andante: el caballero tenía que ser extraordinariamente valeroso y firme en el ejercicio de sus armas; se distingue de los demás hombres en que realiza aventuras increíbles; pero la fuerza, el valor y el éxito pasan a segundo plano en cuanto se subordinan al amor a la justicia, a la protección del débil y a la gloria de Dios.

La actividad del caballero andante sólo es explicable —tal su sentido— si las hazañas portentosas que ejecuta se elevan al orden de la virtud. En el fondo se encuentra siempre que el caballero pone en juego su valor y fuerzas y se enfrenta al peligro sirviendo una causa justa, es decir, reparando un agravio. Así vemos a los caballeros andantes ocupados en la redención de cautivos, en la protección de débiles, en la reparación de injurias, o bien, como en Esplandián, el abandono de la patria para luchar en pro de la fe de Cristo.

...sus grandes caballerías (de Esplandián), que en su tiempo par no tuvieron, fueron contra los paganos enemigos de la santa fe católica; que poco tiempo había pasado que era establecida, como la historia adelante cuenta. (*Sergas de Esplandián*, 406.)

El padre de Amadís, Perión de Gaula, cuando aquél es pequeño le dice las siguientes palabras:

Fijo hermoso, que de pequeño comenzaste andar en aventura e peligro, e agora te veo en servidumbre de los que a ti podrían servir, *Dios te guarde y enderece en aquellas cosas de su servicio* e de tu gran honra, e haga verdaderas las palabras que la *sabia Urganda* de ti me dijo, é a mi deje llegar a tiempo de las tus grandes maravillas, que en las armas prometidas te son. (*Amadís*, I. 17.)

Aquí se ve la predestinación de Amadís como llamado a la caballería al servicio de Dios. Las citas que podrían aducirse para ilustrar que la actividad caballeresca es siempre virtuosa serían numerosas. La más superficial lectura de las novelas caballerescas bastará para sostener esta afirmación.

En íntima conexión con el sentido virtuoso de la actividad caballeresca está su obligación de predicar y extender la verdadera doctrina. Así también lo sintieron los conquistadores. Veamos cómo cumple Esplandián con esta alta responsabilidad de su vocación.

Gigante, en mucho tienes, y por grande osadia, haber yo venido a este tu señorío, y ser muertos por mi mano los que dices. Si tú hubieses conocimiento de aquel Señor cuyo yo soy, y como tuyo lo sirvieses, luego verías como, lo que parece mucho, según su gran poder, no es nada; y pues que del viene y redunda, á mi ninguna cosa dello se debe atribuir. Pero aquellos se-

flores á quien tú y ellos servís, os han dado el galardón que a los suyos suelen dar, que en tanto que sois vivos haceros muy soberbios, y con la soberbia traeros á grandes crueldades y pecados que en vos son señoreados, los cuales, aunque algún tiempo resplandecen con honras y riquezas y otra cosa que poco valer os hacen, y en mucho por los malos son tenidas, no puede aquella labor armada sobre tan falso cimiento excusarse de caer cuando más seguro el que en ellas se fia está, porque así le aconteció a aquel malo soberbio Lucifer, capitán y señor destos a quien tú honras y acatas; que luciendo sobre los otros ángeles, así en hermosura como en dignidad, por ser su propósito fundado sobre gran soberbia, queriéndose con ella poner en lo que no le convenía, aquel Señor del mundo, que todo lo puede, derribóle de tan alto, así á él como a todos los que le seguían debajo del centro de la tierra, donde nunca piedad ni redención esperan. Pero si caso es que de malo te quieras tornar bueno y de cruel en humilde, y volverte a la buena y verdadera creencia que yo tengo, yo te quitaré la batalla, que quitarle puedo, que tú ya para ello ni aún para otra cosa no eres parte, que según estás, por mas muerto que vivo te cuento; yo te dejaré libre este señorío, con tal que cuando yo aquí viniere junto contigo hagamos guerra y daño a aquellos que, dejando la verdad defienden y creen en lo mentiroso. (*Sergas de Esplandián*, 415.)

Dicho esto Esplandián obliga a su adversario a humillarse y a hacer profesión de fe:

...hincó las rodillas en tierra y dijo: Jesucristo hijo de Dios yo creo que tú eres la verdad, y los dioses que hásta aquí yo he honrado son falsos y mentirosos, y á ellos dejando, á tí me vuelvo y demando merced. Entonces hizo una cruz en las piedras con su diestra mano, y besándola, se levantó en pié. (*Sergas de Esplandián*, 415.)

La misión divina que anima la acción caballeresca se revela también por la necesidad que siente el caballero andante de armarse espiritualmente antes de acometer la empresa, armas que, junto a las materiales, han de defenderlo contra los ataques y celadas de los demonios. Y es porque como el caballero está al servicio de Dios y de su fe, sus enemigos, implícitamente recibirán el auxilio de los espíritus malos.

Así Esplandián antes de partir a libertar a su abuelo el rey Lisuarte, preso en la Peña Defendida, pasa la noche en compañía de un santo ermitaño haciendo penitencia, y en la mañana, después de confesar sus pecados, oye misa y recibe la Sagrada Forma. Con estos auxilios puede ya partir con la seguridad en el éxito de su cometido. Oli-

veros, antes de tomar parte en las justas del rey de Inglaterra, recibe los mismos confortativos espirituales que lo ayudarán a alcanzar la victoria. También el conquistador de Indias no se fiará de las fuerzas propias y buscará siempre el apoyo y alianza de la divinidad para salir con bien en las batallas contra los indios que, claro está, son siempre, y en un sentido más profundo del que usualmente se concede, batallas contra el demonio. En todos los actos, aun los que parecen menos importantes, vemos a estos rudos españoles ampararse con la magia del agua bendita, de las reliquias y de las cruces.

Subió al volcán Antonio de Betanços.—Dizen han querido muchos subir á ver aquello, y no ha sido posible. Yo ví un caballero, tío mío, que se llama Antonio Solteño de Betanços, que dió en subir á velle, él y unos frailes, y se previnieron de ropa y todo lo necesario para contra el frío y los demonios: llevaban muchas reliquias, agua bendida, cruces, misales para las oraciones, y jente con bastimento. Empeçaron á subir, y en entrando por la çeniza, era tanta que les fué forçoso dejar los caballos y yr á pié, y como yban llegándose, más se les iban quedando yndios muertos de frío, y los españoles proseguían su camino con determinación de no dejar de ver la boca de aquella sierra, mediante Nuestro Señor, á quien se encomendaban, muy de veras: yban confesados y comulgados. (Suárez de Peralta, 88.)

Don Hernán Cortés antes de enviar a sus soldados a la ejecución de cualquier comisión, los obliga a oír misa para confortar sus espíritus y prepararlos para cualquiera que sea el resultado de su misión.

Pero tanto en la caballería como en la conquista, el "negocio divino" tiene una conexión estrecha con los intereses de la vida; o mejor dicho, que la vida terrenal no puede concebirse sin su relación con el orden divino. El conquistador lucha por la fe y contra el demonio; pero a la vez y sin contradicción ninguna lucha también por el rey. No olvidemos nunca que en último término el aumento del poderío político, militar y económico de España encuentra su última justificación en la propagación de la fe.

Volvamos a decir lo que le aconteció en Roma a Juan de Herrada. Que después que fué a besar los santos pies de Su Santidad y presentó los dones que Cortés le envió y los indios que traían el palo con los pies, Su Santidad lo tuvo en mucho y dijo que daba gracias a Dios que en su tiempo tan grandes tierras se hubiesen descubierto, y tanto número de gentes se hubiesen

vuelto a nuestra santa fe, y mandó hacer procesiones y que todos diesen loores y gracias por ello a Dios, y dijo que Cortés y todos sus soldados hablamos hecho grandes servicios a Dios primeramente y al Emperador don Carlos nuestro Señor y a toda la cristiandad, y que éramos dignos de grandes mercedes, y entonces nos envió bula para salvarnos a culpa y a pena de todos nuestros pecados. (Bernal Díaz, III. 142.)

...é dos años é mas que ha que veo y experimento por mi persona estas cosas, sirviendo á Dios é á mi rey en estas Yndias, y aviendo ocho veces pasado el grande mar Océano. (Oviedo, I. 6.)

...y ambas veces trabajé todo lo posible para que se hiciese y despachase y proveyese lo que combenía a servicio de Dios Nuestro Señor y Su Majestad y al bien de todo este reino y república. (Tapia, 56.)

En Mendieta encontramos lo siguiente:

...el mismo virrey don Antonio de Mendoza se comenzó a apercibir para ir en persona y, hacer esta jornada por servir á Dios y á su rey... (Mendieta, 400.)

No cabe duda, pues, que el conquistador lucha por la posesión de la tierra y sus riquezas, pero tampoco cabe duda que esta lucha tiene, en términos generales, un sentido de la relación a la divinidad. Con las altas y bajas del pecado, lo cierto es que las hazañas conquistadoras van dirigidas a Cristo, y su símbolo más claro es la substitución del ídolo por la cruz.

En toda la inmensidad de las Indias habita una humanidad que, cualquiera que sea la opinión que sobre ella se tenga, rinde culto a Satanás, quien de ese modo usurpa lo que es debido solamente al verdadero Dios. Tal es el inmenso agravio de la Hazaña de Indias. Se va perfilando con claridad lo que venimos llamando, no sin razón, el sentido caballeresco de la empresa. Mas ya no es tan sólo el solitario Amadís, Artús u Oliveros, sino todo un pueblo que con las armas a cuestras cruza el océano para deshacer el agravio que en la tierra nueva infiere Satanás a la Verdad.

Como Esplandián con el gigante vencido, así Cortés con los sacerdotes indios. Oigamos a este caballero de la conquista metido a predicador.

“Todos los hombres del mundo, muy soberano rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí ora nosotros allá en España, ora en cualquier parte, que vivan de él, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios.

Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos somos, no sólo semejantes en el cuerpo y alma, mas aún también parientes en sangre; empero acontece, por la providencia de aquel mismo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sean sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme a razón y a la voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen a los ignorantes, y guíen a los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvación, por la *vereda* de verdadera religión. Yo pues, y mis compañeros, vos deseamos y procuramos tanto bien y mejoría, cuanto mas el parentezco, amistad y el ser vuestro huésped; cosas que a quien quiera y donde quiera, obligan, nos fuerzas y constriñen. En tres cosas, como ya sabreis, consiste el hombre y su vida: en cuerpo, alma y bienes. De vuestra hacienda, que es lo menos, ni queremos nada, ni hemos tomado sino lo que nos habeis dado. A vuestras personas ni a las de vuestros hijos ni mujeres, habemos tocado, ni aún queremos; el alma solamente buscamos para su salvación; a la cual ahora pretendemos aquí mostrar y dar noticia del verdadero Dios. Ninguno que natural juicio tenga, negará que hay Dios; mas empero por ignorancia dirá que hay muchos dioses, o no atinará al que verdaderamente es Dios. Mas yo digo y certifico que no hay otro Dios sino el nuestro de Cristianos; el cual es uno, eterno, sin principio, sin fin, creador y gobernador de lo creado. El solo hizo el cielo, el sol, la luna y estrellas, que vosotros adorais; el mismo crió la mar con los peces, y la tierra con los animales, plantas, piedras, metales y cosas semejantes, que ciegameute vosotros teneis por dioses. El así mismo, con sus propias manos, ya después de todas las cosas criadas, formó un hombre y una mujer; y formado, le puso el alma con el sople, y le entregó el mundo, y le mostró el paraíso, la gloria y a sí mismo. De aquel hombre pues y de aquella mujer venimos todos, como al principio dije; y así, somos parientes, y hechuta de Dios, y aun hijos; ya queremos tornar al Padre, es menester que seamos buenos, humanos, piadosos, inocentes y corregibles; lo que no podeis vosotros ser si adorais estatuas y matais hombres. ¿Hay hombres de vosotros que querría le matasen? No por cierto. Pues, ¿por qué matais a otros tan cruelmente? Donde no podeis meter alma, ¿para que la sacais? Nadie hay de vosotros que pueda hacer ánimas ni sepa forjar cuerpos de carne y hueso; que si pudiese, no estaría ninguno sin hijos, y todos tendrían cuantos quisiesen y como los quisiesen, grandes, hermosos, buenos y virtuosos; empero como los da este nuestro Dios del cielo que digo, dálos como quiere y a quien quiere; que por eso es Dios, y por eso le habeis de tomar, tener y adorar por tal, y porque llueve, serena y hace sol, con que la tierra produzca pan, fruta, yerbas, aves y animales para vuestro mantenimiento. No

os dan estas cossa, no las duras piedras, no los maderos secos, ni los fríos metales, ni las menudas semillas de que vuestros mozos y esclavos hacen con sus manos sucias estas imágenes y estatuas feas y espantosas, que vanamente adorais. ¡Oh que gentiles dioses, y que donosos religiosos! Adorais lo que hacen manos que no comereis lo que guisan y tocan, ¿creeis que son dioses lo que se pudre, carcome, envejece y sentido ninguno tiene? ¿Lo que ni sana ni mata? Así que no hay para que tener mas aquí estos ídolos, ni se hagan mas muertes ni oraciones delante de ellos, que son sordos, mudos y ciegos. ¿Quereis conocer quien es Dios y saber donde está? Alzad los ojos al cielo, y luego entenderéis que está arriba alguna deidad que mueve el cielo, que rige el curso del sol, que gobierna la tierra, que bastece la mar, que provee al hombre y aun a los animales de agua y pan. A este Dios pues, que ahora imaginais allá dentro de vuestros corazones, a ese servid y adorad, no con muerte de hombres ni con sangre ni sacrificios abominables, sino con sola devoción y palabras, como los cristianos hacemos; y sabed que para enseñaros esto venimos acá”.

Con este razonamiento aplacó Cortés la ira de los sacerdotes y ciudadanos; y con haber ya derribado los ídolos, antuveandose acabó con ellos; otorgando a Moteczuma que no tornasen a los poner, y que no sacrificasen mas hombres, y que le consintiesen poner un crucifijo y una imagen de Santa María en los altares de la capilla mayor, a donde suben por las ciento y catorce gradas que dije. Moteczuma y los suyos prometieron de no matar a nadie en sacrificio y de tener la cruz e imagen de nuestra Señora si les dejaban los ídolos de sus dioses que aun estaban en pie; y así lo hizo él y lo cumplieron ellos. Porque nunca después sacrificaron hombre, a lo menos, ni de manera que los españoles lo supiesen; y pusieron cruces e imágenes de nuestra Señora y de otros sus santos entre sus ídolos. Pero quedóles un odio y rencor mortal con ellos por esto, que no pudieron disimular mucho tiempo. Más honra y prez ganó Cortés con esta hazaña cristiana que si los venciera en batalla. (Gómara, I. 254.)

Detengámonos un poco en este sentido tan hondamente arraigado en el ánimo español de reparar los agravios y veamos hasta qué grado se apodera de su espíritu y qué resonancias despierta en su conciencia.

Quien mejor ilustra lo que aquí deseo poner en claro es fray Jerónimo de Mendieta, padre de nuestra historia eclesiástica indiana. En el capítulo XIX del Libro Segundo, "De muchos agüeros y supersticiones que los indios tenían", se ocupa especialmente de este tema.

Declara fray Jerónimo que:

No se contentaba el demonio, enemigo antiguo, con el servicio que estos le hacían en la adoración de cuasi todas las criaturas visibles, haciéndole de ella ídolos, así de bulto como pintados, sino que demás de esto los tenía ciegos en mil maneras de hechicerías, execramentos y supersticiones. (Mendieta, 107.)

Pero este servicio que los indios hacían al demonio no es puramente el del pecador usual, sino que, y en esto hemos de ver el verdadero agravio, consistía en toda una religión y culto fundados en lo que Mendieta llama los execramentos. El demonio, poseedor indiscutido de las almas indígenas, organiza una iglesia en que recibe la adoración sólo debida a Dios. Del corazón diabólico no se ha borrado el pecado de soberbia, y por eso quiere igualarse a Dios y aun substituirlo. Así se explica y se comprende la profunda verdad que podía tener para los misioneros y conquistadores la lapidaria frase de Motolinía que, para describir al mundo indígena lo llamó "traslado del infierno". (p. 21.)

A los santos sacramentos opone el maligno los execramentos, que son la réplica en lo malo de aquéllos. Comprueba Mendieta, uno a uno, los execramentos correspondientes a los sacramentos. Le parece, pues, que entre los indios había desde el bautismo hasta la extremaunción, aunque admite diferencias de forma. La confesión, por ejemplo, es ante el ídolo, y no con el objeto de obtener el perdón, porque, dice Mendieta "todos ellos tenían por muy cierto el infierno", sino por tener contentos a los ídolos para que éstos no revelasen las culpas del que se confesaba y llegaran al conocimiento de sus amigos.

Lo que más rabia le da al cronista y que le parece el colmo de la perversidad diabólica es la existencia de una ceremonia que es parodia de la Eucaristía.

También usaban alguna manera de comunión ó recepción de sacramento, y es que hacían unos idolitos chiquitos de semillas de bledos ó cenizas, ó de otras yerbas, y ellos mismos se los recibían, como cuerpo ó memoria de sus dioses. (108)

Aquí es donde con mayor fuerza se nos muestra el agravio con que los indios ofendían al Creador, y nada es más explicable que la indignación que les causaba a los españoles el ver tan abominable

práctica como era la comunión satánica en competencia con la sagrada Eucaristía. Cuenta Mendieta otras formas más crueles de comunión. Los totonaques, por ejemplo, comulgaban con la sangre de niños sacrificados mezclada con una goma que llamaban *alli*.

Mendieta se extiende en minucioso relato del sinnúmero de supersticiones que reinaban entre los indios. Da por cosa segura la existencia de hechiceros que se convertían en animales y así, al cabo de su crónica, ha acumulado un imponente cerro de agravios contra Dios y la humanidad.

A juicio de Mendieta la situación es tanto más grave, porque comprueba, no sin amargura, que los indios le eran más devotos al demonio que los mismos españoles a Cristo.

La visión tenebrosa del mundo indígena que nos ha dejado Mendieta no es opinión aislada ni corresponde exclusivamente a la manera de ver frailuna: se encuentra generalizada en todas las crónicas de Indias y puede decirse que llega a ser, aun para el mismo padre Las Casas, la visión fundamental de donde se desprenderán los grandes temas polémicos de la conquista como fueron su justificación jurídica, el problema de la servidumbre, la interpretación providencial y también esta mi interpretación caballeresca.

En efecto, si no perdemos de vista, como no debe perderse y como nunca lo perdieron los conquistadores y los misioneros, que la religión de los indígenas no era sino gigantesca maniobra del demonio para ganar almas con gravísima ofensa a Dios, es claro que la conquista entera se revela como la empresa católica y nacional que tiene el objeto de reparar eso que llamaremos el gran agravio. Era indispensable que la nación escogida de Dios tuviera a su cargo la venganza y enmienda de aquel agravio. Por eso unánimemente reputan los autores de aquel tiempo como milagrosa la travesía de Colón y como milagrosas también las hazañas militares de los capitanes. Tenemos ya a España entera lanzada en una aventura insensata y caballeresca en servicio del Señor de señores.

La conquista de las Indias se convierte así en una obligación de alto sentido caballeresco. No se trata, pues, de que la lucha con el demonio y la propagación de la fe sean un "elemento" o aspecto más de la empresa; son su motivo espiritual y su razón misma de ser. Vencer al demonio que imperaba en las Indias es obligación ineludible.

Todo esto traigo á fin que se entienda con cuánto celo y cuidado nuestros católicos reyes de España deben hacer y solicitar el negocio tan arduo que Dios les tiene puesto entre sus manos del llamamiento y conversión de las gentes, teniendo lo que es de Dios y salvación de almas por principal intento, y lo demás por accesorio, esperando como fieles cristianos en Jesucristo y en su palabra, que buscando primero el reino de Dios y su justicia, las demás cosas temporales les serán aumentadas y prosperadas, mucho mejor que si de propósito las pretendiesen. (Mendieta, 30.)

Cuán peligroso sea el descuido en este cargo que nuestros reyes tienen de llamar gentes a la cena del Señor.

El siervo que entendió la voluntad del Señor y fué descuidado en la cumplir, será castigado con muchos azotes, dice Cristo nuestro Redentor por San Lucas, apercibiendo y avisando con estas palabras al príncipe temporal, y al ministro eclesiástico, y al hombre cristiano, á quien fué encomendado regir alguna familia ó tener cargo de algunas ánimas. Y si á todos los que tienen ánimas á su cargo debe poner espanto esta terrible amenaza, ¿cuánto mas es justo que tema y ande la barba sobre el hombro quien tantos millones de ánimas ha tomado y tiene á su cargo, para dar cuenta de ellas, no solo quanto al gobierno temporal, mas también quanto al espiritual? y no ánimas como quiera, sino ánimas tan tiernas y blandas como la cera blanda, para imprimir en ellas el sello de cualquier doctrina, católica o errónea, y cualesquier costumbres buenas ó malas que les enseñaren; y gente sin defensa, ni resistencia alguna, para ampararse de cuantas opresiones y vejaciones que hombres atrevidos y malos cristianos les quisieren hacer, no teniendo mas de la defensa y amparo que su rey desde tan lejos les proveyere; y por el consiguiente, gente que necesita á tener vigilantísimo y continuo cuidado y memoria de mirar por ellos el príncipe y señor que los tiene á su cargo. (Mendieta, 27.)

Como objeción general a todas las interpretaciones espirituales de la conquista se ha aducido la crueldad, la avaricia y todo género de vicios de que dan muestra los actos de los españoles. Sin embargo, como objeción carece de validez, según muy bien lo sintieron los mismos cronistas. Mendieta, Oviedo, Gómara, Motolinía, en fin, todos censuran acremente los vicios y mal comportamiento de soldados, frailes y encomenderos; pero esto no les impide comprender que por encima de tantas fealdades existe un sentido de orden superior que le presta a la empresa su unidad y explica su motivación espiritual. También los libros de caballerías abundan en malandrines y gente soez y ruda, lo que en modo alguno los priva, antes bien, ello es lo que les da sentido en cuanto libros que expresan el alto ideal caballeresco.

La gran batalla que le dan las huestes españolas al poderío diabólico consiste en arrancarle creyentes. Por eso las expediciones militares no se limitan a vencer a los indios con las armas y a tomar posesión material de las ciudades y territorios. El capitán y aun cada uno de los soldados se creen obligados a predicar la fe. Son constantes las ocasiones en que vemos a Cortés en calidad de predicador y teólogo. Con la simplicidad de los tiempos heroicos y apoyado en la firme convicción de sus creencias les expone a los sacerdotes y señores indígenas los misterios de la fe y las primeras reglas de la vida cristiana. Estas también son batallas, batallas contra el demonio y que, al igual que en el caso de Esplandián y el gigante, son la ineludible y necesaria consecuencia que se sigue del contacto entre un caballero cristiano y un mundo de infieles. Pero la lucha contra Satanás toma a veces un aspecto mucho más directo. El caballero conquistador arremete físicamente contra el demonio, cuando éste le da ocasión. Ejemplo singular y paradigma de esta actitud nos lo proporciona aquel episodio en que Cortés se enfrenta en portentoso combate con un ídolo. Es el cronista y conquistador Andrés de Tapia quien nos ha dejado el relato de tan quijotesca y singular hazaña. Cortés subió a un templo y viendo la sangre de los sacrificios exclamó:

"¡Oh Dios! ¿por qué conscientes que tan grandemente el diablo sea honrado en esta tierra? e ha, Señor, por bien que en ella te sirvamos"; ... e tomó con una barra de hierro que estaba allí, e comenzó a dar en los ídolos de pedería; e yo prometo mi fé de gentilhomme, e juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, e se avalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo, e así le quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: "a algo nos hemos de poner por Dios". (Andrés de Tapia, 86.)

Gómara también, para sólo citar a uno más entre muchos, nos describe cómo Cortés derriba los antiguos dioses para substituirlos con el signo de la cruz y con la imagen de la Virgen María.

Como Cortés vio que estaban asegurados de su venida, y muy domésticos y serviciales, acordó de quitarles los ídolos, y darles la cruz de Jesucristo nuestro Señor, la imagen de su gloriosa Madre y virgen santa María; y para esto habló un día por la lengua que llevaba, la cual era un Melchor que llevara Francisco Hernández de Córdoba. Mas como era pescador, era rudo, o más de

veras simple, y parecía que no sabía hablar ni responder. Todavía les dijo que les quería dar mejor ley y Dios de los que tenían. Respondieron que mucho enhorabuena. Y así los llamó al templo, hizo decir misa, quebró los dioses, y puso cruces e imágenes de nuestra Señora, lo cual adoraron con devoción; y mientras allí estuvo no sacrificaron como solían. (Gómara, 68.)

Y que los españoles tuviesen a los ídolos por el demonio mismo no cabe duda. Incidentalmente puede decirse en este lugar que a ello se debe la absoluta ceguera que muestran los cronistas respecto a la poderosa expresión artística de los mexicanos en lo que toca a su arte religioso. Y hago este distingio, porque en el momento en que el español no ve al diablo agazapado, muestra su admiración sin límites por las obras de los artífices aztecas. Pero los ídolos, eso era otra cosa. Oigamos a Oviedo:

Y no he hallado en este generación cosa entre ellos mas antiguamente pintada ni esculpida ó de relieve entallada, ni tan principalmente acatada é reverenciada como la figura abominable é descomulgada del demonio, en muchas é diversas maneras pintado ó esculpido, ó de bulto ó con muchas cabeças é colas é disfores y espantables é caninas é feroçes dentaduras, con grandes colmillos, é desmesuradas orejas, con ençendidos ojos de dragón é feroz serpiente, é de muy diferenciadas suertes; y tales que la menos espantable pone mucho temor y admiración. Y esles tan sociable e común, que no solamente en una parte de la casa le tienen figurado, mas aun en los bancos, en que se assientan (que ellos llaman duho) á significar que no está solo el que se sienta, sino él é su adversario. Y en madera y de barro y de oro, é en otras cosas, cuantas ellos pueden, lo esculpen y entallan, ó pintan regañando e feroçissimo, como quien él es. Al qual ellos llaman çemí y á éste tienen por su Dios, y á este piden el agua, ó el sol, ó el pan, ó la victoria contra todos sus enemigos y todo lo que dessean; y pienssan ellos que el çemí se lo da, quando le place; e apareçiales fecho fantasma de noche.

...En esta isla española çemí, como he dicho, es el mismo que nosotros llamamos diablo. (Oviedo, I. 125.)

No se crea que para los españoles los ídolos eran una simple representación del diablo imaginada por los escultores aztecas. Para ellos el diablo estaba en constante comunicación sensible con sus fieles y les dictaba sus órdenes, origen de tanta abominable costumbre. Naturalmente el descubrimiento de América y los preparativos militares para la conquista no escaparon a la perspicacia de Satanás. Comprendió que su dominio corría grave riesgo y puso cuanto estaba de su parte

por conjurar el peligro. Así explican los cronistas la serie de portentos que anunciaron a Moctezuma el próximo fin de su reinado. Sin embargo, el demonio aconseja a Moctezuma la táctica que debe observar y es, por decirlo así, el general en jefe de su estado mayor.

Moteczuma hubo temor cuando supo la matanza y quema de Chololla, y dijo: "Esta es la gente que nuestro dios me dijo, que había de venir y señorear esta tierra"; y fuése luego a visitar los templos, y encerróse en uno, donde estuvo en oración y ayunó ocho días. Sacrificó muchos hombres para aplacar la ira de sus dioses, que estarían enojados. Allí le habló el diablo, y esforzándose que no temiese los españoles, que eran pocos, y que venidos haría de ellos a su voluntad, y que no cesase en los sacrificios, no le aconteciese algún desastre. (Gómara, I. 201.)

Empero como siempre porfiaba (Cortés) a verle y llegar a México, preguntó al diablo (Moctezuma) lo que haber debía sobre tal caso, después de haber tomado consejo con sus capitanes y sacerdotes. (Gómara, I. 202.)

Véase, pues, hasta qué punto la conquista es una guerra contra el diablo en persona. Los españoles no se cansan de decirnos cómo este espíritu estaba en constante comunicación con los indios; cómo los tenía sujetos y cómo llegaba hasta el muy humano extremo de amenazar a Moctezuma con abandonarlo si no seguía su consejo, tal como hoy en día un ministro poderoso amenaza a una débil nación en peligro.

Como el diablo se aparece.

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no a todos. Ofrecían cuanto tenían al que se le aparecía; aparecíaseles de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy a menudo y muy familiar, y los bobos tenían a mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían de su boca muchas cosas antes que aconteciesen, creían cuanto les decían; y por que él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traían pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez. (Gómara, II. 260.)

Estaban los yndios tan sujetos al demonio, que ninguna cosa hazian que no era por su orden y parecer y á él encomendada, y así creyan y tenían por fé, sin duda, los pronósticos, los quales tuvo Montezuma muy grandes de que abía de perder su reyno y señorío. (Suárez de Peralta, 85.)

La razón por la que Moctezuma ruega a Cortés salga de Tenochtitlán, es que:

...el diablo, como se le aparecía, puso muchas veces en corazón a Moteczuma que matase los españoles o los echase de allí, diciendo que si no lo hacía, se iría, y no le hablaría más, por cuanto le atormentaban y daban enojo las misas, el evangelio, la cruz y el bautismo de los cristianos. El le decía que no era bueno matarlos siendo sus amigos y hombres de bien; pero que les rogaría que se fuesen, y cuando no quisiesen, que entonces los mataría. A esto replicó el diablo que lo hiciese así, y que le haría grandísimo placer, que o se tenía de ir él o los españoles, pues sembraban la fé cristiana, muy contraria religión a la suya, que no se compadecían juntas entrambas. (Gómara, I. 272.)

Este mundo indígena en cuya vida tiene tan activa participación el diablo, es, con las diferencias del caso, el mismo mundo en que se desarrollan las acciones de los caballeros andantes. El diablo anda por todas partes, auxilia y aconseja a los enemigos del caballero y hasta tenemos el caso del sacrificio humano como lo practicaban los aztecas.

...iba Roberto por el monte como perro rabioso, dando gritos y bramidos muy grandes, renegando y escupiendo de toda la corte celestial, y maldiciendo padre y madre y parientes, y asimismo llamando á grandes voces los diablos del infierno, y ofreciales su cuerpo y ánima con cuanto tenía, y á ellos solamente pedía consejo y favor; y haciendo y diciendo tales cosas, salía muchas veces á un camino junto al monte, y si hallaba alguno, luego le mataba por valiente que fuesse, siendo hombre de grandes fuerzas y muy ligero y diestro en todo; y después de muerto, no contento con aquello, le había con sus manos y le sacaba el corazón. (*Roberto el Diablo*, 409.)

La intervención diabólica es frecuente en los libros de caballerías, muchas veces un caballero parte para combatir a los adoradores de Satanás; Roberto el Diablo es, hasta que no recibe la gracia santificante, fiel servidor del príncipe de las tinieblas, y en la crónica caballeresca del Santo Grial se nos relata de "Cómo el diablo engañó la donzella que se quería matar".

El espíritu caballeresco que anima la conquista se extiende hasta la actividad religiosa de los misioneros. Ellos también son caballeros andantes como a su modo los caballeros son misioneros. No llevan armas ni caballos, pero con las armas a lo divino a cuestras parten,

...para la guerra que habían de hacer al príncipe de las tinieblas, que tan apoderado y enseñoreado estaba en este Nuevo Mundo que los caballeros de Cristo venían a conquistar. (Mendieta, 203.)

Y el mandamiento con que el general de la orden despacha a los primeros doce franciscanos se concibe en una metáfora caballeresca, como también la actividad misionera.

Id, pues, hijos muy amados, con la bendición de vuestro padre á cumplir el mandamiento que os está impuesto: y armados con el escudo de la fe, con loriga de justicia, con espada de la divina palabra, con el yelmo de salud, y con lanza de perseverancia, pelead con la antigua serpiente, que procura de tener por suyas las ánimas redimidas con la preciosísima sangre de Cristo: y ganádlas para ese mismo Señor. (Mendieta, 206.)

... pues escribo historia verdadera y no forjada de mi cabeza, no profana sino eclesiástica, ni de capitanes del mundo sino celestiales y divinos que subgetaron con grandísima violencia al mundo, demonio y carne, y á los príncipes de las tinieblas y potestades infernales. (Mendieta, 208.)

¿Puede encontrarse algo más elocuente? Con seguridad no es casual la metáfora: caballeros a lo divino fueron los misioneros como caballeros andantes los capitanes. Con qué angustia, o mejor, con qué profundo sentido del honor caballeresco comprende Mendieta la obligación del misionero.

Entre los continuos trabajos que ocupan mi entendimiento en la priesa de los negocios que cada día se me ofrecen, este principalmente me solicita y congoja, de cómo por medio vuestro, hermanos carísimos, con el favor del Muy Alto, y á imitación del varón apostólico y seráfico padre nuestro San Francisco, procure yo con toda ternura de mis entrañas y continuos sollozos de mi corazón, librar de la cabeza del dragón infernal las ánimas redimidas con la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y que engañadas con la astucia de Satanás viven en la sombra de la muerte, detenidas en la vanidad de los ídolos, y hacerlas que militen debajo de la bandera de la Cruz, y que abajen y metan el cuello so el yugo dulce de Cristo. Porque de otra manera no podré huir el celo del sediento Francisco de la salud de las ánimas, que de día y de noche está dando aldabadas en la puerta de mi corazón con golpes sin cesar. (203.)

Lo que caracteriza la hazaña caballeresca y la distingue de otro tipo de hazañas es su singularidad. Cada hazaña se concibe como la mayor y absolutamente original. Así también para los conquistadores cada isla que ocupan, cada ciudad que toman, cada batalla que libran son empresas que se describen como las más dificultosas que jamás

hayan existido. No se trata de un puro afán de exageración; es que sin la convicción de la singularidad y grandeza de cada hazaña se perderá el sentido del ideal que la norma. La singularidad y portento no provienen propiamente de las dificultades externas, surgen del interior de la conciencia del caballero, pues siempre, so pena de incurrir en deshonor, en cada trance, pequeño o grande, esencial o accidental, se arriesga lo mismo, es decir, todo. La concepción de singularidad de héroe y de hazaña se percibe en los siguientes textos.

E Ydoart habló desta manera: "Muy poderoso señor Oliueros de Castilla, el mejor cauallero de todo el mundo, besa las manos de vuestra alteza e de la muy esclarecida señora Helena, e me mando que contasse a vuestra alteza lo que hauia passado después que saliera de Inglaterra. Mas ningun hombre mortal sería bastante para contar la tercia parte de sus grandes prohezaz, ni creo que jamas houo cauallero que tanto fiziesse por las armas como a el vi fazer; segun su grande saber e su crescida industria en los fechos de la guerra, era bastante con la poca gente que leuaua de conquistar todo el mundo. E, después de Dios, es vuestra alteza obligado al cauallero mas que a todas las personas del mundo, ca en seruicio de vuestra alteza ha conquistado por fuerça de armas los cinco reinos de Yrlanda e los reyes trahe presos a vuestra alteza". (*Oliveros*, 490.)

Y por que bastan los bienes que ya he propuesto que de nuestras heroicas conquistas han recrecido, quiero decir que miren las personas sabias y leídas estas mi relación desde el principio hasta el cabo, y verán que ningunas escrituras que estén escritas en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros, los verdaderos conquistadores, para nuestro rey y Señor; y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mi me tenían en la cuenta de ellos (*Bernal Díaz*, III. 237.)

... Ella (la empresa) fué una en la vida y no más, que primero que se halle otro México y su tierra, nos veremos los pasados y los presentes juntos, en cuerpo y anima, delante del Señor. (*Suárez de Peralta*, 156.)

También sé que otros grandes señores, como fué el almirante de Castilla, y el Duque de Bejar, y el conde de Aguilar, dijeron a los mismos caballeros que habían puesto en platicas que era muy braboso el blasón de la culebrina: "No se maravillen que Cortés ponga aquel escrito en el tiro; veamos ahora, en nuestros tiempos, ¿[ha] habido capitán que tales hazañas y que tantas tierras haya ganado, sin gasto y sin poner en ello su Majestad cosa ninguna, y tantos cuentos de gentes se hayan convertido a nuestra santa fe?; y además de esto, no solamente él, sino los soldados y compañeros que tiene, que le ayu-

daron a ganar una tan fuerte ciudad y de tantos vecinos, y de tantas tierras, son dignos de que Su Magestad les haga muchas mercedes; por que si miremos en ello, nosotros de nuestros antepasados que hicieron heroicos hechos y sirvieron a la corona real y a los reyes que en aquel tiempo reinaron, como Cortés y sus compañeros han hecho, lo heredamos, y nuestros blasones y tierras y rentas". (Bernal Díaz, II. 413.)

Miran los curiosos lectores si esto que escribo (entrada a México) si había bien que ponderar en ello ¿qué hombres [ha] habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen? (Bernal Díaz, I. 310.)

El rasgo característico y constitutivo de la hazaña caballeresca como algo singular y único revela todo un complejo que es el ideal caballeresco. Si es cierto que la hazaña es algo singular y como quien dice fuera de lo natural, el llevarla a feliz término no depende, ni puede, exclusivamente del valor, virtud y brazo del caballero. Siempre encontramos que el caballero andante, pese a los éxitos en anteriores aventuras, se considera con humildad y en el fondo sabe que sus fuerzas son insuficientes. Tenemos aquí la razón poderosa por la cual la caballería andante es un extremo opuesto al movimiento de reforma y en general al mundo moderno, cuyas premisas son la confianza en la propia razón, es decir, en las propias fuerzas. El caballero andante, por el contrario, sabe que no es nadie ante los peligros y de este modo encontramos que para comprender el complejo sentido de la hazaña caballeresca es necesario admitir, por una parte, la intervención divina, pero por otra parte, la incertidumbre en el desenlace. El caballero se entrega a la hazaña como el santo a la meditación. No es que siempre aparezca un ángel que venga a la ayuda del caballero, ni que toda hazaña suponga un milagro. Lo fundamental es que en el estado de ánimo del caballero, como también del conquistador, siempre existe la convicción de que sin el favor divino todo es inútil, lo cual no quiere decir que crea que Dios está obligado a garantizar el éxito de la empresa. Así se conjuga en el ideal caballeresco lo divino y lo humano, sin que este orden deje de ser humano al calor de tanto favor divino. Esplandián y Amadís reflejan este complejo como claramente se desprende de las citas siguientes:

Y el otro, cuando así lo vió tan grande y tan bien armado dijo: "Señor Jesucristo, ayúdame contra diablo enemigo tuyo, que sin ti poca para la empecer bastaría mis fuerzas". (*Esplandián*, 410.)

Por Dios, dijo Amadís, pues ese traidor busco yo. —Cierto, dijo el ermitaño, él ha hecho mucho mal en esta tierra, e Dios saque tan mal hombre del mundo, o lo emiende; mas ¿no traéis otra ayuda? —No, dijo Amadís, sino la de Dios. (*Amadís*, 176.)

Igual cosa puede documentarse en las crónicas; pero es asunto tan patente para quien tenga el más superficial conocimiento de ellas, que bastará una pequeña cita de Oviedo que sirva para ilustrar la identidad en este punto entre conquistadores y caballeros.

El tercer capitán (que hubo en la conquista de la isla Borinquen) fue Luys de Almansa. A estos tres capitanes fueron consinados cada treynta hombres, é los mas dellos coxos y enfermos; pero sacaban fuerças y esfuerço de su flaqueça, por que no tenían otro remedio sino el de Dios y de sus manos. (Oviedo, 474.)

A lo mismo responde la frecuentísima invocación en labios de los conquistadores del favor de Nuestra Señora y de los santos y particularmente de Santiago que es santo caballero andante.

E como esto vió el dicho alguacil mayor y los españoles, determinaron de morir o subilles por fuerza a lo alto del pueblo, y con el apellido de Señor Santiago comenzaron a subir. (*IIIª Carta de Relación*, 202.)

Poco a poco hemos construido el perfil común a conquistador y caballero andante. Encontramos primero que en la mente de los conquistadores hay una presencia de los caballeros; vimos después una comunidad de intenciones para ambos géneros. Comprobamos la semejanza en las formas de expresión, en el ambiente de maravillas, en el escenario de la vida, en el sentido providencial que rige a unos y otros, en la convicción de que ambos ejecutan hazañas en venganza de algún agravio, en el sentimiento de la singularidad de la aventura y, por último, en la invocación del auxilio de la divinidad, sin el cual no puede realizarse nada.

Resulta claro que el personaje en quien encarna el ideal caballeresco, ya sea ente de la imaginación, ya hombre de carne y hueso, no puede ser un hombre común y corriente, sino que su perfil tendrá rasgos que rompen el marco habitual de lo humano. El caballero an-

dante, personaje que por ficticio está más necesitado de cuerpo, vivirá en la novela como un hombre excepcionalmente bello y fuerte. El conquistador en cambio, hombre al fin y al cabo, necesitará con más urgencia las perfecciones del alma. Y así como el novelista no es parco en el dar a su caballero los atributos de la perfección física, tampoco el cronista lo será en la idealización de los capitanes de Indias a lo terrestre y a lo divino. El cronista y caballero Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés describe a los capitanes españoles como grandes, singulares y esforzados caballeros, y es curioso que en este enemigo tan particular de los libros de caballerías sea donde mejor se advierte, sobre todo cuando trata de los personajes, la profunda huella que dejaron en su espíritu el *Claribalte* y la lectura de quién sabe cuántas "abominables patrañas". Lo cierto es que su libro es una espesa selva de caballeros andantes.

Léase la descripción (I, 59) que hace de la guerra contra el cacique Caonabo, exterminado por el "valiente soldado y esforzado caballero, é no menos prudente capitán" Alonso de Hojeda. Cuando relata (I, 79) la acción heroica de Diego Méndez por salvar al Almirante, sin duda encontramos el hecho histórico, pero agigantado por la caballeresca imaginativa del cronista. Al describir a Nicolás de Ovando ¿no nos está haciendo el panegírico del mismo rey Lisuarte?

Por tanto digase agora que persona fue este subcessor en la gobernación y que manera tuvo en el cargo é oficio en tanto que acá estuvo. Por cierto, segund lo que a muchos testigos fidedignos he oydo é a los muchos que hoy hay que dicen lo mismo, nunca hombre en estas Indias le ha fecho ventaja, ni mejor exercitado las cosas de la buena gobernación y tuvo en si todas aquellas partes que mucho deben estimar los que gobiernan gente; porque el era muy devoto é gran christiano é muy limosnero é piadoso con los pobres; manso y bien hablado con todos; é con los desacatados tenía la prudencia é rigor que convenía; a los flacos é humildes favorecía é ayudaba, é a los soberbios altivos mostraba la severidad que requería aver con los transgressores de las leyes reales. Castigaba con la templanza é moderación que era menester y tenido en buena justicia esta isla, era de todos amado é temido. E favoreció a los indios mucho; é a todos los cristianos, que por acá militaban debaxo de su gobernación, tracto como padre é a todos enseñaba a bien vivir: como caballero religioso y de mucha prudencia tuvo la tierra en mucha paz e sosiego. (Oviedo, I, 89.)

Para que se vea mejor la tesis que vengo sosteniendo es necesario *incurrir una vez más en citas extensas y por eso transcribiré a continuación el relato que nos ha dejado Oviedo de la hazaña de don Diego Salazar, que, como se verá, encajaría perfectamente en el libro de Amadís sin cambiarle ni punto ni coma.*

E así cómo dieron de súbito ovieron lugar de pegar fuego al pueblo é mataron algunos christianos, é no quedára ninguno con la vida, sino fuera por un hidalgo que en aquella villa vivia llamado Diego de Salazar: el qual demas de ser muy devoto de la madre de Dios y de honesta vida, era muy animoso hombre y de grande esfuerço. Y cómo vido la cosa en tan mal estado é á punto de se perder todos los christianos que quedaban allí, los acaudilló é puso tan buen coraçón en los que estaban ya quassi vencidos, que por su denuedo é buenas palabras, los esfuerço é persuadió á que con gran ímpetu é osadia, como varones, se pusiessen á la resistencia; é assi lo hicieron, y pelearon él y ellos contra la multitud de los enemigos, de tal manera que los resistió, é como valeroso capitán á vista de los contrarios, recogió toda la gente de los christianos que avian quedado é los llevó á la villa de Caparra, donde estaba el capitán Johan Ponçe de Leon, que como he dicho ya era gobernador de la isla: é todos los que allí fueron, dixeron que despues de Dios, Diego de Salazar les avia dado las vidas. Quedó desto tanto espanto en todos los indios, y en tanta reputaçion con ellos la persona de Diego de Salazar, que le temían como al fuego, porque en ninguna manera podían creer que oviesse hombre en el mundo tan digno de ser temido. Verdad es que antes de esto ya el mesmo Diego de Salazar avia hecho otra experiència de su persona con los indios, é tan grande que si ellos penssaran hallarle en la villa de Soto Mayor, no osáran yr allí, aunque como he dicho eran mas de tres mill. Pero por que passemos á lo demas, pues se ha tocado del esfuerço é persona deste hidalgo, diré otro caso muy señalado dél, donde ovo principio la reputaçion é concepto en que los indios le tenían, é porqué le temían fué esta la causa. Un caçique que se decía del Aymanio tomó á un mançebo christiano, hijo de un Pero Xuárez de la Cámara, natural de Medina del Campo, é atólo, é mandó que su gente lo jugasen al batey (que es el juego de la pelota de los yndios), é que jugado, los vencedores lo matassen. Esto sería hasta tres meses antes de lo que tengo dicho que hicieron en la poblaçion de la villa de Sotomayor; y en tanto que comían los yndios, para despues en la tarde haçer su juego de pelota, como lo tenían acordado sobre la vida del pobre mançebo, escapóse un muchacho, indio naboria del preso Pero Xuárez, é fuesse huyendo á la tierra del caçique Guarionex, donde en esta saçion estaba Diego de Salazar; é como el muchacho lloraba, pesándole del trabaxo é muerte en que dexaba a su señor, el Salazar le preguntó que dónde estaba su amo, y el indio le dixo lo que passaba: é luego el Salazar se determinó de yr allí á morir ó salvarle, si pudiesse; mas el muchacho temiendo no quería volver ni guiarle. Entonçes Diego Salazar le amenazó é dixo que

lo mataria, si no yba con él y le enseñaba donde tenían los indios á su amo; de manera que ovo de yr con él, é llegado cerca de donde estaban, esperó tiempo para que no le viessem hasta que diesse en los yndios. Y entró en un caney ó buñío redondo, á donde estaba atado el Xuárez, esperando que acabassen los indios de comer para lo jugar é jugado lo matar; y prestamente Diego de Salazar le cortó las ligaduras conque estaba atado, e díxole: "Sed hombre é haçed como yo". E començó a dar por medio de tresçientos indios gandules o más con una espada é una rodela, matando é hiriendo con tan gentil osadía y efeto, como si huviera allí otros tantos christianos, en su favor, é hizo tanto estrago en los indios, que aunque eran hombres de guerra, á mal de su grado le dexaron yr con el dicho Xuárez; porque como Diego de Salazar hirió muy mal á un capitán de la mesma casa, donde aquesto passó, los otros desmayaron en tanta manera que el Salazar y el Xuárez salieron de entre ellos, segund es dicho. Y despues que estuvo bien apartado de los contrarios enviaron tras él mensajeros, rogándole que quissiese volver, porque le querian mucho por ser tan valiente hombre, é que le querian contentar é servir en quanto pudiesen. El qual, oyda la embaxada, aunque de gente tan barbara é salvaje, determinó de volver á saber qué le querian los yndios; mas el compañero, como hombre que tal trance é tan al cabo de la vida se avia visto, no era del pareçer que volviessen: antes se hincó de rodillas delante de Salazar é le pidió é rogó que por amor de Dios no tornasse, pues sabian que eran tantos indios, y ellos dos solos no podian sino morir, é que aquello era ya tentar á Dios y no esfuerço ni cosa de se haçer. E Diego de Salazar le respondió é dixo: "Mirad Xuárez, si vos no quereys volver conmigo ydos en buen hora que en salvo estays; mas yo tengo de volver é ver que quieren estos indios y no han de pensar que por su temor los dexo". Entonçes el Xuárez no pudo haçer otra cosa, sino tornar con él, aunque de mala voluntad; pero como era hombre de bien é tenía la vida por causa del Salazar, acordó de le seguir é la tornar a peligro en compañía de tan osado varon, é que tambien meneaba el espada. Y tornaron juntos, é hallaron muy mal herido al capitán de los indios; e Diego de Salazar le preguntó qué queria, y el capitán ó caçique le dixo que le rogaba que le diesse su nombre é con su voluntad oviese por bien que le llamasen Salazar como á él, é que queria ser su amigo perpétuo, é le queria mucho: é Diego de Salazar dixo que le plaçia que se llamasse Salazar, como él. E assi luego sus indios le començaron a llamar *Salazar, Salazar*; como si por este consentimiento se le invistiera la mesma habilidad y esfuerço del Diego de Salazar. . .

Desde entonçes fué tan temido de los indios Diego de Salazar que, quando algund christiano los amenaçaba, respondían: "Piensas tú que te tengo de temer como si fueses Salazar".

Viendo pues Johan Ponce de Leon, que gobernaba la isla, lo que este hidalgo avia hecho en estas dos cosas tan señaladas que he dicho, le hizo capitán entre los otros christianos é hidalgos que debaxo de su gobernación militaban, y otros fueron mudados; é aunque despues ovo mudanças de gobernadores, siempre Diego de Salazar fue capitán, é tuvo cargo de gente hasta

que murió del mal de las buas. E aunque estaba muy doliente, lo llevaban con toda su enfermedad en el campo, é do quiera que yban á pelear contra los yndios; porque de hecho pensaban los indios que ni los christianos podian ser vencidos ni ellos venger dónde el capitan Diego Salazar se hallasse, é lo primero de que se informaban con toda deligencia era saber si yba con los christianos este capitan. En la verdad fue persona, segund lo que á testigos fidedignos y de vista yo é oydo, para le tener en mucho; porque demas de ser hombre de grandes fuerças y esfuerço, era en sus cosas muy comedido é bien criado, é para ser estimado doquiera que hombre oviessi, é todos le loan de muy devoto de Nuestra Señora. Murió despues de aquel trabajoso mal que he dicho, haçiendo una señalada é paciente penitencia, segund de todo esto fuy informado en parte del mesmo Johan Ponçe de Leon y de Pero Lopez Angulo y de otros caballeros é hidalgos que se hallaron presentes en la isla, en la mesma saçon que estas cosas passaron, y aun les cupo parte destos é otros muchos trabajos. (Oviedo, I. 470.)

El proceso idealizador que es rasgo característico de todas las crónicas de Indias, nos introduce en un mundo tan exaltado y heroico, tan milagroso y portentoso como el mundo de las novelas. Los capitanes, los soldados, los frailes y aun los indios se comportan como personajes de novela y dicen y adoptan actitudes heroicas en que siempre se habla de Dios, del rey y del honor personal.

El cronista Gómara, pone en boca de los indios tlaxcaltecas, las siguientes palabras:

"¿Qué gente poca y loca es ésta que nos amenaza sin conocernos, y se atreve a entrar en nuestra tierra sin licencia y contra nuestra voluntad? No vamos a ellos tan presto; dejémosles descansar, que tiempo tenemos de los tomar y atar. Enviémosles de comer, que vienen hambrientos, no digan después que los tomamos por hambre y de cansados". Y así, les enviaron luego trescientos gallipavos y doscientas cestas de bollos de centli, que es su pan ordinario, que pesaban más de cien arrobas; lo cual fué gran refrigerio y socorro para la necesidad que tenían. De allí a poco dijeron: "Vamos a ellos que ya habrán comido y comerémoslos, pagaránnos nuestros gallipavos y nuestras tortas, y sabremos quien les mandó entrar acá; y si es Moteczuma, venga y líbrelos; y si es su atrevimiento, lleven el pago".

Estos y semejantes fieros y liviandades hablaban entre sí unos con otros, viendo tan poquitos españoles delante, y no conociendo aún sus esfuerzos y coraje. Aquellos cuatro capitanes enviaron luego hasta dos mil de sus muy esforzados hombres y soldados viejos al real, a tomar los españoles sin hacerles mal; y si armas tomasen y se les defendiesen, que los atasen y trajesen por fuerza, o los matasen; mas ellos no quisieran, diciendo que ganarían poca hon-

ra en tomarse todos en tan poca gente. Los dos mil pasaron la barranca, y llegaron a la torre osadamente. Salieron los de caballo y tras ellos los de pié; y a la primera arremetida les hicieron conocer cuánto cortaban las espadas de hierro; a la segunda les mostraron para cuánto eran aquellos pocos españoles que poco antes ultrajaban; y a la otra les hicieron huir gentilmente los que ellos venían a prender. No escapó hombre de ellos, sino los que acertaron el paso de la barranca. (Gómara, I. 164.)

La plática que tiene Cortés con sus soldados antes de acudir al llamado de Moctezuma y la respuesta que le dieron, nos muestran la voluntad de morir por Dios, por el rey y por el honor de la empresa.

"...Señores y amigos, Moteczuma me llama; no es buena señal, habiendo pasado lo del otro día; yo voy a ver qué quiere; estad alerta, y la barba en la cebadera, por si algo intentaren estos indios; encomendaos mucho a Dios, acordaos quien sois, y quien son estos infieles hombres, aborrecidos de Dios, amigos de diablo, con pocas armas y no buen uso de guerra; si hubiéremos de pelear, las manos de cada uno de nosotros han de mostrar con obra y por la propia espada el valor de su ánimo; y así, aunque muramos quedaremos vencedores, pues habremos cumplido con el oficio que traemos, y con lo que debemos al servicio de Dios como cristianos, y al de nuestro rey como españoles, y en honra de nuestra España y defensa de nuestras vidas".

Respondiéronle: "Haremos nuestro deber hasta morir, sin que temor ni peligro lo estorben, que menos estimamos la muerte que nuestro honor". (Gómara, I. 275.)

Los primeros religiosos franciscanos que pasan a la Nueva España, a manera de caballeros andantes, vienen dispuestos a luchar en nombre de Cristo y a ofrendar la vida en caso necesario.

Divulgóse en breve esta novedad tan nueva del nuevo mundo descubierta, y de tantas y tan nuevas gentes, por todos los reinos de la cristiandad, y de todos ellos hubo muchas personas religiosas que se ofrecieron á Dios en sacrificio, deseando pasar en estas partes para predicar á los indios infieles, y si menester fuese, morir en la demanda. (Mendieta, 187.)

En Bernal Díaz encontramos la misma tendencia idealizadora que se manifiesta en las alabanzas prodigadas a los heroicos hechos realizados por los españoles.

Y Dios ha servido de guardarme de muchos peligros de muerte, así en este trabajoso descubrimiento como en las muy sangrientas guerras mexicanas.

Y doy a Dios muchas gracias y loores por ello, para que diga y declare lo acaecido en las mismas guerras, y, demás de esto, ponderen y piénsenlo bien los curiosos lectores, que siendo yo en aquel tiempo de obra de veinte y cuatro años, y en la isla de Cuba el gobernador de ella, que se decía Diego Velázquez, deudo mío, me prometió que me daría indios de los primeros que vacasen, y no quise aguardar a que me los diesen; siempre tuve celo de buen soldado, que era obligado de tener, así para servir a Dios y a nuestro rey y señor, y procurar de ganar honra, como los nobles varones deben buscar la vida, e ir de bien en mejor, no se me puso por delante la muerte de los compañeros que en aquellos tiempos nos mataron, ni las heridas que me dieron, ni fatigas ni trabajos que pasé y pasan los que van a descubrir tierras nuevas, como nosotros nos aventuramos, siendo tan pocos compañeros, entrar en tan grandes poblaciones llenas de multitud de belicosos guerreros. Siempre fui adelante y no me quedé rezagado en los muchos vicios que había en la isla de Cuba, según más claro verán en esta relación... (Bernal Díaz, I. 51.)

Y el capitán Cortés respondía que ya no podíamos hacer otra cosa, porque siempre nuestra demanda y apellido fue ver a Montezuma, y que por demás eran ya otros consejos. Y viendo que tan determinadamente lo decía y sintieron los del contrario parecer que muchos de los soldados le ayudamos a Cortés de buena voluntad con decir "adelante en buena hora". No hubo más contradicción. Y los que andaban en estas pláticas contrarias eran de los que tenían en Cuba haciendas, que yo y otros pobres soldados ofrecido teníamos siempre nuestras ánimas a Dios, que las crió, y los cuerpos a heridas y trabajos hasta morir en servicio de nuestro Señor Dios y de Su Majestad... (Bernal Díaz, I. 271.)

El estudio particular de una de las grandes figuras de la conquista acabará de mostrar el paralelo entre caballero y conquistador. Elijo como más de mi gusto la figura de Hernán Cortés el conquistador de México y conquistador de Indias por excelencia. Veremos que a semejanza del caballero andante en el Cortés literario de las crónicas, que es el que existe, porque el otro averigüen Francisco de la Maza y demás profanadores dónde está, concurren todas las notas del perfil histórico del caballero andante: la gentil figura, el donaire, el desinterés, la largueza, la gallardía, la bondad de corazón, la humanidad, la prudencia, la piedad, la justicia y sobre todo la fe, la honra y el valor.

La idealización del aspecto físico de Cortés alcanza su más alta expresión en Solís, que es algo así como el Joinville respecto a San Luis de Francia. Era Cortés, según su cronista, "de gentil presencia y agradable rostro", y después de enterarnos de la imagen que nos ha

dejado Solís del conquistador de México vemos que concuerda admirablemente con esas figuras un poco floridas y preciosistas de los caballeros imaginados. Hay en ambos un no sé qué de sota de espadas.

Ya a la altura de Solís, Cortés es poco menos que perfecto, como poco menos que perfectos son los caballeros andantes, y si bien es cierto que la figura ideal del conquistador va haciéndose cada vez más prosaica a medida que progresa la también prosaica ciencia de la historia, no dejan de existir algunos destellos de aquella figura iluminada en la erudita prosa de un Pereyra, por ejemplo.

Igual cosa acontece respecto a la figura moral del conquistador. Cada cronista, siguiendo su especial temperamento, va subrayando en Cortés la virtud o cualidad que le parece más sobresaliente, de tal manera que a la larga y en conjunto, Cortés acumula en su persona todos los rasgos definitivos del andante caballero.

Suárez de Peralta hace resaltar el alto sentido que tenía Cortés del honor, y Gómara nos hace el inventario de las virtudes caballerescas de Cortés, gracias a las cuales fué nombrado, con notoria ventaja para la empresa, Justicia mayor y Capitán General.

Hernando Cortés le besó las manos (a Diego Velazquez) y se fué, confiado en la palabra del gobernador, y llegado á su casa le fueron luego á ver amigos suyos, á quien contó lo que le abía pasado con Diego Velazquez; los cuales le aconsejaron que ni por pienso se presentase ni metiese en la cárcel, porque el adelantado le abía dicho aquellas palabras para aseguralle, y después de tenídole en la cárcel, ahorcalle, porque lo deseaba muy muncho; y que mirase lo que hazia. El les respondió, qué fiaba en la palabra de Diego Velazquez, que era caballero, y quando la faltase, que más perdía él en faltar de su palabra qué en perder la vida; qué se la abía dado de yrse á la cárcel, y que abía de yr y no faltar el primero de su palabra: y con esto se vistió y se fué con sus amigos y cuñado á la cárcel y se presentó en ella. (Suárez de Peralta, 60.)

Y entre ellos acordaron (los soldados de la expedición) hacer su capitán y justicia mayor al mismo Fernando Cortés, y darle poder y autoridad para lo que tocase a la guerra y conquista, entre tanto que el emperador otra cosa acordase y mandase; y así, que con este acuerdo, voluntad y determinación, fueron luego otro día a Cortés, todo junto el regimiento y concejo, y le dijeron como ello tenían necesidad, entre tanto que el emperador otra cosa proveía o mandaba, de tener un caudillo para la guerra, y que siguiese la conquista y entrada por aquella tierra, y que fuese su capitán, su cabeza, su justicia mayor, a quien acudiesen en las cosas arduas y dificultosas, y en las diferencias que ocurriesen; y que pues esto era necesario y cumplidero, así al pueblo como al ejército, que

mucho le rogaban y encargaban que lo fuese él, pues en él concurrían mas partes y calidades que en otro ninguno, para los regir y mandar y gobernar, por la noticia y experiencia que tenía de las cosas, después y antes que le conociesen en aquella jornada y flota; y que así se lo requerían, y si menester era, se lo mandaban, porque tenían por muy cierto que Dios y el rey serían muy bien servidos que él aceptase y tuviese aquel cargo y mando; y ellos recibirían buena obra, y quedarían contentos y satisfechos que serían regidos con justicia, tratados con humildad, acaudillados con diligencia y esfuerzo, y que para ello todos ellos la elegían, nombraban y tomaban por su capitán general y justicia mayor, dándole la autoridad posible y necesaria, y sometién dose debajo de su mano, jurisdicción y amparo. (Gómara, I. 117.)

En estas citas encontramos un Cortés experimentado en las armas, justo, humilde, diligente, esforzado, que amparará a los soldados y en quien "concurrén más partes y calidades que en ningún otro". En cuanto al esfuerzo, valentía y presencia de ánimo del conquistador, muchos son los ejemplos que de ello nos proporcionan las crónicas. Las narraciones se interrumpen frecuentemente, como en los libros de caballerías, para dedicar al héroe exaltadas alabanzas. Cuando le dan noticia a Cortés del poderío de Moctezuma, y por consecuencia se le hacen ver los terribles contratiempos que sufrirá y las dificultades e inconvenientes de la marcha, Gómara nos dice que:

...oyendo aquello (Cortés), que a muchos valientes desmayara, no mostró punto de cobardía, sino que cuantas más maravillas le decían de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le ponían de ir a verlo. (Gómara, I. 155.)

La osadía y temeridad de Cortés, nos la pinta Andrés de Tapia al consignar el común decir de los soldados:

"Si el capitán quisiere ser loco e irse donde lo maten, vayase solo, e no lo sigamos"; e otros dicen que si le siguiesen había de ser como Pedro Carbonero, que por entrarse en tierra de moros a hacer alto, se había quedado él y todos los que con él iban e habían sido muertos. (Andrés de Tapia, 68.)

A propósito de la prisión de Moctezuma por Cortés, Gómara admirado nos dice:

Nunca griego ni romano ni de otra nación, después que hay reyes, hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender a Moctezuma, rey poderosísimo, en

su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros. (I. 250.)

En medio de las más crueles batallas, Cortés siempre tiene presente a sus soldados y vela por ellos; les infunde ánimo, y cuando alguno del grupo flaquea, les recuerda que están al servicio de Dios y peleando contra el demonio.

Ayudólos también mucho el esfuerzo y consuelo de Cortés, que aunque iba en la delantera con los caballos peleando y haciendo lugar, volvía de cuando en cuando a concertar el escuadrón y animar su gente. (Gómara, I. 161.)

Dijéronselo a Cortés, y él sin mirar que estaba purgado, cabalgó y salió con los suyos al encuentro, y peleó con los enemigos todo el día hasta la tarde. Retrújolos un grandísimo trecho, y tornose al real, y al otro día purgó como si entonces tomara la purga. No lo cuento por milagro, sino por decir lo que pasó, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, y siempre el primero que se hallaba a los encuentros con los enemigos; y no solamente era, que raro acontece. buen hombre por las manos, pero aún tenía gran consejo en lo que hacía. Habiendo pues purgado y descansado aquellos días, velaba de noche el tiempo que le cabía, como cualquier compañero, y siempre acostumbraba; y no era peor por eso, ni menos amado de los que con él andaban. (Gómara, I. 171.)

... súpitamente dió en los caballos una manera de torzón, que se caíen en el suelo sin poderlos menear; e el primero que se cayó e se lo dijeron al marqués, dijo: "Pues vuélvase su dueño con él al real"; e al segundo dijo lo mismo, e comenzámosle a decir algunos de los españoles: "Señor, mira que es mal pronóstico, e mejor será que dejemos amanecer; luego veremos por dó vamos". El dicio: "¿Por qué miráis en agüeros? No dejaré la jornada, porque se me figura que della se ha de seguir mucho bien esta noche, e el diablo por lo estorbar pone estos inconvenientes." (Andrés de Tapia, 65.)

De cada batalla que libra Cortés, se dice que peleó más animosamente que en las anteriores, que el número de enemigos era más crecido, que no hay capitán que se le iguale en el mundo, ni hazaña más brillante que la realizada.

La descripción que hace Gómara de la batalla de Otumba, ilustrará lo que digo.

Cortés, que andaba a una otra parte confortando los suyos, y que muy bien veía lo que pasaba, encomendóse a Dios, llamó a San Pedro, su abogado,

arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiólos, llegó al que traía el estandarte real de México, que era capitán general, y dióle dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendón, abatieron las banderas en tierra y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendón. Cobraron los nuestros coraje, siguiéronlos a caballo, y mataron infinitos de ellos; tantos dicen, que no los oso contar. Los indios eran doscientos mil, según afirman, y el campo do esta batalla fué se dice de Otumpan. No ha habido más notable hazaña ni victoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear ese día a Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró a todos. (Gómara, I. 316.)

Gómara, al igual que el novelista de caballerías, jamás deja de alabar al conquistador; así, al terminar cualquier relato, hace comentarios de este estilo:

Espanta la diligencia que en todas sus cosas Cortés ponía y cuán vivo estaba siempre. (Gómara, III. 157.)

El sentido de la singularidad de la hazaña y de la excepcionalidad del hombre que la realiza, rasgo esencial de la aventura caballeresca, se encuentra bien expresado en aquellas palabras memorables que Bernal Díaz pone en boca de Pánfilo de Narváez.

"Señor capitán: ahora le digo de verdad, que la cosa que menos hizo vuestra merced y sus valerosos soldados en esta Nueva España fué desbaratar-me y prenderme a mí, aunque trajera mayor poder del que traje, pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado y sujetado al servicio de Dios y de nuestro señor emperador, y puédese vuestra merced alabar y tener en tanta estima que yo así lo digo, y lo dirán todos los capitanes muy nombrados que el día de hoy son vivos, que en el Universo se puede anteponer a los muy afamados e ilustres varones que (ha) habido, y otra tan fuerte y mayor ciudad como esta de México no la hay, y es digno que (a) vuestra merced y sus soldados Su Majestad les haga muy crecidas mercedes." Y le dijo otras muchas alabanzas, y son verdaderas. Y Cortés le respondió que nosotros no eramos bastantes para hacer lo que estaba hecho, sino la gran misericordia de Dios, que siempre nos ayudaba, y la buena ventura de nuestro César. (Bernal Díaz, II, 298.)

Bernal Díaz también nos relata la conversación que acerca de Cortés tienen Francisco de Garay y el propio Narváez, que como verá

el lector, tiene por fin esencial poner en relieve la valentía de Cortés y de su hueste:

...medio riendo, le dijo Narváez: "Señor adelantado don Francisco de Garay: hánme dicho ciertos soldados de los que se les han venido huyendo y amotinados que solía decir vuestra merced a los caballeros que traía en su armada: Mirad que hagamos como varones y peleemos muy bien con estos soldados de Cortés, no nos tomen descuidados como tomaron a Narváez; pues, señor don Francisco de Garay, a mi peleando me quebraron este ojo y me robaron y quemaron cuanto tenía, y hasta que me mataron el alférez y muchos soldados y prendieron mis capitanes nunca me habían vencido tan descuidado como a vuestra merced le han dicho; hágalo saber que otro más venturoso hombre en el mundo no [ha] habido que Cortés, y tiene tales capitanes y soldados que se podían nombrar tan en ventura cada uno, en lo que tuvo entre manos, como Octaviano, y en el vencer como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas, más que Aníbal". Y Garay respondía que no había necesidad que se lo dijesen, que por las obras se veía lo que decía; que, ¿qué hombre hubo en el mundo que con tan pocos soldados se atreviese a dar con los navíos al través y meterse en tan recios pueblos y grandes ciudades a darles guerra? Y respondía Narváez recitando otros grandes hechos y loas de Cortés, y estuvieron el uno y el otro platicando en las conquistas de esta Nueva España como a manera de coloquio. (Bernal Díaz, II, 336.)

Al entrar Luis Ponce de León en México le dice a Cortés, según Bernal, que tenía por cierto:

...no haber habido capitán en el Universo que con tan pocos soldados haber ganado tantas tierras, ni haber tomado tan fuerte ciudad. (Bernal Díaz, III, 107.)

Pero al igual que acontece con el novelista del caballero andante, el cronista comprende que todas estas virtudes guerreras y morales del perfil de Cortés no tendrían el alto sentido que debe concedérseles si su finalidad no estuviera encaminada a una meta de orden superior. La salvación de las ánimas de los indios y la liberación del imperio que ejerce Satanás en las Indias constituyen aquella meta. Todo el esfuerzo del conquistador, su osadía, su constancia, su generosidad se encauzan en la batalla contra lo que representan los ídolos y aun contra estos mismos. Cortés comprende, como buen caballero andante que era, que es necesario el auxilio divino, y por eso, además de poner el patrocinio de su empresa en Nuestra Señora, en Santiago o en San

Pedro, le pide reiteradamente al Emperador el envío de misioneros. En sus cartas por lo general tan medidas y poco apasionadas, el conquistador se enardece cuando toca el punto relativo a la conversión de los indios. A mí, por lo menos, se me hace patente el sufrimiento y amargura de Cortés al contemplar todo este imperio, estas tierras que tanto amaba, en manos del demonio. Cuántas veces, en arranques de furia incontenida, con peligro de su vida y la de sus compañeros, sube a lo alto de los templos y derriba los ídolos para plantar la cruz. Cuando le hacen notar su temeridad y lo inútil que es poner en peligro la empresa con esos arranques, cambia su actitud airada, por ingenuos razonamientos y explicaciones de la religión cristiana. Oigámoslo:

Vean vuestras reales majestades si deben evitar tan gran mal y daño, y si cierto Dios Nuestro Señor será servido si por mano de vuestras reales altezas estas gentes fuesen introducidas y instruídas en nuestra muy santa fe católica, y conmutada la devoción, fe y esperanza que en estos sus ídolos tienen, en la divina potencia de Dios; porque es cierto que si con tanta fe y fervor y diligencia a Dios sirviesen, ellos harían muchos milagros. Es de creer que no sin causa Dios Nuestro Señor ha sido servido que se descubriesen estas partes en nombre de vuestras altezas reales, para que tan gran fruto y merecimiento de Dios alcanzasen vuestras majestades mandando informar y siendo por su mano traídas a la fe estas gentes bárbaras que, según lo que dellos hemos conocido, creemos que habiendo lenguas y personas que les hiciesen entender la verdad de la fe y el error en que están, muchos dellos, y aun todos, se apartarían muy brevemente de aquella ironía que tienen y vendrían al verdadero conocimiento, porque viven más política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se ha visto. Querer dar a vuestra majestad todas las particularidades desta tierra y gente della podría ser que en algo se errase la relación, porque muchas dellas no se han visto más de por informaciones de los naturales della, y por esto no nos entremetemos a dar más de aquello que por muy cierto y verdadero vuestras reales altezas podrán mandar tener dello. Podrán vuestras majestades, si fueran servidos, hacer por cosa verdadera relación a nuestro muy santo Padre para que en la conversión desta gente se ponga diligencia y buena orden, pues que dello se espera sacar tan gran fruto y tanto bien, para que su santidad haiga por bien y permita que los malos y rebeldes, siendo primero amonestados, puedan ser punidos y castigados como enemigos de nuestra santa fe católica, y será ocasión de castigo y espanto a los que fueren rebeldes en venir en conocimiento de la verdad, y evitarán tan grandes males y daños como son los que en servicio del demonio hacen; porque aun allende de lo que arriba hemos relación a vuestras majestades de los niños y hombres y mujeres que matan y ofrecen en sus sacrificios, hemos sabido y sido informados de cierto que todos son sodomitas y

usan aquel abominable pecado. En todo suplicamos a vuestras majestades manden proveer como vieren que más conviene al servicio de Dios y de vuestras reales altezas, y cómo los que en su servicio aquí estamos seamos favorecidos y aprovechados. (Cortés, *Carta I*, 30.)

Todas las veces que a vuestra sacra majestad he escrito he dicho a vuestra alteza el aparejo que hay en algunos de los naturales destas partes para se convertir a nuestra santa fe católica y ser cristianos; y he enviado a suplicar a vuestra cesárea majestad, para ello, mandase proveer de personas religiosas de buena vida y ejemplo. Y porque hasta agora han venido muy pocos, o quasi ningunos, y es cierto que harían grandísimo fruto, lo torno a traer a la memoria de vuestra alteza, y le suplico lo mande proveer con toda brevedad, porque dellos Dios Nuestro Señor será muy servido y se cumplirá el deseo que vuestra alteza en este caso, como católico, tiene. (Cortés, *Carta V*, 121.)

Gómara también nos pinta a Cortés como el caballero preocupado por los negocios divinos; pero quizá sea más convincente lo que a este respecto dice Mendieta.

...y así, los tornó a requerir (a los de Potonchán) con la paz y buena amistad, prometiéndoles buen tratamiento y libertad, y ofreciéndoles la noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas, que se tendrían por buenaventurados después de sabidas. (Gómara, I. 85.)

De cómo trató Cortés la conversión de los indios.

Siempre que Cortés entraba en algun pueblo, derrocaba los ídolos y vedaba el sacrificio de hombres, por quitar la ofensa de Dios e injuria del prójimo, y con las primeras cartas y dinero que envió al Emperador después que ganó a México, pidió obispos, clérigos y frailes para predicar y convertir los indios a su majestad y Consejos de Indias. (Gómara, I. 113.)

Del celo que tuvo y diligencia que puso el Capitán Cortés, cerca de la conversión de los indios que había conquistado.

Volviendo á nuestro propósito del cristiano celo de Cortés, no es de pasar por alto la buena diligencia que puso en procurar ministros que doctrinasen á estos naturales en las cosas de nuestra santa fe católica. Y fué que en todas las relaciones y cartas que escribió á la majestad del Emperador, siempre le pidió esto con mucha instancia, declarando la capacidad y talento de los indios de esta Nueva España, y la necesidad que tenían de ministros, que mas por obras que por palabras les predicasen la observancia del santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo". (Mendieta, 182, 183.)

Para Mendieta, nada de lo que Cortés hizo se puede igualar a la humillación de su persona ante los doce franciscanos. Llega el cronista a calificarlo de ser "angélico y del cielo" por ese solo acto.

Llegados, pues, a México, el gobernador acompañado de todos los caballeros españoles y indios principales que para el efecto se habían juntado, los salió a recibir, y puestas las rodillas en tierra, de uno en uno les fue besando a todos las manos, haciendo lo mismo D. Pedro de Alvarado y los demás capitanes y caballeros españoles. Lo cual viendo los indios, los fueron siguiendo, y a imitación de los españoles les besaron también las manos. Tanto puede el ejemplo de los mayores. Este celeberrimo acto está pintado en muchas partes de esta Nueva España de la manera que aquí se ha contado, para eterna memoria de tan memorable hazaña que fue la mayor que Cortés hizo, no como hombre humano sino como angélico y del cielo, por cuyo medio el Espíritu Santo obraba aquello para firme fundamento de su divina palabra. Que así como por hombres pobres y bajos al parecer del mundo, en él la introdujo en sus principios ni mas ni menos por otros hombres pobres, rotos y despreciados la había también de introducir en este nuevo mundo, y publicar a estos infieles que presentes estaban, y al innumerable pueblo y gentío que de ellos dependía. Y cierto esta hazaña de Cortés fue la mayor de las muchas que de él se cuentan, porque en las otras venció a otros, mas en esta venció a sí mismo. El cual vencimiento, segun doctrina de los santos y de todos los sabios es mas fuerte y poderosa y mas dificultoso de alcanzar, que el de las otras cosas fortísimas del mundo. (Mendieta, 211.)

Cortés, como todo caballero andante, era un ser predestinado, escogido de Dios, instrumento de la voluntad divina. En este sentido Cortés no es un caso aislado, los principales personajes de la empresa, como ya dije antes, son elegidos por la divinidad misma. Colón y fray Martín de Valencia son claros ejemplos. Todos los cronistas consignan el sentir de que Cortés era un elegido de Dios.

⊙ Mendieta, al respecto nos dice:

...como no sin misterio fué elegido D. Fernando Cortés para el descubrimiento y conquista de esta tierra. (Mendieta, 171.)

Suárez de Peralta es del mismo parecer.

Direé agora de Hernando Cortés, primer marqués del Valle, algunas cosas, porque todas será ymposible, por ser como fué uno de los señalados hombres y alabados en todas las historias, no tan solamente de sus naturales españoles,

sino de todos los extranjeros, señalándole Dios para una de las cosas más grandiosas que hombre ha hecho, que fué el descubrimiento y conquista y pacificación del Nuevo Mundo. Todos los que de su tiempo acá an escripto, en sus historias an hecho y hazen muncha mincion dél, y con muncha razón puede ser comparado á todos los buenos capitanes y más señalados que los antiguos y modernos çelebran, por la muncha destreza y maña que tuvo en la conquista de la Nueva España y Nuevo Mundo. (Suárez de Peralta, 53.)

Sólo diré parte de la buena fortuna deste caballero, y lo que Dios mostró hazer en su favor y por él, que çierto fué muncho; ni con tormentas de tierra ni de mar jamás le hizieron descaecer punto de un ánimo valerosísimo y osado, que me parece se le podía dezir divino, pues Nuestro Señor tan claro obraba en él. (Suárez de Peralta, 65.)

Los caballeros andantes no siempre tenían una vida inmaculada; a menudo su naturaleza humana les hacía caer en las redes del pecado, pero sus hazañas son tan loables y grandes que merecen ser perdonados por todo el bien que su conducta trae aparejado. Con don Hernán sucede lo mismo; se le acusa de cometer injusticias y de procurar solamente beneficios personales; se le tacha de arbitrario y hasta de criminal, pero, en el otro platillo de la balanza está el haber luchado por la salvación del indio y por la fe de Dios; ese solo hecho, según los cronistas, inclinará el fiel, siempre a su favor.

De donde concluyo, que aunque nunca Cortés oviera hecho en toda su vida otra alguna buena obra, mas que haber sido la causa y medio de tanto bien como este, tan eficaz y tan general para la dilatación de la honra de Dios y de su santa fe, era bastante para alcanzar perdón de otros muchos mas y mayores pecados de los que de él se cuentan, con solo un *Deus, propitius esto mihi peccatori*, de verdadera contrición. (Mendieta, 186.)

En el juicio de residencia que es le tomó a Cortés encontramos un cargo que demuestra hasta qué punto lo caballeresco se asociaba a la conquista. Se dijo que don Hernando, atribuyéndose facultades regias, había armado caballeros a tres capitanes suyos. De las declaraciones testimoniales parece que, en efecto, así lo hizo, sólo que debe advertirse que el cargo era de mala fe, porque, según regla de caballería, cualquier caballero podía armar a otro y aun no podía hacerlo un rey, si no pertenecía a orden caballeresca.

Conviene copiar, en lo conducente, la declaración del testigo Francisco Verdugo, el más explícito, para mostrar una vez más que en la

mente de los conquistadores el sentido caballeresco de la vida tenía vigencia de realidad y no era tan sólo, como se ha pretendido, objeto de la fantasía de los novelistas.

... estando en el dicho Cuyoacan el dicho D. Fernando Cortes un dia despues de comer el dicho D. Fernando Cortes fizo sacar a la plaza los tiros del artilleria e cavalgar mucha gente a cavallo e estando asy vido este testigo como el dicho D. Fernando Cortes fizo parescer ante sy a Gonzalo de Sandoval e a Xpoval Dolid e a Xpoval Corral e cada uno por sy se finco de rodillas delante del dicho D. Fernando Cortes theniendo el dicho D. Fernando Cortes un libro de los Evangelios en la mano abierto e poniendo las manos en el e el dicho D. Fernando Cortes tomandoles juramento que fazian como cavalleros e despues de hecho esto tomo las espadas que trayan e se las siño disciendoles Dios e el apostol Santiago os faga buenos cavalleros e desta manera el dicho D. Fernando Cortes armo cavalleros a los dichos Gonzalo de Sandoval e Xpoval Dolid e Xpoval Corral e oyo dezir este testigo publicamente a muchas personas que no se acuerda quel dicho D. Fernando Cortes avia hecho aquello por que los suso dichos avian hecho la dicha confederacion con el e avian jurado de morir con el e de no dar la tierra al rey como dicho a e después de hecho lo suso dicho vido este testigo como el dicho Cortes mando soltar la dicha artilleria e se solto e los dichos cavalleros e todos los que estaban a cavallo jugaron a las cañas e fizieron muy gran regozijo. (Juicio de Residencia, 373.)

Para terminar este análisis de Cortés a lo caballero andante, voy a transcribir un trozo del prólogo de un escrito que Francisco Cervantes de Salazar dedica al propio Cortés. Me parece interesantísimo para ilustrar lo que vengo estudiando, porque su estilo corresponde exactamente al de cualquier libro caballeresco: todas las alabanzas que se hacen de Cortés son muy parecidas a las que se dicen de cualquier caballero y el escrito tiene en general un olor inconfundible de caballerías.

Francisco Cervantes de Salazar.

Al mui ilustre señor Don Hernando Cortés, Marques del Valle.

Descubridor y conquistador de la Nueva España.

Francisco Cervantes de Salazar.

Salud y perpetua felicidad.

... mostrando en esto el amor que a los doctos tengo, y el provecho que a la república procuro. Ella contenta y alegre con tan buena obra, tendrá mas que agradecerme en haberla dirigido a V. S. que cierto es justo que la que con

sus hazañas está en todo el mundo tan aprovechada, vea en los trabajos del hombre como por ejemplo cuan animosamente V. S. los ha pasado y en sus maravillas asimesmo se deleite, considerando que en ningún otro cabe mejor que en V. S. esta es una, y la mas principal causa que las que diré, que a darme con mis trabajos por su servidor me movieron: de la cual como de tronco nacen las otras causas como ramos. Primeramente para que se vea que sus hazañas manaron de solo vuestra S. y que a él solo se debe dar la gloria: pues está cierto, que sin ayuda de rey alguna, vuestra señoría como magnánimo capitán, tomó la Empresa de Indias donde en breve tiempo mas presto que Alejandro o Cesar venció tantos millares de hombres, y conquistó tan gran espacio de tierra, que no sin causa los cosmógrafos la llaman El Nuevo Mundo, y con razón, pues ninguno de los antiguos supo si habia lo que V. S. ha conquistado y sujetado a la Corona Real. Alejandro con los macedonios siendo rey, y Julio César con los romanos siendo Emperador, conquistaron las provincias que leemos; y V. S. acompañado de sola su virtud, sin otro arrimo vino a igualarse con ellos, y no sé si diría mas bien a ser mejor. Por donde está claro cual debía ser su virtud esclarecida y maravillosa pues bastó que con sola su persona viniese a ser señor de tantos caciques y señores. Han sido causa los esclarecidos hechos que por nuestros ojos teníamos por fabuloso, por ser grandes, pues estos parecen incluibles: donde demás del maravilloso esfuerzo con que V. S. desembarcó para la entrada quemando luego los navíos en testimonio de su mucho valor para quitar toda ocasión de arrepentimiento o esperanza de volver, se hubo de tal manera con los indios y los soberbios temiendo su nombre se sujetaban; y los buenos armandole, se le daban con entera voluntad: aunque antes que a estos términos viniesen, entendieron en largo tiempo, que merecía V. S. ser amado y temido. Unos le llamaban hijo del Sol que ellos tenían por Dios, otros creían ser algún espíritu bajado del cielo; y no sin apariencia de razón: pues se vido muchas veces que solo con 500 españoles venció V. S. 100,000 indios. Aquí allende que Dios se mostraba claramente de nuestra parte, ayudar al gran animo de V. S. humanidad y liberalidad con que trataba los negocios de guerra, en los cuales tuvo tan nuevos ardidés que no puede decir que en alguno V. S. imitó a los antiguos. Era tanta la prudencia, que conocida ya la tierra, visto lo pasado, proveía también lo venidero, y gobernaba lo presente, que ninguna cosa sucedía fuera de lo que pensaba. Trataba asimesmo V. S. a los suyos con tanta humanidad, que en el que en su servicio perdía la vida, creía que se salvaba. Conocían esto también los vencidos que ninguno después de haberse dado se rebeló: así que se verifica en V. S. lo que Cicerón dice de Pompeyo que no se podía juzgar fácilmente si los enemigos peleando tenían mas su esfuerzo o vencidos amaban mas su mansedumbre. Encendía a los unos y a los otros tanto la suma liberalidad de V. S. que ninguno sintió falta que luego no fuese remedada. Aquí podría decir grandes cosas, si la brevedad de la carta lo sufriese, nunca la avaricia le puso en peligro, porque todo lo daba V. S. y quería más sujetar personas que poseer dinero. Ningún trabajo tomó con fin de tener descanso, ninguna cosa hizo que no fuese en gloria de V. S. y de su nación, tuvo finalmente todas las partes

que divididas en otros capitanes los hicieron ilustres, animosidad en el acometer, juicio en el proveer, humanidad y clemencia en el vencer, liberalidad en el remunerar, dicha en todo lo que intentaba, favor de Dios cuando más descuidado estaba, en esta parte del conquistar representará bien mi diálogo los grandes peligros a que un hombre se puede poner y las grandes cosas que en contrario puede hacer. Ya pues que en guerra de la cual sale perpetua gloria, V. S. tuvo tanta, que ninguno mayor. Es de ver en paz la cual con la guerra V. S. hizo más firme, como se hubo y quanto mostró de su prudencia. Este es el propio lugar de las letras, con las cuales, y con su mucho juicio y ardiente amor, que a la religión tenía, de siervos y vasallos del diablo, hizo hijos de Dios tanto número de condenados; si que parece haber tenido el oficio de S. Pablo en la primitiva Iglesia, donde V. S. y los suyos predicando la fe de Cristo convirtieron a ella tanta muchedumbre de gente que si no fuera el que lo ha visto, ninguno lo podrá creer. Oh dichoso y bienaventurado varon, cuyos hechos son tales que ponen en duda a los que los oyen, si pueden haber sido de hombre. Ya que mucha gente amaba a V. S. como a padre, y le seguía como a apóstol, desechada la idolatría, mandó edificar luego monasterios, hizo iglesias, donde con gran diligencia se enseñaba la verdad y redención de los hombres. Luego vinieron clérigos y religiosos, a los cuales V. S. animó tanto en el predicar, que era maravilla ver los milagros que en virtud de la verdad que predicaban, V. S. y ellos hicieron, que tenía rastro y alguna semejanza con los santos apóstoles. De tan gran bien mediante Dios, V. S. ha sido causa: por la cual con grande alegría debe vivir el que tanto bien ha hecho, y con mayor contentamiento debe vivir el que tan bien ha vivido.

Quedaré empero contento con decir que no solamente no ha V. S. degenerado de la esclarecida virtud de sus antepasados, mas antes con mucho aumento la ha esclarecido tanto, que como ellos fueron principio de mucha nobleza, así lo ha sido V. S. de su gloria, pues dejaron de sí quien tan bien la aumentase. Y porque vean los que enteramente no sepan de V. S. el origen, que este nombre de Cortés es de Italia, lo cual parece por Cortesio Gilgo y Cortesio Narnes, reyes de los Longobardos. . .

Dios la gloriosa vida de V. S. por mucho tiempo alargue, y en su servicio conserve para que alegre con la memoria que acá dejare con Dios goce del fruto de sus buenas obras.

El paralelo entre conquistador y caballero quedará establecido definitivamente a la luz de los textos caballerescos que citaremos a continuación.

Al igual que el conquistador, el caballero está adornado de virtudes físicas y espirituales y nace bajo la protección divina por el papel que ha de desempeñar de protector de débiles y defensor de la fe.

La predicción de Urganda acerca del pequeño Amadís tiene ese sentido.

...será flor de los caballeros de su tiempo; éste hará estremecer los fuertes, éste comenzará todas las cosas e acabará a su honra, en que los otros fallascieron; éste hará tales cosas, que ninguno cuidaría que pudiesen ser comenzadas ni acabadas por cuerpo de hombre; éste hará los soberbios ser de buen talante; éste habrá crueza de corazón contra aquellos que se lo merecieron; e aun más te digo, que éste será el caballero del mundo que más lealmente mantendrá amor e amará en tal lugar cual conviene a la su alta proeza; e sabe que viene de reyes de ambas partes. (*Amadís*, I. 14.)

También es significativa la respuesta que le dió Esplandián al ermitaño. Después de decirle que nació para llevar a cabo grandes proezas y que, por eso, es elegido de Dios, prosigue afirmando que su destino consiste en luchar contra el demonio y sus secuaces y que en todo caso Dios lo ayudará.

"Buen amigo, mucho vos agradezco el consejo que me dais; pero *a mí me conviene seguir aquello para que nacido en este mundo fui, buscando y probando las cosas fuera de toda la orden de natura*; que si así no lo hiciese, aquellos grandes sábios que sobre mi nacimiento y maravillosa crianza muchos juicios echaron, no solamente su trabajo en vano quedaría, mas serían por mentirosos tenidos. Pues si en lo que de mi hablaron dijeron verdad, *¿qué mayor gloria para mí se puede haber que acabar yo las cosas imposibles y espantables á otros? Y si por ventura su sabiduría saliere mentirosa, quiero que parezca más cargo y culpa de su flaco saber que á mí cobardía*. Solamente me queda un remedio, que esto sea empleado contra esta mala gente, ministros y miembros del diablo, de los cuales tengo esperanza de haber victoria; y si de otra manera fuere, el Señor en quien yo creo habrá piedad de mi alma". El hombre bueno estaba mirando, en tanto que esto decía, aquella su gran hermosura y esforzado continente, y las lágrimas le vinieron á los ojos, y díjole: "Oh caballero mas hermoso que nunca nació, aquel Señor en quien tanta esperanza tienes te ayude y defienda; y pues tu voluntad en esto se determina, ruegote que aquí quedes esta noche, porque, aunque con hora podríades llegar, no entrarías en la montaña; que la puerta se sierra antes que el día pase con gran pieza". (*Sergas de Esplandián*, I, 408.)

La respuesta que Esplandián le da al caballero gigante que lo amenaza respira confianza en la protección de Cristo y en la seguridad que le inspira su destino de defensor de la fe.

Por muchas amenazas, dijo el caballero Negro, que me hagas, no placera á aquel Señor en quien yo tengo esperanza, que a ira ni gran saña me muevas; porque si yo de vencerte tengo, ha de ser con bravo y fuerte corazón, teniendo la voluntad humilde y con lo justo conforme, así como él por nos salvar, pade-

ciendo, nos lo dejó por ejemplo; y por esto, no conviene que más me digas ni yo responda, sino tanto quiero de tí saber de qué serás más contento: que yo salga ende donde estás, ó que tú sin otra compañía alguna vengas aquí, como yo lo estoy. (*Sergas de Esplandián*, 413.)

El mismo Esplandián tiene conciencia de su misión providencial, como la tuvieron también los conquistadores.

Estos que dices que yo maté, matólos su gran soberbia y crueles obras; que ya el Redentor del mundo, enojado dellos, no quiso sufrir sus maldades, y quiso que aquí algo dellas pagasen, no les quitando la infernal pena que allí donde van merecen. (*Sergas de Esplandián*, 413.)

Es frecuentísima, tanto en las crónicas como en los libros de caballerías, la intervención de la divinidad, ya sea porque colaboran en las hazañas y vida de los caballeros y conquistadores los ángeles y los santos, ya porque Dios opera milagros en los momentos decisivos.

Cómo un ángel apareció en sueños al ermitaño, y le dijo la penitencia que había de dar a Roberto. (*Roberto el Diablo*, Cap. XIII p. 413.)

Cómo el ángel dio un caballo blanco y armas á Roberto para que fuese á ayudar al emperador. (*Roberto el Diablo*, Cap. XVII p. 415.)

Cómo el ángel anunció al santo ermitaño que la penitencia de Roberto era cumplida, y le mandó de parte de Dios que fuese á Roma y se lo dijese. (*Roberto el Diablo*, Cap. XXI p. 418.)

Dios, por los méritos de Oliveros, dispone que un alma salida del purgatorio la ayude siempre que lo necesite.

Entonces dixo el cauallero: "Sepas que yo so aquel Don Juan Talabor, e so aquel que te siruio en el torneo, e so aquel que leuo Artus tu compañero a donde estaua el rey de Yrlanda que te tenía preso. E por la grande limosna que fiziste por mi, consintio nuestro redemptor que saliesse de las penas del purgatorio e te siruiesse en tus necesidades. (*Oliveros* 520.)

También el conquistador recibe consuelo y ayuda de la divinidad en los momentos de peligro. Así la Virgen arroja con su propia mano cegadora tierra en los ojos de los servidores del diablo y también se

aparece en persona para animar a los cristianos. Igualmente el Apóstol Santiago colabora en la empresa de la conquista, peleando como buen caballero contra los infieles.

...yo quiero decir que decía el Pedro de Alvarado que cuando peleaban los indios mejicanos con él, que dijeron muchos de ellos que una gran tequecihuata, que es gran señora, que era otra como la que estaba en su gran cueva, les echaba tierra en los ojos, y les cegaba, y que un guay teule que andaba en un caballo blanco les hacía mucho mal, y que si por ellos no fuera que les mataran a todos, y aquello diz que se lo dijeron al gran Montezuma sus principales. Y si aquello fue así, grandísimos milagros son, e de continuo hemos de dar gracias a Dios e a la virgen Santa María Nuestra Señora, su bendita madre, que en todo nos socorre, e al bien aventurado Señor Santiago". (Bernal Díaz II, 68. Nota 2.)

"Y preguntó Montezuma a sus capitanes que siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron a tan pocos teules. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas ni buen pelear, que no los pudieron hacer retraer, porque una gran tequecihuata de Castilla venía delante de ellos, y que aquella señora ponía a los mexicanos temor y decía palabras a sus teules que esforzaban. Y el Montezuma entonces creyó que aquella gran Señora era Santa María y la que le habíamos dicho que era nuestra abogada, que de antes dimos a Montezuma con su precioso hijo en los brazos. Y porque esto yo no lo ví, porque estaba en México, sino lo que dijeron ciertos conquistadores que se hallaron en ello, y pluguiese a Dios que así fuese, y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído, y así es verdad, y que la misericordia divina y Nuestra Señora la Virgen María siempre era con nosotros, por lo cual le doy muchas gracias. (Bernal Díaz, I. 345.)

...la venditísima Virgen Nuestra Señora, la cual dicen haber aparecido en esta conquista en favor de los españoles y juntamente el glorioso patrón Santiago, como lo hallaron pintado en la iglesia del Tlaltecó, los cuales indios confiesan abelle visto en la mayor refriega que tuvieron, donde los españoles llevaban la peor parte abiéndoles rompido y ganado sus bandera con mucha deshonra y menosprecio de los españoles (como queda dicho), en favor de los cuales apareció el glorioso Santiago y auyentó á los indios, favoreciendo á los españoles por permisión divina. (Durán, II. 63.)

De cómo anduvo el Señor Santiago en la guerra de *los yndios y Nuestra Señora*. La guerra que se hizo á los yndios fué toda hecha por Dios, y él la favoreció, por el bien y remedio de aquellas almas, que los cristianos, á lo ménos en la Nueva España, no fueran parte, los que fueron, para conquistar y pacificar aquella tierra, si Dios no mostrara su voluntad con milagro, que

lo fué grandísimo vencer tan poca gente á tanta multitud de yndios como abía, y muchos lugares muy fuertes; sino que, como e dicho, fué Dios servido, y así lo entendieron los cristianos, y los yndios fueron vencidos de un caballero que andaba en un caballo blanco, que los atropellaba, y este solo era el que más daño les hazia, y una mujer que les andaba echando tierra en los ojos. Quando Cortés, el marqués, los aseguró, preguntaban los yndios que qué se abía hecho un hombre que traya un caballo blanco, y daban las señas, el qual no vían entre los otros españoles, y una mujer, del color dellos, que les echaba tierra en los ojos y no los dejaba pelear; la qual dizen era Nuestra Señora, y el caballero el bienaventurado Señor Santiago, capitan general de la cristiandad. El Cortés les respondía, que aquellas personas que dezían, no eran de la tierra, sino del cielo, y que Dios los enviaba contra ellos, y qué y su jente eran criados de aquella Señora, la qual era muy poderosa y madre de Dios; con la qual respuesta los tenía suspensos. (Suárez de Peralta, 39).

Y nos tuvieron cercados muchos días en mucho trabajo y peligro. Y un día, dándonos un combate muy recio y que nos tenían puestos en gran peligro, porque nos entraban por muchas partes y nos había quemado las puertas del fuerte a donde estábamos, y estando todos cansados y heridos, que no les faltaba sino entrar y cortarnos las cabezas a todos, pusieron fuego a la puerta; y súbitamente se apartaron y nos dejaron sin pelear más, lo cual fué gran descanso para nosotros, porque ya no hacíamos caso de las vidas e hicimos cuenta que nos las daban. Y preguntando después a indios principales, que eran Capitanes, cómo nos había dejado, teniéndonos en tanto aprieto y peligro, dijeron que, en aquella sazón, que nos entraban y tenían en tanto trabajo, vieron una *mujer de Castilla, muy linda* y que resplandecía como el sol, y que les echaba puñados de tierra en los ojos y, como vieron cosa tan extraña, se apartaron y huyeron y se fueron y nos dejaron. Ansí estuvimos, hasta que volvió el Marqués, con harto trabajo y necesidad de comer, porque ni nos lo daban, ni lo osábamos salir a buscar ni comprar. (Tapia, 37.)

Contaron asimismo muchos milagros: que como les faltase agua de beber, cavaron en el patio de su aposento hasta la rodilla o poco más, y salió agua dulce, siendo el suelo salobral; que muchas veces se ensayaron los indios a quitar la imagen de Nuestra Señora gloriosísima del altar donde Cortés la puso, y en tocándola se les pegaba la mano a lo que tocaban, y en buen rato no se les despegaba, y despegada, quedaba con señal; y así, la dejaron estar; que cargaron un día de recio combate el mayor tiro, y cuando le pusieron fuego para arredrar los enemigos no quiso salir; los cuales, como vieron esto, arremetieron muy denodadamente con terrible grita, con palos, flechas, lanzas y piedras, que cubrían la casa y calle, diciendo: ahora redimiremos nuestro rey, libertaremos vuestras casas y nos vengaremos; mas al mejor hervor del combate soltó el tiro sin lo cebar más ni ponerle de nuevo fuego, con espantoso sonido; y como era grande y tenía perdigones con la pelota escupió muy recio,

mató muchos y asombrólos a todos: y así, atónitos se retiraron; que andaban peleando por los españoles Santa María y Santiago en un caballo blanco, y decían los indios que el caballo hería y mataba tantos con la boca y con los pies y manos como el caballero con la espada, y que la mujer del altar les echaba polvo por las caras y los cegaba; y así, no viendo a pelear, se iban a sus casas pensando estar ciegos, y allá se hallaron buenos; y cuando volvían a combatir la casa decían: "Si nouviésemos miedo a una mujer y al del caballo blanco, ya estaría derribada vuestra casa, vosotros cocidos aunque no comidos, porque no sois buenos de comer; que el otro día lo probamos y amargáis; mas echaros hemos a las águilas, leones, tigres y culebras, que os tragan por nosotros; pero con todo esto, si no soltáis a Moteczumacin y os vais luego, presto seréis muertos santamente, cocidos con chilmolli y comidos de brutos animales, pues no sois buenos para estómagos de hombres. (Gómara, I. 297.)

Después de entrádoles el pueblo, tuvimos otras dos batallas muy recias con ellos y nos tuvieron en punto de nos matar, y corriéramos gran peligro si no fuera por los caballos que sacaron de los navios; y que aquí se vio un *gran milagro*, que, estando en gran peligro en la batalla, se vio andar peleando uno de un *caballo blanco*, a cuya causa se desbarataron los indios, el cual caballo no había entre los que traíamos. En fin, los vencimos y vivieron en paz y trajeron presentes y dieron la obediencia a Su Majestad. (Tapia, 20.)

Los relatos de la conquista, por más serios y objetivos que quieran presentárnoslos, están llenos de milagrería y portentos divinos. Así también lo están las novelas de caballerías, y no se ve bien porqué a unos han de llamarse falsedades, cuando a los otros los toman en serio los historiadores. Hagamos algunas transcripciones que no dejarán duda en el ánimo del lector a este respecto.

En esta sazón vino una pestilencia de sarampión, y vínole tan recia y tan cruel, que creo murió más de la cuarta parte de la gente de indios que había en toda la tierra, la cual muy mucho nos ayudó para hacer la guerra y fué causa que mucho más presto se acabase, porque, como he dicho, en esta pestilencia murió gran cantidad de hombres y gente de guerra y muchos Señores y Capitanes y valientes hombres, con los cuales habríamos de pelear y tenerlos por enemigos; y milagrosamente *Nuestro Señor los mató* y nos los quitó delante. (Tapia, 45.)

Este día ya tarde vimos un milagro bien grande, y fué que apareció una estrella encima de la nao, después de puesto el sol, y partió despidiendo continuamente rayos de luz, hasta que se puso sobre aquel pueblo grande, y dejó un rastro en el aire que duró tres horas largas; y vimos además otras señales

bien claras, por donde entendimos que Dios quería para su servicio que poblásemos en aquella tierra. (Grijalva, *Itinerario*, 35.)

Donde por su intercesion aplacado nuestro Dios, envió aquella noche, en tiempo de la mayor necesidad, un aguacero tan grande y con una tempestad de aire y granizo, que forzados los mexicanos á dexar el cerco y apagadas las lumbres... entendiendo ser venido por la voluntad del muy alto y piadoso Señor y de Nuestra Señora de los Remedios. (Diego Durán, T. II. p. 48).

Estando pues así, las dos armadas con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines, tan favorable y a tiempo que pareció milagro. Cortés entonces, alabando a Dios, dijo a los capitanes que arremetiesen juntos y a una, y no parasen hasta encerrar los enemigos en México, pues era nuestro Señor servido darles aquel viento para haber victoria, y que mirasen cuanto les iba en que la primera vez ganasen la batalla, y las barcas cobrasen miedo a los bergantines del primer encuentro. (Gómara, II. 34.)

Estando pues así caídos y para huir apareció Francisco Morla en un caballo rucio picado, que arremetió a los indios e hizoles arredrar algún tanto. Entonces los españoles, pensando que era Cortés, y con tener espacio, arremetieron a los enemigos, y mataron algunos de ellos. Con esto el de caballo no pareció más, y con su ausencia volvieron los indios sobre los españoles y pusieronlos en el estrecho que antes. Tornó luego el de a caballo, púsose cabe los nuestros, corrió a los enemigos e hizoles dar espacio. Entonces ellos, sintiendo favor de hombre a caballo, van con ímpetu a los indios y matan y hieren muchos de ellos; pero al mejor tiempo los dejó el caballero, y no le pudieron ver. Como los indios no vieron tampoco el de caballo de cuyo miedo y espanto huían, pensando que era centauro, revuelven sobre los cristianos con gentil denuedo, y trátanlos peor que antes. Tornó entonces el de caballo tercera vez, e hizo huir a los indios con daño y miedo, y los peones arremetieron asimismo, hiriendo y matando. A esta sazón llegó Cortés con los otros compañeros a caballo, harto de rodear, y de pasar arroyos y montes que no había otra cosa por todo aquello. Dijéronle lo que habían visto hacer a uno de a caballo y preguntaron si era de su compañía y como dijo que no, porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron que era el Apóstol Santiago, Patrón de España. Entonces, dijo Cortés: "Adelante, compañeros, que Dios es con nosotros y el glorioso san Pedro". Y en diciendo esto, arremetió a más correr con los de caballo por medio de los enemigos, y lanzóles fuera de las acequias, aparte que muy a su talante los pudo alancear, y alanceando, desbaratar... (Gómara, I. 91.)

No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios, con quien habían peleado, a nuestro Señor que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres

veces ai del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro Patrón. Fernando Cortés más quería que fuese San Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que dellos fué, se tuvo por milagro, como de veras pareció, porque no solamente lo vieron los españoles, más aún también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía a su escuadrón, y porque les parecía que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto. (Gómara I, 93.)

Cuéntase de Isabel Rodríguez que a los heridos les: ataba las heridas, y se las santiguaba, diciendo: En el Nombre del Padre, de el Hijo y de el Espíritu Santo, un solo Dios Verdadero: el te cure, y sane— lo cual no hacía más de dos veces, y muchas no más de una y acontecía, que, los que tenían pasados los Múslos, iban otro Día á pelear. Grande argumento de que Dios estaba con los castellanos. (Torquemada, I. 558.)

...É assi le dexaron (a Johan González), pero con tres heridas grandes é peligrosas, y passaron y mataron á Don Christóbal é á los otros christianos que yban con él (que eran otros quatro), a macanagos; quiero decir con aquellas macanas que usan por armas, é flechándolos. É hecho aquesto, volvieron atras para acabar de matar al Johan González, la lengua; pero él se avia sobido á un árbol é vido como le andaban buscando por el rastro de la sangre, é no quiso Dios que le viessen ni hallasen; porque, como la tierra es muy espesa de arboledas y ramas, y él se avia desviado del camino y emboscado, se escapó desta manera. É fuera muy gran mal si este Johan González alli muriera, porque era grande lengua: el qual, despues que fue de noche, baxó del árbol é anduvo tanto que atravesó la sierra de Xacagua, é créese que guiado por Dios ó por el ángel, é con favor suyo, tuvo esfuerço é vida para ello, segund yba mal herido. (Oviedo, I. 473.)

Se ve bien de qué modo en la mentalidad de los cronistas como en la de los novelistas está presente siempre la divinidad como actor directo en los sucesos humanos. Todo hecho extraordinario y cualquier circunstancia un poco especial se atribuye a milagro, hasta el grado de que, por ejemplo Suárez de Peralta (p. 83) llega a afirmar que Dios le infundió pavor a Moctezuma como medio para su conversión, y Bernal Díaz (II, 117) que fué también por voluntad divina el que la carne de los españoles no agradara al paladar de los indígenas.

Pero así como Dios ayuda en todas formas imaginables al caballero y al conquistador, el diablo, ni tardo ni perezoso, también ayuda a sus servidores.

En los libros de caballerías el diablo da aviso a los magos y leales servidores suyos que el caballero andante viene en su contra con intenciones de acabar con su poder diabólico, por lo tanto, deben apresurarse a la defensa.

Los cronistas también nos relatan cómo el diablo dió aviso a sus servidores, valiéndose de mil extrañas señales y visiones. Así nos cuentan que una viga cantó la llegada de los españoles; que una vieja india resucitó llevando ese mismo mensaje y que, en ocasiones, los indios veían cómo en los cielos luchaban hombres que por la descripción de trajes y fisonomías correspondían a los conquistadores. En la mayoría de las crónicas se encuentra un capítulo relativo a esos pronósticos.

(Capítulo CXLV Señales y pronósticos de la destrucción de México.)

Poco antes que Fernando Cortés llegase a la Nueva España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parecía dos horas antes del día, subía en alto y deshaciase luego. Los de México vieron entonces llamas de fuego hacia Oriente, que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parecía llegar al cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mismo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos, y que les dió qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo había de ir gente blanca y barbuda a señorear la tierra en tiempo de Moteczuma. Entonces se alteraron mucho los señores de Tezcuco y Tlacopan, diciendo que la espada que Moteczuma tenía eran las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él harto que aplacarlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen a quebrar la espada; y como no pudieron o no supieron, quedaron maravillados y pacíficos.

Parece ser que ciertos hombres de la costa habían poco antes llevado a Moteczuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nuestras que hallaron orillas del agua, traídas con tormenta. Otros dicen que fue la alteración de aquellos señores cuando vieron los vestidos y el espada que Cortés envió a Moteczuma con Teudilli, mirando cómo se parecía al vestido y armas de los que peleaban en el aire. Como quiera que fuese, ellos cayeron en que se habían de perder entrando en su tierra los hombres de aquellas armas y vestidos.

El mismo año que Cortés entró en México apareció una visión a un malli o cautivo de guerra para sacrificar, que lloraba mucho su desventura

y muerte de sacrificio, y que Dios a quien se encomendaba habría merced de él; y que dijese a los sacerdotes y ministros de los ídolos que muy pronto cesaría el sacrificio y derramamiento de sangre humana, por cuanto ya venían cerca los que lo habían de vedar, y mandar la tierra. Sacrificáronlo en medio del Tlaltelulco, donde ahora está la horca de México. Notaron mucho sus palabras y la visión, que llamaban aire del cielo, y que cuando después vieron ángeles pintados con alas y diademas, decían parecer al que habló con el Mallí. (Gómara, II. 68.)

A este respecto dice Mendieta:

(Capítulo VII) De cómo estos indios tuvieron pronóstico de la destrucción de su religión y libertad, y de algunos milagros que en los principios de su conversión acontecieron.

Los caciques, que eran los señores, y los bohiques (que llamaban los sacerdotes) en quien estaba la memoria de sus antigüedades, contaron por muy cierto á Cristóbal Colón y á los españoles que con él pasaron, que algunos años antes de su venida lo habían ellos sabido por oráculo de su Dios. Y fué de esta manera: que el padre del cacique Guarionex, que era uno de los que lo contaban, y otro reyezuelo con él, consultaron á su Zemí (que así llaman ellos al ídolo del diablo), y preguntándole qué es lo que habla de ser después de sus días... les fué respondido, que aunque los dioses esconden las cosas venideras á los hombres por su mejoría, agora las querían manifestar á ellos por ser buenos religiosos, y que supiesen cómo antes de muchos años vendrían en aquella isla unos hombres barbudos y vestidos todo el cuerpo, que hendiesen de un golpe un hombre por medio con las espadas relucientes que traerían ceñidas, los cuales hollarían los antiguos dioses de la tierra, destruyendo sus acostumbrados ritos, y derramarían la sangre de sus hijos ó los llevarían captivos, haciéndose señores de ellos y de su tierra. (Mendieta, 36.)

Suárez de Peralta (pp. 86 y sigs.) nos proporciona un inventario de pronósticos, de los cuales transcribiré algunos.

Cantó una viga.— Una viga questaba en una sala donde solían bailar, empezó á cantar, y decía: mi anca bayla bien aunquesté echada en el ahua; y esto fué quando ya abía rumor de los españoles. Un ydolo de los suyos que llamaban Çihuacoatl (que quiere dezir culebra), andaba llorando de noche, que todos le oyan, diciendo: Hijos míos, ¡Ay de mí, que ya os dejo á vosotros! —Oyanse así mismo en el ayre voces, como de mujer, que dezían: —Ya nos perdemos; ¡Oh hijos, dónde os llevaré!

Mónstruos de dos cabeças.—Aparecíanse munchas vezes y muy á menudo mónstruos de dos cabeças y de diferentes hechuras, que eran los demonios; y con esto andaban todos turbados, esperando la grande mudança que se les abía profetizado.

El demonio, en figura de una ave parda.—Tomóse una ave parda, del tamaño de una grua, que despues segun parecía era el demonio, la qual tenía un espejo en la cabeça muy claro, más que de cristal, por el qual se via el cielo, y tres estrellas, que se llaman los Astillejos, la qual llevaron los caçadores á Montecuma, y vió el espejo, las estrellas y çielo, y volvió á mirar y vió en él jentes armadas y á caballo; y llamando á sus agoreros, para que la viesén, se desapareció el ave.

Cometa que apareció.—Una fué, que diez años antes de la venida de los españoles, pareció una cometa, la qual duró todo un año; era tan relumbrante como una llama de fuego. Salía ordinariamente á la media noche, á la parte del Levante y llegaba hasta la mitad del çielo y allí le venía el dia, y con el resplandor del sol sencubria. Así mismo se quemaron dos cues, ques como digamos, yglesias, donde se yban á sacrificar. El modo dellas es hecho como un cerrito á mano, con sus escaleras, y en lo alto un altar donde ponían los ydolos, y allí se sacrificaban; y estos se quemaron en diferentes tiempos. El uno destes era del Dios Huitzilopuchli; que se llamaba tlacalteca, los quales se ardieron sin ocasión ninguna, y mientras más ahua les echaban más ardían, y el otro era del Dios del fuego Tihuetli. Este dizen se ençendió con un rayo, y esto se tomó por *mal ahuevo*.

Otro cometa.—Ubo otra cometa, que cayó del çielo con sol y de día muy claro, por la parte del Ocidente, y corría házia Oriente, en forma y como tres estrellas juntas que corren á la par, muy ençendidas, y con muy largas colas. También admiró esto muchísimo y espantó.

Cómo creció la laguna de México.—La laguna de México, sin viento ninguno ni aber llovido sembraveció, y creció tanto que las olas y ahua entraban por las casas, y munchas derribaban y se anegaron... Y antes que entraran en la tierra los españoles fueron vistas en el ayre jentes que parecían pelear unas con otras, y los yndios estaban maravillados dello, y espantados, porque jamás abían visto tal.

En multitud de ocasiones el demonio intentó ahuyentar al caballero, haciendo salir a su paso trasgos y monstros, malignos hechiceros, o representando ante sus ojos macabras escenas. En tales trances el caballero invocaba el favor divino, destruía a los hechi-

ceros y hacía desaparecer sus maleficios. Lo mismo acontece en la conquista. Dicen los cronistas que cuando pisaron las nuevas tierras los conquistadores un sacudimiento de ira incontenible hizo presa en Satán. Para atemorizar a los recién llegados se valió el diablo de los encantadores y hechiceros, quienes, por mandato suyo, hicieron aparecer ante los ojos de los españoles tétricas danzas de cabezas y pies cortados y otros espantables y macabros simulacros.

...Mandó llamar (Cuauhtemoc) á todos los viejos de las provincias y encantadores y hechiceros para que los asombrasen y les mostrasen algunas visiones de noche y los asombrasen para que allí muriesen de espanto; los cuales venidos, les fué mandado con todo rigor; y así cada noche procuraban mostrarles visiones y cosas que ponían espanto; una vez veían cabezas de hombres saltando por el patio, otras veces veían andar un pie solo con su muslo, otras veces rodar cuerpos muertos, otras veces veían y oían atllidos y gemidos, de suerte que ya no lo podían sufrir; las cuales visiones, antes que esta historia me lo declarase, me lo contó un conquistador religioso, espantándose de las visiones que entonces vieron no sabiendo el misterio de donde abian procedido. (Diego Durán, II. pj. 45.)

Oigamos sobre lo mismo a Suárez de Peralta:

Envió el rey Montezuma echizeros que enchizásem á los españoles.—Como se apareció el demonio. Junta de señores que hizo Montezuma.

Volvamos á nuestro propósito. Montezuma envió muchos sátrapas y echizeros para que tornasen á probar si podían enechizar los españoles, y yendo al efecto, en una cuesta, que suben á un pueblo que llaman Tlalmanalco, toparon un demonio en figura de hombre, semejante á los nahuales de otro pueblo grande de aquella comarca que llaman Chalco, el qual venia furioso, como quando un borracho lo viene, y traya ceñidas á los pechos ocho sogas hechas de esparto que llaman los yndios çacamecatl, çues de las más bajas lias aquellos usan, y mostró venir de donde los españoles estaban. Y llegando a estos echizeros y sátrapas les dijo, mostrando mucho enojo y como riñendo:— "¿Para qué tornais vosotros otra vez á venir acá? ¿Ques lo que quereis? ¿Qué piensa Montezuma? ¿Agora despierta y acuerda de temer? Ya él á errado y no tiene remedio, porque á hecho muchas muertes, y a destruido á munchas y no á cumplido con su Dios: ále engañado y echo munchas ynjusticias y burlas, y agravios.—Y oyendo esto los sátrapas, entendieron quien era, y luego le hazen un altar de tierra y adóranle, haziendo las cirimonias acostumbradas con yerba, y sacrificanse las orejas, sacando dellas sangre, y ofréçensela y pídenle que se siente que le

quieren hazer más sacrificio, y esto postrados delante dél. Y él haziéndose del enojado, no se quizo poner en el altar sino mostrando mucho enojo, y con él les dijo á voces: —Por demás es vuestra venida; ya no haré mas cuenta de México, y para siempre os dejo; no terné más cargo de vosotros ni de vuestro rey Montecuma. Apartaos de mí que no quiero hazer lo que me pedís ni el me pide; volveos, y mirad, á México. Y como volviesen á mirarle les pareció que todo él ardía, y luego se les desapareció; de lo qual quedaron espantados, y desmayados, y se volvieron a Montecuma, y le contaron lo que les abía acaecido, y le dijeron que era el Dios Tezcatlipocatl, un gran demonio. Desto recibió Montecuma munchísima pena y temor, y mandó juntar á todos los señores que con él estaban en México, y á los principales, diziéndoles: Nacidos somos, pongámonos á lo que nos viniere; no huyamos. Ya veys que nuestras fuerças no son poderosas contra Dios: *hágame su voluntad*. Es muy de notar que con toda la diligencia que los echizeros ponían, y el demonio, no pudieron contra los españoles *que andaban en la obra de Nuestro Señor Jesucristo*; y en las palabras quel demonio les dijo, que por las muertes y engaños se perdía el Montecuma, y como los dejaba y salía deste reyno, aquí se cumple la palabra de Nuestro Redentor Jesucristo: "El príncipe deste mundo, ques el diablo saldrá fuera." (San Juan 12).

Demás de estas cosas, tuvieron munchas señales del cielo, por las quales, conocían claramente la mudança del reyno". (Suárez de Peralta, 89.).

Las intervenciones divina por una parte, y las diabólicas por la otra significan que las hazañas en que andan empeñados caballeros y conquistadores trascienden el orden de lo natural y son, en realidad luchas y hazañas a lo divino. Tal, pues, el eje para comprender debidamente la conquista de Indias por los españoles.

Los esfuerzos que despliega el demonio por contener el avance y triunfo de la Cruz resultan inútiles. No se da por vencido, sin embargo. Aquí se inicia una segunda etapa de la gran lucha. Ya los españoles han conquistado la tierra y han quebrado el poderío militar de los infieles. No por eso se ha desterrado el demonio, pues todavía es el paganismo el culto dominante. Ahora la lucha consistirá en la conversión de los infieles a la religión verdadera, y el diablo usará de cuantos medios pueda para estorbarla. Quizá de todos los textos el más importante a este respecto es la *Historia Eclesiástica Indiana* de Mendieta. El franciscano relata con piadoso detalle las artimañas de Satanás para evitar la conversión.

En Tezcoco, yendo una mujer bautizada con un niño á cuecotas (según que en esta tierra traen las madres indias á sus hijos) y el niño aun no estaba bautizado, pasando de noche por el patio que estaba delante del templo de los ídolos, salió á ella el demonio y echóle mano del niño, diciendo que era suyo, porque aun no estaba bautizado. La mujer muy espantada llamaba el nombre de Jesús a gran priesa, y tenía fuertemente al niño porque no se lo llevase. Y cuando ella nombraba el muy alto nombre de Jesús se lo dejaba. Y cuando cesaba de llamar y pedir la divina ayuda, tornaba a se lo querer quitar, y esto por tres veces, hasta que la madre del niño perseverando en llamar el suave nombre de Jesús salió de aquel temeroso lugar. Luego otro día por la mañana, porque no le acaeció cosa semejante, llevó el niño á la iglesia para que los frailes se lo bautizasen y señalasen con la señal de la cruz. Y con esto se vió libre de la persecución del demonio. En México pidió el bautismo un hijo de Montezuma, señor que era del pueblo de Tenayuca. Y por estar enfermo fueron los frailes a su casa, que era junto donde ahora está edificada la Iglesia de S. Hipólito, en cuyo día se acabó de ganar la ciudad de México. Sacaron al enfermo en una silla para lo bautizar y procediendo en el oficio, cuando en el exorcismo llegó a decir el sacerdote aquellas palabras NETE LATEAT SATHANA, etc., comenzó a temblar, no sólo el enfermo mas también la silla en que estaba asentado, tan recio y de tal manera que todos los que lo vieron juzgaron que entonces salía el demonio, y lo dejaba. É estuvieron á esto presentes algunos oficiales de la justicia real, y entre ellos Rodrigo de Paz, alguacil mayor de la ciudad, que fué padrino del bautizado, y por su respeto y contemplación se le puso por nombre Rodrigo de Paz. Otra mucha gente se halló allí presente, que admirándose alabaron a nuestro Dios que tan admirable es en sus obras. (Mendieta, 264.)

También fue cosa notable lo que en aquellos tiempos acaeció en Cholula (que era el Santuario de toda la tierra, como otra Roma), donde por grandeza habían levantado hecho á manos un cerrejon tan grande, que en trescientos años no lo pudieron edificar muchos millares de hombres, y hoy en día está en pié la mayor parte de él. Encima de este cerro ó monte tenían un templo del demonio que los frailes derrocaron, y en su lugar pusieron una bien alta cruz. El enemigo, de rabia de que le destruyeron aquel su templo donde tenía su cierta ganancia, o permitiéndoselo Dios, o por voluntad de ese mismo Dios, que no quería estuviere su cruz por entonces en aquel lugar, por lo que después pareció, fulminó un rayo que hizo pedazos la cruz. Quebrada aquella, pusieron otra, y cayó otro rayo que asimismo la hizo pedazos. Pusieron la tercera, y acaeció lo mismo, y esto fué el año de mil y quinientos y treinta y cinco. Los religiosos espantados de esto y en parte avergonzados por la indevoción que entre los indios se podía seguir a la cruz del Señor, acordaron de cavar hasta tres buenos estados, y hallaron algunos ídolos enterrados y otras cosas ofrecidas al demonio, de que se holgaron mucho, porque no se echase la culpa de los rayos a la cruz. Y aunque entendieron no ser aquello cosa fresca sino de años atrás, afrontaron con ello a los indios, diciéndoles que porque se descubriesen aquellas sus idola-

trías, permitió Dios que cayesen aquellos rayos. Finalmente, puesta otra cruz, permaneció hasta que este año pasado de noventa y cuatro se edificó en aquel lugar una ermita de Nuestra Señora de Los Remedios, que con particular devoción es muy frecuentada por los indios. (Mendieta, 309.)

Como es de suponerse el diablo no podía mantener su predominio en las tierras nuevas una vez conquistadas. En esta segunda etapa de la guerra divina son los misioneros los caballeros andantes que completan la hazaña iniciada por los conquistadores. Expresamente Mendieta alude a las órdenes monásticas como caballería a lo divino. Una lucha tenaz se entabla entre ellas y el demonio durante los primeros años de la colonización. También aquí encontramos los rasgos típicos de la caballería, pero trasladados al orden de lo espiritual. El honor, la valentía, el servicio en favor del débil y desamparado, la pureza de la intención y la singularidad extraordinaria de la hazaña son notas que caracterizan la lucha misionera como también caracterizan, según vimos, la lucha conquistadora.

El demonio es desterrado definitivamente de las Indias. Visiblemente lo ven salir despavorido de sus antiguos templos, como en aquel caso que nos cuenta Mendieta.

Y otro sacerdote de otro templo que estaba un tiro de arcabuz de allí, donde ahora está una iglesia de S. Buenaventura, vió entonces salir del templo de Tizatlan (donde se puso la cruz) al demonio que allí era adorado, llamado Macuiltonal, en una forma espantosa, que le pareció tiraba algo a puerco, y se fué corriendo por la ladera de una cuesta que la nombran Moyotepeque, y que en lo alto desapareció. (Mendieta, 309.)

Se consuma así la Hazaña de Indias, que fué la más grande de todas las hazañas caballerescas de que se tiene noticia. Es el caballero el pueblo español entero, representado por sus soldados y sus misioneros, y es la hazaña, no tanto la ya asombrosa empresa militar, cuanto la prodigiosa empresa espiritual.

Creo que ya no causará tanta sorpresa el florecimiento de la novela caballeresca en el momento en que España realiza la conquista de las Indias. Las estrechas relaciones entre una y otra han quedado patentes de tal suerte que forman un conjunto cuya explicación debe

radicarse en el alma del pueblo español tal como vivió entonces y sintió su destino. Por lo tanto una justa y más profunda comprensión de la Hazaña de Indias pide igual comprensión de la novela caballeresca. A ese fin va enderezado el presente estudio.

EPÍLOGO

Resumiendo los resultados a que me ha conducido este estudio, puedo decir que para comprender el auténtico sentido y valor de la literatura caballeresca, hubo necesidad de enfrentarse a la opinión tradicional que la tenía apresada, y desenmascararla. Así fué posible comprobar que dicha opinión, adversa a ese género literario, tenía su origen en el sentido erasmista de la vida, estreñado y poco comprensivo para los vuelos superiores de la fantasía, de la imaginación creadora y en general de toda aventura artística.

Al removerse ese obstáculo histórico se abrió la comprensión más profundamente humana para la literatura caballeresca, y se pudo comprobar que el espíritu que la animó no era el de una pura ficción literaria, sino bello modo de expresión del alma y genio españoles, todo ello propio a una manera de entender la vida y su destino.

Así, despejado el tema, fué ya posible examinar históricamente si existía o no una profunda relación entre el amor que sintieron los españoles por las aventuras caballerescas y la gran empresa de las Indias. El examen cuidadoso de algunos textos fundamentales de la Conquista reveló que, en efecto, existe esa relación.

En consecuencia, la comprensión de la conquista española de América como hazaña inspirada en el sentido caballeresco de la vida es una interpretación válida, interpretación que aclara en buena parte la conducta de los conquistadores, de los misioneros, de la Corona y, en general, del pueblo español respecto a la empresa de América, y al mismo tiempo nos permite entrar más a fondo en el significado que tuvo dentro de su marco histórico propio.

Incidentalmente, pero no por eso de menor importancia, este trabajo sugiere hasta qué punto el pueblo español se separó de las corrientes culturales preponderantes en el siglo XVI, y parece indicar que renunciando a las metas que se propuso alcanzar el hombre moderno, el español prefirió mantener, a costa de renunciar a la dominación mundial, la unidad integral del hombre. La circunstancia de que la más grande aventura histórica moderna española esté inspirada tan radicalmente en la fantasía, en la insensatez y en una pasión cargada de simbolismos nos advierte la fe de ese pueblo en los valores humanos no puramente racionales. Este hecho le ha dado a España y a nosotros los pueblos sembrados por ella, una posición de aparente inferioridad histórica; pero ello no deja de ser el resultado de un juicio unilateral y miope, pues ¿acaso la renuncia de España al poderío mundial no implica la salvación de posibilidades humanas que hoy en día se echan tanto de menos?

NOTAS DE LA PRIMERA PARTE

¹ Notas de las lecciones introductorias del curso de *Historia de América* (1945-1946) sustentado por Edmundo O'Gorman en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México.

² Estas afirmaciones descansan en la crítica del método historiográfico tradicional que ha hecho Edmundo O'Gorman en su libro *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*. Imp. Universitaria. México. 1947.

³ Vives, Luis. *Instrucción de la mujer cristiana*. Buenos Aires, 1940. Col. Austral. pág. 36.

⁴ Loc. cit.

⁵ Loc. cit.

⁶ Valdés, Juan. *Diálogo de la lengua*. Buenos Aires. 1941. Col. Austral. pág. 143.

⁷ *Ibidem*. pág. 144.

⁸ *Ibidem*. pág. 146.

⁹ Loc. cit.

¹⁰ Loc. cit.

¹¹ *Ibidem*. pág. 143.

¹² García Icazbalceta, Joaquín. *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. México. 1886. pág. 52.

¹³ Guevara de, Antonio. *Libro llamado aviso de privados y Doctrina de Cortesanos*. Madrid. 1873. Por la viuda de Melchor Alegre.

A continuación de lo transcrito, Guevara invoca el ejemplo de la antigüedad amparándose con la autoridad de Aulio Gelio: "También dice Aulio Gelio (lo había citado con anterioridad a propósito de que los oradores y poetas romanos que escribían liviandades fueron expulsados) en el libro catorceno, que en Atenas escribió un filósofo un libro, el cual era en estilo muy curioso y en la materia muy oscuro, lo cual sabido por Sócrates y por los otros filósofos, mandaron que al libro quemasen y al autor de él desterrasen".

No deja de ser interesante que Guevara equipare *La Celestina* a los libros de caballerías.

¹⁴ Gracián de Alderete, Diego. *De la vida de Xenofonte y de su doctrina*. Madrid. 1781. Imprenta Real de la Gazeta. pág. XXXI.

También en el prefacio a la traducción de las *Moralia*, de Plutarco, Gracián de Alderete expone su opinión sobre los libros de caballerías, calificándolos de "esos libros de mentiras y de fábulas". Véase Bataillon, Marcel. *Erasmus et L'Espagne*. París. pág. 665.

¹⁵ Malón de Chaide, Pedro. *La conversión de la Magdalena*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid. 1853. Tomo XXVII. pág. 278.

¹⁶ Opus. cit. pág. 279.

¹⁷ Laguna, Andrés. *Las cuatro elegantísimas y gravísimas oraciones que pronunció Cicerón contra Catilina*. Madrid. MDCCLXXXVI. Imp. de Manuel González. p. 268.

¹⁸ León de, Fray Luis. *De los nombres de Cristo*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid. 1853. Tomo III, pág. 37.

¹⁹ A este respecto puede consultarse Leonard, Irving A. *Romances of chivalry in the Spanish Indies*. Berkeley, California, 1933. El autor afirma que a pesar de todas las prohibiciones "all works of fiction current in the Peninsula passed unhampered to the Indies and there circulated with practically the same freedom that they enjoyed at home" pág. 219.

²⁰ García Genaro. *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. México, 1907. Tomo XV. pág. 99. Nota 1.

²¹ Loc. cit.

²² Clemencín, Diego. *Comentario de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid. 1833. En la Oficina de D. E. Aguado, Impresor de la Cámara de S. M. y de su Real Casa. Pág. XII.

²³ *Ibidem*. pág. XIII.

²⁴ *Ibidem*. pág. V.

²⁵ *Ibidem*. pág. IX.

²⁶ *Ibidem*. pág. X.

²⁷ Esta corriente tradicional y adversa contra el género caballeresco encuentra, por supuesto, muchísimos aliados. He querido tan sólo marcar la trayectoria con los nombres más ilustres. No está por demás mencionar aquí entre los ilustres "nuestros" a Joaquín García Icazbalceta, quien, en la nota relativa a Cervantes de Salazar hace suyas las opiniones (que ya vimos) de éste. Añade García Icazbalceta de su cosecha que "estas justísimas observaciones son tan aplicables a los libros de caballerías, como a las novelas modernas". *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*. México. 1886. Librería de Andrade y Morales, sucesores. pág. 52.

²⁸ Menéndez Pelayo, Marcelino. *Orígenes de la novela*. Nueva Biblioteca de Autores españoles. Madrid. 1905. Tomo I. pág. CCXCV.

²⁹ Granada, Fray Luis de. *Del símbolo de la fe*. Bib. Autores españoles. Madrid. 1853. Rivadeneyra. Tomo VI. pág. 327.

³⁰ Clemencín, Diego, opúsc. cit. pág. V.

³¹ Menéndez Pelayo, Marcelino. opús. cit. pág. CCXCI.

³² *Ibidem*. pág. CCXCV.

³³ *Ibidem*. pág. CCXCVI.

³⁴ Loc. cit.

³⁵ Loc. cit.

³⁶ *Ibidem*. pág. CCXCII.

³⁷ Loc. cit.

³⁸ Loc. cit.

³⁹ Loc. cit.

⁴⁰ Esta afirmación queda ampliamente fundada al principio de la Segunda Parte de este estudio.

⁴¹ El odio feroz de los erasmistas, contra la literatura caballeresca es bien sabido. A quien le haga falta convencerse remito al libro de Marcel Bataillon ya citado *Erasme et l'Espagne*.

⁴² Bataillon, Marcel. op. cit. Sobre todo caps. IX y XIII.

⁴³ Almoina, José. *La Biblioteca erasmista de Diego Méndez*. Universidad de Santo Domingo. Ciudad Trujillo. 1945. pág. 55.

⁴⁴ Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Librería Católica de San José. pág. 95.

⁴⁵ Sobre esto véase el estudio sobre Gonzalo Fernández de Oviedo por O'Gorman, Edmundo. *Sucesos y Diálogo de la Nueva España*. Biblioteca Estudiante Universitario. México. 1946. N° 62. Prólogo. Especialmente pp. XXV-XXX.

⁴⁶ Valdés, Alfonso de. *Diálogo de Mercurio y Carón*. Madrid. 1909. Clásicos Castellanos. Tomo II. Edic. de la Lectura. pág. 151.

⁴⁷ San Lucas X., xli-xlii.

⁴⁸ Valdés, opus. cit. pp. 32, 80, 84, 175, 253.

⁴⁹ Cervantes, Miguel de. *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Barcelona. s/f. Edit. Ramón Sopena. pág. 546.

⁵⁰ Loc. cit.

⁵¹ Loc. cit.

⁵² Loc. cit.

⁵³ Loc. cit.

⁵⁴ Erasmo, Desiderio. *Elogio de la Estulticia*. Madrid. 1917. Librería General de Victoriano Suárez. pág. 101.

⁵⁵ Sería un error presentar a los erasmistas españoles como un grupo compacto. Entre ellos hay matices de diferencias importantes que, sin embargo, no son suficientemente agudas para que aquí no pueda hablarse de ellos como un grupo unido por ideales comunes. Entre los erasmistas españoles la diferencia más importante es la que se refiere al imperialismo español y las guerras que tal política traía. Mientras un Oviedo justifica la guerra y la conquista, un Valdés, erasmista más puro, la condena. El difícil equilibrio entre la actitud pacifista de las doctrinas de Erasmo y el imperialismo de Carlos V se logra en la magistral figura del "rey bueno" en el *Diálogo de Mercurio y Carón* de Valdés. Sobre el erasmismo al servicio imperial, véase Bataillon, op. cit. y sobre la actitud de Oviedo, véase O'Gorman op. cit.

⁵⁶ Alfonso de Valdés, opúsc. cit. pág. 143.

⁵⁷ Osborn Taylor, Henry. *The Medieval Mind*. London, 1938. 2 vols. I. pág. 540.

⁵⁸ *Ibidem*. pág. 541.

⁵⁹ *Ibidem*. pág. 547 y sigts. San Bernardo (1090-1153) inspiró y hasta quizá escribió la *Régula*. El texto francés *Regle dau Temple* es posterior y tiene correcciones y adiciones a la primitiva latina.

⁶⁰ *Ibidem*. pág. 548.

⁶¹ *Ibidem*. pág. 553. "He errs who thinks to find the source and power of the First Crusade elsewhere than in the flaming zeal of feudal Christianity".

⁶² Véase una nota introductoria sobre Joinville y el texto de su *Crónica en Historiens et Chroniqueurs du Moyen Age*. París. 1938. pp. 185-328.

⁶³ Este dato y tantos otros, como se deduce de nuestro examen de la utopía erasmista, indican el arraigo español de la novela caballerescas. Esto no quiere decir que en alguna medida este género no seguía gustando en Europa. El *Amadís* castellano fué traducido al italiano en 1546; al alemán poco más tarde y al francés en 1548. Al inglés hasta 1803. Esta fecha tardía es elocuente; Inglaterra es en esa época la modernidad. Véase Coronado, Consuelo. *El diálogo hispano-inglés*. 1947.



⁶⁴ Este código ha sido designado desde el siglo XIV las *Siete Partidas* o las *Partidas*. Originalmente se nombraba *Libro de las leyes que hizo el rey don Alfonso*. Se le llama *Siete Partidas* en razón de estar dividido el código en siete partes. Se desconoce quiénes fueron los autores, pero es seguro que entre ellos figuraron los maestros Jacobo Ruiz, Fernando Martínez y el maestre Roldán, distinguidos juristas de la época. Aunque las *Partidas* fueron escritas para servir de ley general en los reinos de Alfonso X, no llegó a sancionarse como obligatoria sino hasta el reinado de Alfonso XI (en el Ordenamiento de Alcalá 1348), bisnieto de aquél. De todos modos las *Partidas* gozaron de gran autoridad doctrinal antes de ser ley obligatoria. Véase Pedro Gómez de la Serna, Introducción Histórica en *Los Códigos españoles*. Madrid. 1848. Tomo II. págs. XVII y siguientes.

⁶⁵ La Partida II trata del derecho político y sigue en buena parte las disposiciones forales; *fabla de los Emperadores, e de los Reyes, e de los otros grandes Señores de la tierra*. Comprende lo relativo a la guerra, tratando de los *Caualleros* y de los *Adalides, e Almogaveres, e de los Peones*". Miguel S. Macedo, *Apuntes para la historia del derecho penal mexicano*. México. 1931. pág. 102.

⁶⁶ Este texto de las *Partidas* habría sido muy luminoso para la discusión que sostiene Taylor acerca de cómo se pasa de la designación de *milite* a la de caballero. Taylor sufre las consecuencias del olvido, tan habitual en los extranjerios, de no examinar fuentes españolas. Véase Taylor, op. cit. Tomo I. pág. 541-2.

⁶⁷ Bernabé Moreno de Vargas, *Discursos de la nobleza de España* (1622). La edición definitiva, corregida y aumentada por el autor es de Madrid. 1636. La edición que aquí se utiliza es la de Madrid de 1795.

⁶⁸ *Ibidem*. Discurso I. pág. 5.

⁶⁹ *Ibidem*. Discurso IX. pág. 61.

⁷⁰ *Ibidem*. Prólogo, pág. XXIII.

⁷¹ Véase Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, 1851-55. 4 tomos. Tomo I. pág. 179, y tomo III, pág. 640 y a Francisco López de Gómara. *Historia General de las Indias*. Cap. CCXXIV. "Loor de españoles".

⁷² *Regla de la orden de caballería de Santiago*. Madrid, MDCCXCI. Imprenta de Sancha. pág. 150. El cardenal Alberto, que después fué Papa Gregorio

VIII, dictó esta regla por el año de 1175 en que Alejandro III confirmó la Orden.

⁷³ Cervantes. opúsc. cit. Cap. XLVII y XLVIII. 1ª Parte.

⁷⁴ *Ibidem*. Cap. XVI. pág. 546. 2ª Parte.

⁷⁶ *Ibidem*. Cap. I. pág. 468. 2ª Parte.

BIBLIOGRAFIA

- Acosta, José de. *Historia Natural y Moral de las Indias*. México, 1940. (Fondo de Cultura Económica.)
- Almoína, José. *La biblioteca erasmista de Diego Méndez*. Ciudad Trujillo, 1945. (Universidad de Santo Domingo.)
- Altamira y Crevea, Rafael. *Historia de España y de la civilización española*. Barcelona, 1906.
- Anónimo. *Amadís de Gaula*. Reproducción de la edición veneciana del año 1533. Buenos Aires, S/f. (Editorial C. O. P.)
- Anónimo. *La destrucción de Jerusalén*. (Nueva biblioteca de autores españoles, tomo XI, segunda parte de Libros de Caballerías.)
- Anónimo. *La historia del muy valiente y esforzado caballero Clamades...* Con licencia, año 1549 (Nueva biblioteca de autores españoles, tomo XI, segunda parte de Libros de Caballerías.)
- Anónimo. *La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artus Dalgørbe*. Del año 1499 (Nueva biblioteca de autores españoles, tomo XI, segunda parte de Libros de Caballerías.)
- Anónimo. *Libro del muy esforzado caballero Palmerín de Inglaterra*. Reproducción de la edición de Toledo el 16 de julio de 1548. (Nueva biblioteca de autores españoles, tomo XI, segunda parte de Libros de Caballerías.)
- Anónimo. *Las sergas del muy esforzado caballero Esplandián*. (Biblioteca de autores españoles, tomo XL.)

- Anónimo. *Poema del Cid*. Buenos Aires, 1945. (Colección Austral, Espasa-Calpe.)
- Bataillon, Marcel. *Erasmus et l'Espagne*. París, 1937. (Librairie E. Droz.)
- Becker, Carl. *La ciudad de Dios del siglo XVIII*. México, 1943. (Fondo de Cultura Económica.)
- Benavente de, Fray Toribio. *Historia de los indios de la Nueva España*. Barcelona, 1914. (Herederos de Juan Gil.)
- Castro, Américo. *El pensamiento de Cervantes*. Madrid, 1935. (Revista de filología española. Anexo VI. Edit. Hernando.)
- Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Barcelona, s/f. (Ramón Sopena.)
- Cervantes de Salazar, Francisco. *Obras que ha hecho, glosado y traducido*. Madrid, 1772 (Por don Antonio de Sancha.)
- Clemencín, Diego de. *Comentario al ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid, 1833. (En la oficina de D. E. Aguado, Impresor de la cámara de S. M. y de su Real Casa.)
- Coronado, Consuelo. *El diálogo hispano-inglés*. México, 1947. (Información aduanera de México.)
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación de la conquista de México*. Madrid, 1932. (Espasa-Calpe, S. A. Viajes clásicos, 2 tomos.)
- Díaz del Castillo Bernal. *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*. México, 1939. (Editorial Pedro Robredo. 3 tomos.)
- Documentos para la Historia de México*. Archivo mexicano. México, 1852. (Tipografía de Vicente García Torres. 2 tomos.)
- Durán, Fray Diego. *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme*. México, 1880. (Imprenta de Ignacio Escalante. 2 tomos.)
- Erasmus, Desiderio. *Elogio de la Estulticia*. Traducción por Julio Puyol. Madrid, 1917. (Librería general de Victoriano Suárez.)
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, 1851. (Imprenta de la Real Academia de la Historia.)

- García, Genaro. *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México.* México, 1905-1911. (Librería de la viuda de Ch. Bouret.)
- García Icazbalceta, Joaquín. *Bibliografía del siglo XVI.* México, 1886. (Librería de Andrade y Morales, sucesores.)
- Gayangos, Pascual de. *Libros de caballerías con un discurso preliminar y un catálogo razonado.* Madrid, 1855. (Nueva Biblioteca de autores españoles, tomo XL.)
- Gracián de Alderete, Diego. *De la vida de Xenofonte y de su doctrina.* Madrid, 1781. (Imprenta Real de la Gazeta.)
- Granada, Fray Luis de. *Del símbolo de la fe.* Madrid, 1853. (Biblioteca de autores españoles, tomo VI, págs. 181-733.)
- Grijalva, Juan de. *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India el año de 1518...* En *Crónicas de la Conquista de México.* México, 1939. (Biblioteca del estudiante universitario, Núm. 2.)
- Guevara de, Antonio. *Aviso de privados y doctrina de cortesanos.* En *Menosprecio de corte y alabanza de Aldea.* Madrid, 1673. (Por la viuda de Melchor Alegre.)
- Irving A., Leonard. *Romances of chivalry in the Spanish Indies.* Berkeley, Calif. 1933.)
- Joinville. *Historiens et Chroniqueurs du Moyen Age.* París, 1931. (Bibliothèque de la Pleiade. N. R. F.)
- Las Casas, Fray Bartolomé de. *Historia de las Indias.* México, 1877. (Editor José M. Vigil.)
- Laguna, Andrés. *Traducción de las cuatro oraciones que pronunció Cicerón contra Catilina.* En la traducción de *Salustio* al castellano por Manuel Sueyro. Madrid, 1786. (Imprenta de Manuel González.)
- León, Fray Luis de. *Obras.* Tomo II de escritores del siglo XVI. Madrid, 1855. (En la Biblioteca de autores españoles, tomo XXXVII.)
- López de Gómara, Francisco. *Historia general de las Indias.* Madrid, 1922. (Calpe. Viajes clásicos. 2 tomos.)
- López de Gómara, Francisco. *Historia de la conquista de México.* México, 1943. (Edit. Pedro Robredo. 2 tomos.)

- Los códigos españoles.* Madrid, 1848. (Imprenta de la Publicidad. M. Rivadeneyra.)
- Los Santos Evangelios.* Acción Católica Mexicana. México, 1936.
- Macedo S., Miguel. *Apuntes para la historia del derecho penal mexicano.* México, 1931. (Editorial Cvltvra.)
- Malón de Chaide, Pedro. *La conversión de la Magdalena.* Madrid, 1853. (Biblioteca de autores españoles, tomo XXVII, págs. 275-417.)
- Manrique, Jorge. *Cancionero.* Madrid, 1929. (Ediciones de La Lectura.)
- Mendieta, Fray Jerónimo de. *Historia eclesiástica indiana.* México, 1870. (Publicada por García Icazbalceta, Joaquín en Antigua Librería, Portal de Agustinos.)
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles.* s/f. (Librería católica de San José. 3 tomos.)
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Orígenes de la novela.* Madrid, 1905. (Nueva Biblioteca de autores españoles, tomo I.)
- Moreno de Vargas, Bernabé. *Discursos de la nobleza de España.* Madrid, 1795. (En la imprenta de Antonio Espinosa.)
- O'Gorman, Edmundo. *Crisis y porvenir de la ciencia histórica.* México, 1947. (Imprenta universitaria.)
- O'Gorman, Edmundo. *Fundamentos de la Historia de América.* México, 1942. (Imprenta universitaria.)
- O'Gorman, Edmundo. "Prólogo" a *Sucesos y diálogo de la Nueva España.* México, 1946. (Biblioteca estudiante universitario. Núm. 62.)
- Oliveira J. P., Martins. *La civilización ibérica.* 2 tomos. México, 1944. (Cuadernos de Cultura.)
- Pizarro y Orellana, Fernando. *Varones ilustres del Nuevo Mundo.* Madrid, 1689. (Por Diego Díaz de la Carrera.)
- Puente, Juan de la. *La espantosa y maravillosa vida de Roberto el Diablo.* Barcelona, 1683. (Casa de Antonio Lacaballería.)

- Regla de la Orden de Caballería de Santiago...* Madrid, 1791. (Imprenta de Sancha.)
- Sahagún, Fray Bernardino de. *Historia de las cosas de la Nueva España*. México, 1938. (Editorial Pedro Robredo.)
- Suárez de Peralta, Juan. *Tratado del descubrimiento de las Indias*. Publicado como *Noticias históricas de la Nueva España* por Justo Zaragoza. Madrid, 1878. (Imprenta de Manuel G. Hernández.)
- Tapia, Andrés de. *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor Dn. Hernando Cortés*, en Crónicas de la conquista de México. México, 1939. (Biblioteca del estudiante universitario. Núm. 2.)
- Taylor Osborn, Henry. *The Medieval Mind*. London, 1938. (Macmillan.)
- Ticknor, M. G. *Historia de la Literatura Española*. Traducción de Dn. Pascual de Gayangos. Madrid, 1851. (Imprenta de la Publicación, a cargo de M. Rivadeneyra. 4 tomos.)
- Torquemada, Fr. Juan de. *Los veintinueve libros rituales y monarquía indiana*. Madrid, 1723. (N. Rodríguez Franco.)
- Valdés, Alfonso de. *Diálogo de Mercurio y Carón*. Madrid, 1929. (Clásicos castellanos. Ediciones de "La Lectura".)
- Valdés, Juan de. *Diálogo de la lengua*. Buenos Aires, 1941. (Colección Austral. Espasa-Calpe.)
- Vázquez de Tapia, Bernardino. *Relación del Conquistador*. México, 1939. (Editorial Polis.)
- Vives, Juan Luis. *Instrucción de la mujer cristiana*. Buenos Aires, 1940. (Colección Austral. Espasa-Calpe.)
- Vossler, Karl. *Algunos caracteres de la cultura española*. Buenos Aires, 1942. (Colección Austral. Espasa-Calpe.)

INDICE

INTRODUCCION	1
--------------------	---

Primera Parte

LA VIDA CABALLERESCA. SU SENTIDO

I. <i>Mentira e inmoralidad</i>	9
II. El caballero sedente. La utopía erasmista	31
III. El caballero andante	
1. La utopía española	39
2. La cristiandad. Las Siete Partidas	43
3. La nacionalidad. Las novelas caballerescas	53
IV. El caballero insensato	59

Segunda Parte

LA ASOMBROSA HAZAÑA	69
EPILOGO	153
Notas	155
Bibliografía	163